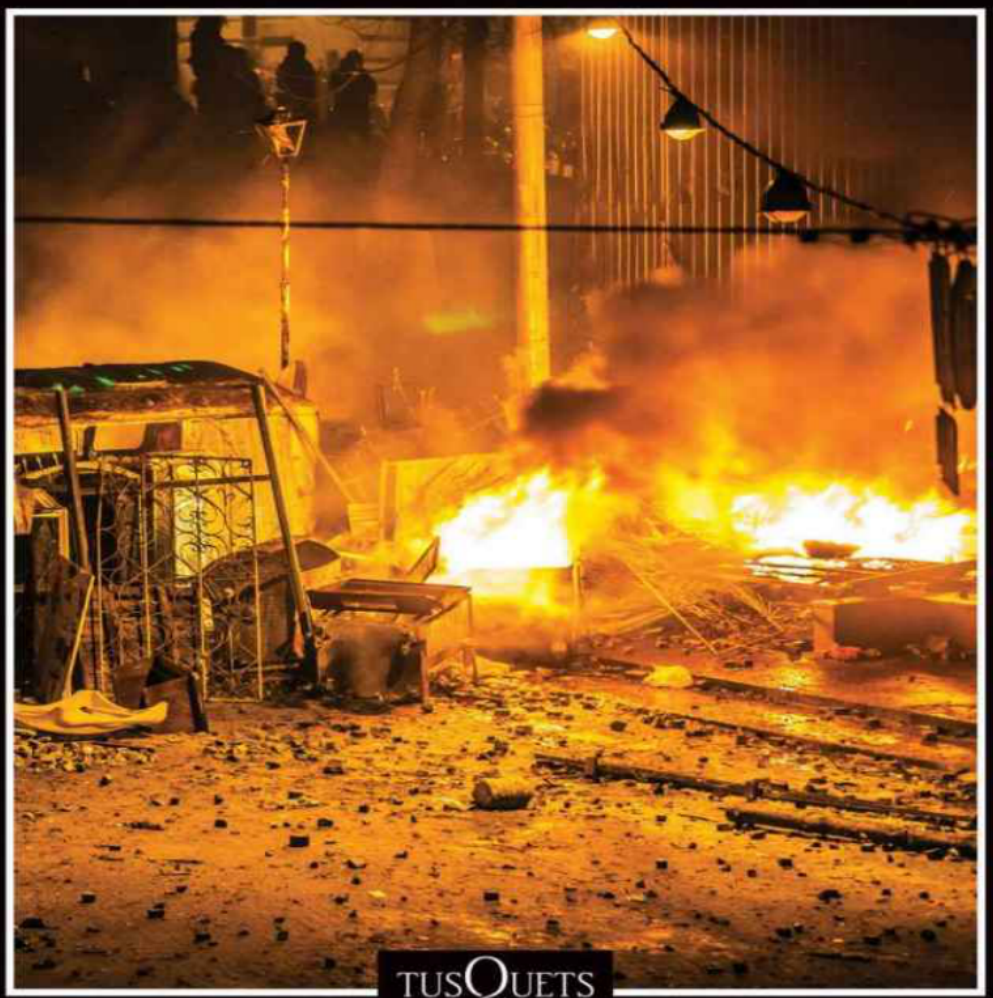
Juan Patricio Riveroll

FUEGOS ARTIFICIALES

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

JUAN PATRICIO RIVEROLL

FUEGOS ARTIFICIALES

TUSQUETS EDITORES

Índice

PRIMERA PARTE
Alta marea
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

SEGUNDA PARTE
Gotas de mercurio
1
2
3
4
5
6
7
8

9
10
11
12
13
14
15
16
17

TERCERA PARTE
Caos
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

Acerca del autor

Créditos

PRIMERA PARTE
Alta marea

1

En una mañana templada las nubes grises dominan el valle a una mínima distancia del suelo, como si de pronto la niebla fuera a sorprender a la población, vaporizándola antes de alcanzar el medio día. Pero no se acercan más ni sueltan el agua atrapada entre sus bordes; han escogido un buen lugar para atestiguar la escena que se desenvolverá a ras de suelo. No hay un resquicio por el que se pueda asomar el sol: la bóveda de la ciudad está abarrotada. Inclusive se podría pensar que están ahí para bloquear la vista del astro solar, evitando así una aflicción innecesaria. Es un día sin tregua.

Christopher Valdés se levanta al alba tras el toque de la puerta que anuncia el fin de su último sueño.

«Tienes veinte minutos», dice el guardia que resguarda la puerta del dormitorio desde hace una semana. Se hace llamar Benjamín, un alias neutro. Una capucha negra le cubre la cara.

Christopher se viste con parsimonia bajo la luz blanca del único foco que cuelga del techo en el cuartucho, una iluminación agresiva que despierta en él una profunda repulsión. Cómo desea una lámpara en sus días de cautiverio. Antes de eso jamás pisó la cárcel, y las bardas de la escuela primaria que lo aprisionaron en la infancia fueron falibles. Recuerda la esquina del patio de recreo: del muro sobresalían dos piedras que hacían de la escalada un mero trámite. Pese a haber sido sorprendido en más de una ocasión, durante el tiempo que estuvo

ahí no se modificó la cerca, quizá porque la dirección prefería la ausencia del revoltoso.

Aguarda a que Benjamín entre a buscarlo. Una de las tantas reglas del lugar es esperar a ser llamado sin adelantarse a su celador, a menos que la urgencia de acudir al baño fuera perturbadora. Puede esperar.

Se abre la puerta y se dirige a la ducha, luego a la cocina a desayunar: no deja rastro de la salsa sobre el plato.

Una camioneta negra se detiene frente a la casa de una sola planta. Benjamín lo escolta entre la densa vegetación hasta la puerta trasera, que se abre para que tome asiento al lado de otro encapuchado. Al subir observa al conductor por el retrovisor, aunque poco después sólo recuerda un bigote y unos ojos negros. Nadie más va a bordo. Enseguida le bloquean la vista con un trapo amarrado sobre los ojos.

El trayecto es largo, poco más de cinco horas según su cálculo aproximado. No escucha una palabra en todo el camino.

Por el bullicio sabe que cruzan una parte agitada de la capital. Se detienen poco después de atravesar una zona en que la sinfonía urbana satura el espacio sonoro. El contraste entre el escándalo exterior y el silencio dentro del vehículo es notable.

Desamarran el trapo; están en una pequeña bodega. El conductor, ahora también encapuchado y de pie fuera de la camioneta, se postra frente a él con un revólver. Quien estuvo sentado a su lado le entrega una pistola automática y un cartucho. Christopher toma el arma, mete las balas dentro del mango y la coloca en la espalda, sujeta dentro del pantalón de mezclilla.

«Son las doce. Estamos a diez cuadras.»

«Bien.»

Desciende de la camioneta y se dirige a la puerta metálica de la bodega. El conductor lo sigue. Cierra la puerta tras él.

El centro de la ciudad está en ebullición. No reconoce la calle, flanqueada por dos edificios de cinco y siete pisos sin una sola ventana, ambos de color marrón. Camina a la esquina y lee los nombres del cruce: Sven Trenton y la 18 de octubre. Por el sentido de los automóviles y el grupo de torres inmensas en el horizonte sabe que su objetivo está al noroeste. Las cúpulas doradas a las afueras de la capital, en la parte baja de las montañas que rodean el valle, brillan

como puntos en el espacio. Bajo la resolana de un día opaco se pone en marcha.

Cruza los puentes erguidos sobre la red de canales que recorre el núcleo de la mancha urbana. Su forma elíptica crea la ilusión de óvalos que se cierran al reflejarse en el agua. Llega al punto convenido con veinte minutos de antelación. Se resguarda tras una columna de cemento al otro lado de la calle, debajo de los arcos edificados durante la era de la reconstrucción. Cuando aún faltan diez minutos para el supuesto fin de la reunión, el séquito de hombres que conforma el Directorio Ejecutivo Regional del partido sale a la banqueta. Apresurado, Christopher empuña la pistola cubierta por la chaqueta, corta cartucho y mira hacia ambos lados de la calle antes de cruzar. Sin demasiada urgencia para no llamar la atención, camuflado entre la muchedumbre que cubre la acera, se abre paso entre los hombres vestidos de traje oscuro y le mete tres tiros en el estómago al Primer Regente del partido oficial, quien se desploma mientras el lóbulo de cada ojo se voltea hacia atrás ante el súbito dolor mortal.

El gentío que los rodea entra en pánico; unos corren, otros se echan al piso. La gente cercana al regente lo detiene en brazos antes de que la espalda toque la banqueta. Y cuando el cuerpo de seguridad desenfunda sus armas, Christopher Valdés, de veintitrés años, se coloca el cañón sobre la sien derecha y termina su vida en un instante.

El Primer Regente es trasladado al Hospital General.

2

Wérner Trejo, al volante, sube por la avenida a toda velocidad, entre árboles frondosos adornados con flores de distintos colores: naranja, violeta, blanco y amarillo. Si un policía le da alcance Trejo está siempre dispuesto a pagar bien por dejarlo ir sin contratiempos. Aun cuando es detenido, es más rápido pagar y seguir que respetar el límite de velocidad. El tiempo es vital.

Entra a la mansión por la puerta trasera. En la cocina de la vieja casa, una reliquia de otros tiempos, dos cocineras atienden la estufa.

«¿El patrón?»

«En el estudio», contesta la más joven.

«Con permiso.»

«Pase.»

Toca la puerta. «¿Señor Negrete?» Escucha el televisor. Vuelve a tocar. El aparato enmudece y se alza una voz gastada por la vida.

«Adelante.»

Trejo abre la puerta: ilumina la penuria que rodea a la pantalla encendida. «¿Eres tú, Wérner?»

«Sí, señor.»

«¿Serías tan amable de encender la luz?»

Prende una lámpara en la esquina del cuarto. Witoldo Negrete se quita los lentes. «¿Y bien?»

Trejo toma asiento. «Sigue vivo. No pudimos meter a nadie al

hospital. Las entradas están resguardadas y cada acceso está restringido. No tenemos gente adentro.»

El silencio los envuelve. Negrete nunca levanta la voz. En esta ocasión su preocupación supera el enojo, además de no tener a nadie a quien culpar. El responsable está muerto, y aunque es difícil que lo acusen de ser el presunto autor intelectual, si el Primer Regente sobrevive sabrá perfectamente quién lo mandó matar. La guerra frontal sería inminente.

Negrete se levanta del sillón y camina a un extremo de la habitación. El mutismo se extiende como lápida sobre su adjunto antes de que hable.

«¿Qué sugieres?»

«Esperar, señor. No tenemos otra opción.»

Negrete suspira con una mueca de angustia y de fastidio, incrédulo ante la pesadilla que viene.

«Comunícame con Álister, por favor.»

En el tiempo que Trejo tarda en regresar con el teléfono Negrete se hunde en añejas cavilaciones. Han pasado años desde que fue presidente de la República. Al término de su mandato se retiró del ojo público para continuar la construcción del emporio económico que comenzó como semilla durante su presidencia, sin descuidar la senda política del país. No está dispuesto a soportar que un político advenedizo destruya el proyecto de nación que confeccionó con tanto esmero. Ni la opinión pública ni los medios de comunicación tienen conocimiento de las pugnas internas del partido, de ahí la sorpresa ante el atentado. Para la nación, el Primer Regente es un personaje menor en el escalafón, en cambio al interior de la institución política era cada vez más claro que sería el candidato, es decir, el próximo presidente. La sucesión del poder ejecutivo les pertenece a ellos tras un pacto con la oposición, dispuesta a canjear su apoyo por la presidencia a cambio de una mayor presencia en las cámaras legislativas y ciertas enmiendas a la carta magna. Algunos miembros del partido podrían sospechar de él, pero nadie es capaz de probar su culpabilidad. De morir el regente a nadie le convendría que la prensa transmitiera la verdad: sería indispensable evitar el desprestigio. De sobrevivir, la escisión sería segura, unos del lado del regente, otros con Negrete. Se desencadenaría una pugna catastrófica en el camino hacia el poder. Negrete sabe que el regente es un adversario peligroso

que, de tener control, dejaría fuera de la jugada a su facción. Inclusive sería capaz de llevar a juicio a varios de sus allegados que en aras de un mejor futuro para el pueblo incurrieron en actividades ilícitas. Él mismo podría estar en la mira.

Trejo le extiende el teléfono inalámbrico.

«Áli, ¿cómo estás?... ¿Qué tan pronto puedes venir?... Bien... Que vengan Herbert y Luc también, los necesito a todos... Adiós.»

Hasta ese momento la operación se mantuvo en secreto. La única persona que sabe que él dio la orden es Trejo, su sirviente más leal, un hombre pragmático que no hace preguntas, cuya ambición llega justo a los pies de su jefe. No sabría qué hacer con el poder. No tiene madera para el liderazgo, sin embargo es un as para ejecutar acciones complejas, para armar un equipo sólido de seguridad, para lavar la ropa sucia y protegerlo de tantos riesgos.

Álister Weston, Herbert Fógarty y Luc Thompson son sus lugartenientes. Cada uno cumple funciones específicas de gran importancia para la organización. No sólo se han ganado la confianza de Negrete, sino que han demostrado también destreza, sabiduría y decisión en momentos clave. De entre tanta gente a su servicio a lo largo de los años ellos sobresalen por su capacidad y su lealtad. Fógarty es su mano derecha en los negocios y Thompson es el brazo político, su presencia en la pirámide del poder público que lo representa. Weston es el enlace entre ambos sectores. Tuvo puestos públicos discretos al igual que cargos de peso dentro de las empresas controladas por la organización, nomenclatura con la que se refieren a todo lo relacionado con el patrimonio de Negrete. Thompson se hace presente con regularidad en las boletas electorales; ha sido edil, regidor y magistrado, además de otros puestos dentro del partido controlado por Negrete desde el día en que asumió la presidencia. Fógarty dirige las dos empresas más importantes, y gente de su confianza encabeza otras tantas.

Negrete ideó la forma de no figurar en un solo papel referente a la organización. Para el mundo es un político retirado que vive apartado en la mansión edificada en el centro de una de las colonias con mayor tradición de la capital.

La situación en que se encuentra el fallido atentado contra el Primer Regente clama acciones urgentes: el futuro de la organización está en juego. El político en estado crítico bien podría desmantelar el

trabajo de tantos años. Por más que Negrete intentó mantener a sus lugartenientes fuera del asunto, el fracaso del asesinato lo orilla a unir a su gente más cercana para prepararse ante posibles represalias por parte de la facción dominada por el regente.

Weston es el primero en cruzar la puerta y saludar al jefe con un fuerte abrazo. Si todo hubiera salido como se planeó, sus tres hombres de confianza habrían sospechado de su participación pero jamás hubieran preguntado la veracidad de semejante conjetura, pero en ese momento el país está en vilo, a la expectativa del drama desatado por el episodio sangriento. Tanto Weston como sus correligionarios intuyen la razón de la reunión, pues de ser posible Negrete impide juntarlos bajo un mismo techo. De esa forma evita sospechas y mantiene dispersos a los líderes. Es una ocasión singular.

La afinidad entre Weston y Negrete es notable. Si bien Thompson y Fógarty no son sólo capaces sino muy queridos, Weston es su predilecto, quizá por su idealismo y la pureza que irradian sus ojos claros, diáfanos como un cielo despejado. La paz que le da su compañía es inigualable.

La pantalla del televisor está encendida y en silencio. Sin nueva información sobre el caso, el locutor se repite. De la misma forma se repiten las imágenes que un camarógrafo pudo captar: levantan del suelo el cuerpo del regente para trasladarlo a una ambulancia. Manchas de sangre se esparcen sobre la camisa blanca desabrochada. El estómago está cubierto por una gasa sostenida por la mano del paramédico que pide a gritos que le abran paso, entre periodistas y curiosos. Le colocan sobre la boca una mascarilla conectada a un tanque de oxígeno. La conmoción dificulta el trayecto de los camilleros. Mujeres observan emocionadas y elementos de seguridad siguen de cerca el cuerpo. Son escenas estremecedoras.

El cuerpo inerte de Christopher Valdés queda oculto bajo una manta blanca. El sicario falló en el intento de terminar con la vida de su víctima pero logró con éxito acabar con la suya.

Weston recarga el rostro sobre el hombro de Negrete en un abrazo eterno. La actitud del patrón haría parecer que es Weston quien necesita apoyo.

Toman asiento antes de hablar.

«La situación es crítica», comienza Negrete y Weston calla. «Me imagino que Herbert y Luc están en camino.»

«No deben tardar.»

«Bien.»

Negrete se levanta y se dirige al gabinete en el que guarda una botella de licor. Sirve dos vasos.

«Las cosas no andan bien, Áli.»

«Lo sé, Witoldo. Te pusiste en una situación difícil.»

«Todo tiene solución.»

«Sí. Casi todo.»

Negrete responde con una mueca mientras se lleva el vaso a la boca y le da el otro a Weston.

Agitados, Fógarty y Thompson cruzan la puerta. Negrete pone el vaso en la mesa para dejarse abrazar por ambos.

«Esto es un desastre, jefe.» Fógarty suele referirse a él con adjetivos de adulación que alimentan el ego. Thompson se queda atrás: «Estamos con el alma en un hilo. Ya verás cómo saldremos de esta, hermano. No nos preocupemos de más».

Ante estas palabras Negrete sonríe, feliz de contar con un par de subordinados que lo tengan en tan alta estima. Hasta el gran hombre de poder necesita reafirmarse.

Sirven sendos tragos para fraguar un plan defensivo capaz de hacerle frente a cualquier represalia.

Fógarty no ignora el motivo de la reunión. «Creo que la decisión de quitar al regente de en medio fue la correcta. Su postura es tajante y no está dispuesto a negociar.» Raras veces se reserva su opinión, sobre todo en asuntos graves. «Sin embargo pudimos haberlo planeado mejor.»

El jefe le tira una mirada sarcástica, a punto de reír. «En retrospectiva todo es claro y evidente. Quise mantenerlos fuera porque además de su postura actual, esta es una afrenta personal entre él y yo. Si no los necesitara jamás los hubiera involucrado.»

La vieja riña sólo hasta ese momento tiene el potencial de coartar el emporio millonario y el legado histórico.

En vez del apacible clima político previo al atentado, ahora la incertidumbre cae sobre el clan. Es imposible saber si el regente permanecerá en cama varios días, semanas o meses, e inclusive existe la posibilidad de que no despierte, situación que sumergiría al partido en la parálisis, la cual daría pie a movimientos estructurales entre los cinco directorios regionales. Si eso sucede tendrían que estar

preparados para aprovechar la situación. Otro posible desenlace es que sobreviva con cierto daño cerebral y que no recupere sus facultades mentales, lo que equivaldría, para efectos prácticos, a la muerte.

Por otra parte puede volver en sí en cualquier momento. La habitación que ocupa en el hospital haría las veces de puesto de mando, y desde ahí podría organizar una rápida reacción que posibilitaría el arresto de Negrete, porque aunque es cierto que aún controla al partido de manera indirecta por medio de los servidores públicos que colocó durante su mandato, el poder del regente es inmediato. Es bien sabido que un grupo importante del ejército y la policía lo secundan, y el simple hecho de haber recibido tres balazos y sobrevivido le daría la autoridad moral para desencadenar a la fuerza pública en contra de quien él tuviera como responsable. Es evidente que tanto la libertad como la vida de Negrete están en juego.

La resolución es ponerlo a salvo. Sin poder recurrir a la casa de campo o a la residencia en la playa lo mejor es ir en automóvil hasta Metropol, la ciudad más cercana, registrarlo en un hotel de medio pelo bajo un nombre falso y esperar. Los sabuesos al servicio del gobierno son un monstruo multicéfalo que la organización no está capacitada para enfrentar. Un par de años antes todavía eran sus aliados, pero la velocidad con la que el regente y sus secuaces escalaron el edificio de la política ha cambiado las reglas.

Están por levantarse para poner en marcha el plan cuando Trejo entra al despacho sin siquiera tocar la puerta. Irradia una sonrisa que jamás le han visto. La emoción lo desborda: «¡Felicidades, jefe!» Sin poderse contener le da un abrazo.

Inmovilizados por la sorpresa, las cuatro cabezas voltean lentamente hacia el televisor. Tan absortos estaban resolviendo el problema que olvidaron recurrir al noticiero. Weston toma el control remoto y aprieta el botón que le da voz a la imagen. El Primer Regente del partido oficial falleció hace poco más de treinta minutos, después de horas de angustia en el quirófano. Los esfuerzos de varios médicos de renombre no pudieron salvarlo. «Es un día de luto para la patria. Lloramos su fin y repudiamos el acto violento del que fue víctima», anuncia el reportero frente a la cámara con la monumental fachada de piedra del hospital detrás de él.

La cena privada que celebran esa noche en la mansión Negrete

significa un pedazo de gloria para los cinco asistentes. A punto de verse relegado, el clan recupera el control del país y se convierte en su fuerza hegemónica. La violencia logra su cometido.

3

Catalina Richardson de Thompson llega al club Continental a las once y media de la mañana. Deja el automóvil frente a la recepción decorada como en tiempos del imperio Mendiábal, sube la alfombrada escalinata y camina con una sonrisa hacia el amplio baño de mujeres, entre retratos en blanco y negro de los fundadores. Tendrá que apresurar su estancia en el vapor si quiere llegar a la cita en el salón de belleza.

El asesinato del regente cae pronto en el olvido. Sus aliados más próximos se acercan a Witoldo y le ofrecen su lealtad para forjar nuevas alianzas. En pláticas confidenciales con sus nuevos camaradas nunca se hace alusión al episodio. Los medios de comunicación mantienen un alegre mutismo como guiño de sumisión ante el poder.

La judicatura descarta la posibilidad de encontrar a un autor intelectual luego de que el asesino material se quitara la vida. Al ser interrogada, la esposa de Christopher declara no saber nada de la motivación para llevar a cabo el crimen; sus padres viven en una comunidad rural en el extremo sur del territorio y no lo han visto en mucho tiempo; sus dos hijos, ahora huérfanos de padre, apenas tienen edad para hablar y caminar. Lo único claro es la pobreza extrema en la que viven, situación que cambiará paulatinamente fuera del ojo público. Aunque no lo dice, la mujer comprende que tanto su futuro económico como el de sus padres, sus suegros y sus hijos está resuelto.

Sabe que esa gente cumple su palabra.

Thompson conoció a Catalina en un viaje de negocios a una isla del mar Cártico en donde la organización tiene intereses económicos. Ella estaba ahí como participante de un concurso internacional de belleza, y no tardó mucho en ubicar al empresario más acaudalado de entre quienes le salieron al paso. En veinticuatro horas lo tenía comiendo de su mano. Al cabo del certamen lo alcanzó en su país no sin antes decirle adiós al suyo. Quedó en quinto lugar en la terna, aunque a su manera de ver les ganó a todas. En un par de meses se convirtió en la mujer de un hombre cuyo poder llegaba más lejos de lo que alguna vez imaginó. Su origen humilde en un país lejano no la preparó para los lujos que vendrían con el matrimonio. En agradecimiento por una vida fácil, Catalina ama a Thompson sin reparos, y se mantiene a su lado sin entrometerse en su trabajo. No tiene interés en conocer el carácter del negocio que le permite vivir como una reina, y por ende no percibe la cercanía de su marido con la noticia que tuvo conmocionado al país. Su principal preocupación es lucir bien para la comida que tendrá con otras mujeres como ella, felices bajo el cobijo de esposos millonarios.

Al llegar al restaurante Brakford de la calle 15 camina directo a la mesa de la esquina en la que tres de las seis mujeres citadas la esperan. Hay tantas plantas en macetas de todos tamaños que el espacio semeja un invernadero. Saluda con una sonrisa y pide un destilado de ojiva en las rocas.

«El tráfico de esta ciudad es una calamidad.»

«No siempre, chula. El chiste es que el chofer la conozca.»

«De todas formas. No soporto estar en medio de tanta gente desesperada y presta a tocar el claxon.» Su sonrisa aligera cualquier comentario brusco: es un perfecto escudo.

Llega la bebida y en menos de diez minutos el vaso está casi vacío. Como en otros lugares de la ciudad, en el Brakford conocen los usos y costumbres de la señora Richardson: tan pronto su bebida flaquea otra más viene en camino. Al fin llegan las dos invitadas que faltaban.

Lucrecia Goldberg sigue con la plática. «Yo supe que lo mandó matar su esposa.»

«Ay, por favor. Qué ingenua eres. Fue el crimen organizado. Es obvio.»

«Pues yo no estaría tan segura.»

Catalina no tiene una opinión al respecto. Los sucesos de la vida nacional le tienen sin cuidado. Sin embargo la pregunta no se hace esperar:

«¿Qué opina tu marido, Catita?»

«No tengo la menor idea. En la casa no hablamos de esas cosas. Él lee el periódico y yo revistas. No me da pena admitirlo. El vaivén de la vida pública me aburre muchísimo. Pero si tienes tanta curiosidad le pregunto, a ver qué me dice. Ya luego les cuento.»

«Cuando se trata de chisme sí le entras, ¿no?»

Catalina sonríe.

El postre llega a la mesa a las cinco de la tarde. La bebida no se detiene en ningún momento y la plática entre señoras es tan apasionante como siempre, entre gritos de un lado a otro de la mesa que para ellas son tan naturales. No pelean por la palabra como suelen hacer los hombres, sino que hablan al mismo tiempo, se escuchan y hasta se entienden.

Anochece cuando la recoge el chofer. Sube al asiento trasero y se queda dormida.

El auto anda por la ciudad sin sobresaltos. Pasan debajo del puente colgante que comunica el nuevo centro comercial con la arena para conciertos, dan vuelta a la Rotonda de los Hombres Ilustres y siguen por la avenida Kretzel. Un par de años atrás Catalina chocó al salir del restaurante en el que había comido y bebido, y aunque causó un desperfecto menor en la carrocería y no hubo daños a terceros, Thompson le prohibió manejar después de cualquier evento que involucrara alcohol. Ella acató la orden.

Al llegar a casa va directo a su habitación. Construida setenta años antes, de techos altos y pisos de mármol, es una reliquia que Thompson pudo adquirir gracias a una larga negociación con los hijos de la antigua dueña, quien no salió de ahí hasta que murió.

Catalina se desviste, se pone una bata roja y enciende el televisor. Se recuesta en la cama, toma el auricular y marca un número.

«¿Kitty?... Un vaso de leche bien cargado de chocolate, por favor... Tibio... Gracias.»

Cambia una y otra vez de canal pero no encuentra nada de su agrado.

Kitty toca a la puerta sin escuchar respuesta.

«¿Señora?» Entra sigilosamente. No es la primera vez que la cubre con las cobijas. Deja el vaso de leche sobre el buró, apaga el televisor y la luz y sale de la habitación, lista para hacer lo propio en la recámara de servicio. Todavía hay tiempo de ver el final de la telenovela nocturna, en la que espera que el asesino al fin sea descubierto.

Thompson llega a su casa pasadas las tres de la mañana. Como siempre, no habrá preguntas.

4

El títere de Negrete llega a la presidencia con una cómoda ventaja en las urnas. Thompson se coloca a su lado en un puesto menor.

La figura de Negrete es contradictoria. Los planes que trazó durante su gobierno un par de décadas antes significaron un definitivo desarrollo nacional. La economía rindió frutos: revitalizó la industria e hizo pactos comerciales con tierras vecinas que reportaron claros beneficios. Aunque descuidó la cultura y la educación, la reforma agraria fue de vital importancia. Como el gran dirigente popular que fue, su principal preocupación era el bienestar del pueblo, de ahí que su ética particular justificara el provecho personal de su paso por la administración pública. Las empresas y las inversiones, piensa, son un pago justo frente al sacrificio por el país, tanto por los años de gobierno como por el trabajo político previo y posterior: toda una vida.

Weston cree en su proyecto de nación. Es ferviente admirador de su política económica interna así como de su programa de comercio exterior. Su juventud y su enfoque liberal en las finanzas públicas hacen de él su mejor alumno.

Quien fuera el Primer Regente del partido fue eliminado porque su idea de nación no tenía nada que ver con la de Negrete. Se había propuesto echar abajo gran parte de los avances legislativos necesarios

para que el proyecto original siguiera adelante, además de reestructurar la partida presupuestal. Sin embargo, lo peor era la corrupción que lo rodeaba. Negrete conocía a detalle su paso por la magistratura de su región natal, tenía informes precisos en relación a los malos manejos de sus subalternos y conocía el perfil de quienes formarían parte de la Junta de Gobierno en caso de llegar a la presidencia. No habría uno solo de sus correligionarios. Intentó llegar a un acuerdo en sesiones cerradas que dieron como resultado un mayor distanciamiento. Esas conversaciones comprobaron que un acuerdo quedaba descartado, pero ambos acudieron a las citas con ánimo de distraer y engañar al contrincante. Su comportamiento fue una pantalla para hacer tiempo, uno para ganar las elecciones simulando docilidad ante Negrete, el otro para infligir una escisión en el partido que le diera la vuelta al tablero y la victoria a su candidato. En ese intento Negrete pudo apreciar la fuerza del regente, que en una votación interna habría ganado. La única vía de estabilidad política, es decir, de continuidad en el proyecto de nación de Negrete, era liquidarlo. Negrete fue mucho más hábil y despiadado que el regente, quien no supo prever los alcances bélicos de su adversario. Uno jugó a la política sin romper las reglas mientras que para el otro esas reglas no eran tan importantes como el futuro del país, aunque Negrete jamás había ordenado un homicidio. Ni siquiera había extorsionado a nadie con amenazas o dinero; sus armas fueron siempre la persuasión directa y la seducción. Su poder venía de su carisma e inteligencia, del resultado de sus estrategias a lo largo de los años. Negrete no era un asesino, era un estadista, al menos hasta antes de la intromisión del político advenedizo que lo empujó a semejante atropello.

Thompson aconseja al nuevo presidente que comulga con sus ideas y acata sin reparo las sugerencias del hombre de confianza de Negrete. Mientras que el títere no se caracteriza por su gran entendimiento, su obediencia y su lealtad son un hecho comprobado. Con él no es necesario imponer nada; hace caso y se limita a dar la cara ante los medios, con pocas apariciones públicas. Negrete, Thompson y Weston deciden quién conforma la Junta de Gobierno.

En medio de una relativa tranquilidad política Negrete puede enfocarse en sus esfuerzos empresariales, fuentes de bienestar que forman parte de su legado. Su descendencia es cada vez más amplia, entre hijas, nietos y próximos bisnietos. Desde su punto de vista su

linaje es también merecedor de gratificaciones por los esfuerzos del patriarca. La familia es parte de la santísima trinidad: tierra, negocio y estirpe.

Fógarty amplía el brazo económico de la organización. El emporio crece con una rapidez inusitada, y mientras más crece más ágil se hace la expansión. Las empresas se multiplican y se apoyan entre sí, llevando a la quiebra a sus competidores, asociándose con ellos o comprándolos. La gama de proyectos comerciales aumenta hasta que es imposible mantenerse al pendiente de cada división.

Weston continúa con la tarea de enlace entre las decisiones gubernamentales y la expansión financiera, y aunque en ocasiones el descontento de una de las partes es latente, una siempre cede en favor de la otra. Esa es su función: hacer de la unión entre las partes un espacio cordial que no entre en disputa. Hace un trabajo sutil y complejo de la mejor manera posible. Sabe de política tanto como de finanzas; se siente tan cómodo en un escaño legislativo como en una junta de consejo. Es el comodín que en cualquier momento puede defender a la organización de peligros hacia dentro y hacia fuera.

Weston es el único que ve a Negrete a diario para cumplir ese ejercicio de coordinación, pero su fidelidad sufre un reajuste a partir del homicidio. Al igual que el regente, jamás creyó que la discordia llegaría a ese extremo. De haber sido cuestionado se hubiera negado a participar, y eso Negrete lo tiene muy claro: es una de las virtudes que admira en su discípulo. Esa fue una de las razones por las que mantuvo en secreto el tema hasta que necesitó ayuda, y aunque Weston no puede hablarlo abiertamente, su devoción ya no es la misma. Hay una grieta que nunca sanará del todo. Aunque le entristece profundamente que su mentor actúe de ese modo en defensa de un ideal en el que él también cree, opta por dejar de lado ese juicio para continuar en el sendero de la prosperidad nacional, en cuyo nombre se ha vertido sangre.

Es una época apacible de una opulencia dirigida. La administración pública y la privada van por buen camino. Conviven, se esfuerzan juntas. Y arriba de todos está Negrete, cada día más cómodo dentro de la estructura que montó y que jamás pensó crecería tanto.

Son días afortunados.

5

El regente y Negrete diferían en puntos específicos y en lo general. El primero creía en el control del Estado y el segundo en el libre mercado, dos visiones antagónicas. Uno iba por la nacionalización y el otro por la privatización de la economía, y aunque el regente no era corrupto, lo cierto es que durante el proceso de proselitismo al interior del partido se vio forzado a pactar con los líderes más sucios, quienes contaban con el apoyo de las bases. Al inicio de su carrera política el regente se acercó a Negrete para trepar los escalones que lo separaban de la cúpula, haciéndose pasar por uno de los suyos, pero cuando fue capaz de prescindir de su padrinazgo se distanció gradualmente para hacer sus propias alianzas, cada vez más lejos de quien fuera su guía. En pocas palabras lo utilizó para subir y lo abandonó, y la falta de lealtad es algo que Negrete no perdona.

Un día antes de ser acribillado, el regente desayunó con su esposa y con su hijo. Luego se reunió con un par de generales del ejército que le sugirieron hacer un pacto con Negrete, pues de lo contrario no podían garantizar su seguridad. Pese a que no los tomó muy en serio prometió pensarlo. Para el día siguiente, horas antes de su muerte, había resuelto reanudar la simulación y convertirse en un supuesto aliado. Lo haría en una rueda de prensa. No quedaría duda de la cercanía con el ex presidente hasta que fuera investido con la banda presidencial. Sería en ese momento que le declararía la guerra, y

ganaría. Pero el viejo lobo de mar se adelantó y, en vez de meterlo a la cárcel como planeaba hacerlo él, lo mandó matar. No fue una decisión fácil, pero fue la única. Para Negrete la suerte estaba echada: era él o yo, se repite ante el espejo después de la cena con la que celebran su muerte.

La mujer del regente queda desahuciada. El niño tiene diez años, no hay muchos ahorros y ella no sabe hacer nada. Se casó joven y nunca tuvo necesidad de trabajar, y aunque el partido ofrece una pensión y aún queda algo de lo ganado durante la magistratura, ese dinero se irá pronto.

Una tarde de octubre la mujer sale al patio y lo contempla vacío. Una racha de viento empuja las hojas caídas del naranjo, en un espacio que antes estuvo lleno de gente: hombres trajeados de seguridad que escoltaban a su marido o a algún otro representante del pueblo que acudiera a la casa. Ahí donde siempre hubo ruido hay silencio, sólo el viento helado de otoño acompaña sus pasos. Recuerda por qué se contrajo cuando el hombre que sería su esposo le dijo que era político. Nada bueno podía salir de esa profesión, pensó en ese entonces. Ese día confirma el tino de su instinto.

6

Fógarty regresa poco antes del alba a su departamento en el onceavo piso del edificio Linares; la ciudad duerme bajo sus pies. Destapa una botella que saca del refrigerador y sale al balcón, inmerso en el futuro, con la vista hacia el horizonte que paulatinamente cobrará vida: la primera luz asoma tras la cordillera que bordea el valle.

Despierta con los rayos de luz en los ojos. Ve el reloj: ha dormido casi cinco horas. Sale apurado después de un baño, pues la reunión con el legislador no puede esperar. Tras la muerte del regente, como por arte de magia un pequeño ejército de peones cae rendido frente a ellos. Deben aprovechar la coyuntura.

Llega al café Crillón, frente a la asamblea, con media hora de retraso. Rómulo Kreig aguarda impaciente.

«Pensé que no llegaba, licenciado.»

«No soy licenciado.»

«Sin la licenciatura no se llega a ningún lado, hombre.»

La mirada impávida de Fógarty le quita la tosca sonrisa de la cara. Aunque casi nunca se enreda con políticos, su ambición le exige ampliar su campo de acción.

Pide un café sin voltear a ver a su interlocutor. Kreig deja en la mesa un sobre amarillo sujeto por una liga, repleto de billetes. Fógarty no se inmuta.

«Guarde eso, por favor. La cosa no va por ahí.»

Kreig guarda el sobre y lo mira apenado. Si no era para eso no sabe para qué lo citó.

«Usted siga con lo suyo. Pórtese bien y no se meta en problemas. Con suerte se abrirán plazas que tendremos que llenar con gente trabajadora. Ya sabe cómo son las cosas, tantito movimiento y todo se olvida. Puedo confiar en su memoria, ¿no es cierto?»

«Al cien por ciento, señor.»

Fógarty se empina la taza y se levanta.

«Pero...»

«Usted no se preocupe, licenciado. Yo me comunico.»

Kreig se levanta para estrecharle la mano, pero él ya se ha ido.

Cuando Fógarty está en el circuito Íñiguez suena el teléfono: es Sonia, su hija de diecinueve años. Para evitar decirle de nuevo que no puede verla no contesta. Hace meses que no la ve, y la agenda de la semana le prohíbe escaparse para estar con ella. Está cansado de oír la aflicción en su voz ante sus constantes negativas. Definitivamente no se merece un padre como él, piensa desesperanzado.

La reunión del comité de Grupo Forster ha comenzado. Fógarty toma su lugar y escucha con atención el reporte de los directivos. Como de costumbre mantiene la boca cerrada. Al terminar, en el pasillo toma del brazo al director general y lo felicita. Una palmada en la espalda basta para reafirmar sus palabras.

Es una máquina incansable. Con el don de la ubicuidad como arma letal, nada se le escapa. Se mueve con soltura en cualquier esfera. Los que saben quien es hacen lo posible para estrechar su mano, aunque en realidad son pocos. Tan eficaz como su soltura en distintos círculos es su capacidad para pasar desapercibido. Es un ser sigiloso, de voz templada, frío y calculador.

A las siete treinta de la tarde entra al despacho de Negrete para dar su informe. Lo mantiene al día en todo lo referente a los negocios pero omite su encuentro con Kreig, del que nadie tiene conocimiento.

Negrete lo escucha, le da instrucciones para el día siguiente y lo despide en la puerta antes de las ocho y media, hora en que religiosamente se sienta a la mesa con Celeste, su esposa. A lo largo de cincuenta años con ella han pasado por todo tipo de circunstancias y las han sobrevivido, de ríspidas peleas en las que ambos pensaron en dejar al otro, hasta la dicha de criar una familia imperfecta pero sana

y jovial. Durante los años en que sus labores le impidieron comer en casa la hora de la cena fue siempre respetada, de lo contrario casi no se hubieran visto. Raras veces rompe con ese compromiso.

El Distrito 39 parece dormir, nada más alejado de la verdad. Tras esos muros se desenvuelve el ritual de la vida nocturna para aquellos capaces de aguantarlo. Discretas luces amarillas o anaranjadas sobre la puerta insinúan los secretos que guardan dentro. No hay letreros, hay pocas ventanas y el alumbrado público es deficiente. Las calles y la acera están cubiertas de adoquín. En los vestíbulos la gente espera su turno y cada establecimiento ofrece diversas atracciones. Casi todas las noches Fógarty acude al número tres de la calle Ótika, en donde lo aguarda un sillón cubierto de terciopelo rojo en un cuarto de alfombra y paredes negras, postrado frente a un colchón con sábanas blancas sobre el que varios hombres de edades disímiles abordan al mismo tiempo a una adolescente hasta terminar, uno por uno, dentro del orificio anal. Aunque en ocasiones los hombres se repiten la mujer no puede ser la misma. Fógarty no se desviste, ni siquiera se toca a sí mismo. Observa la coreografía hasta que el último de los participantes sale del cuarto y deja a la mujer recostada en la cama, él pasa a la caja, paga y regresa a su departamento.

Esa noche la mujer se arrepiente a mitad del coito y sale corriendo. Los hombres, petrificados, no saben qué hacer, hasta que Fógarty los despide con un ademán. Paga la cuenta como si todo hubiera transcurrido normalmente. Ojalá no sea funesto para la chica, piensa, pero no hace nada para ayudarla. Los dados están echados.

Fógarty, el fatalista.

7

Celeste Lábrago de Negrete cae enferma. Si bien hubo un descuido por parte de Negrete en ciertas etapas de su matrimonio siempre hubo cariño y protección, y la dejó también con suficientes ocupaciones para entretenerse en su ausencia. Compañera incondicional, la noticia de la decadencia física de su mujer le pega como un rayo. De un día para otro cambia su rutina, y en consecuencia también sus prioridades. Dirige su energía a la convivencia familiar, a ir al hospital, a los cuidados necesarios para evitar que el dolor abrume del todo a su mujer. Podría encomendar estas atenciones a la familia, allegados y subalternos, sin embargo escoge delegar su patrimonio político y económico mientras él supervisa la salud de Celeste, la dama que siempre ha estado a su lado.

La enfermedad terminal acaba con ella y se lleva consigo la vitalidad de Negrete. Cuando Celeste exhala su último aliento la vejez lo asalta por completo. Se dice que es apenas la sombra de lo que fue. Los intereses que antes lo acapararon ya son sólo recuerdos, parte de un pasado empañado que poco tiene que ver con su presente. La lucha que antes peleó a diario pierde su significado. Se recluye entre los muros de su casa y la familia que lo sigue de cerca, cerrándose al mundo sin mayor contrariedad.

Un mes después del entierro, Negrete convoca a sus

lugartenientes a una junta extraordinaria, con Trejo como observador. Desde el atentado estos cinco personajes no han vuelto a coincidir. La reunión en la casa de campo al norte de la capital es totalmente confidencial. Negrete emite una resolución lógica:

«Le he dado muchas vueltas al asunto y creo que la mejor manera de seguir es que cada uno opere de manera autónoma. Ustedes se encargarán de mantener la unidad, y consultarán conmigo únicamente las decisiones más importantes. Estoy viejo, las responsabilidades me rebasan y tengo el deseo de terminar mis días en paz».

Thompson responde al instante. «Aunque preferiría que siguieras al frente, si esos son tus deseos puedes confiar en mí. Mantendré el orden y continuaré el crecimiento. Espero que no te alejes mucho de nosotros.»

Fógarty es de la misma opinión. «A mí tampoco me gusta la idea de que nos dejes, pero imagino que tu decisión no está abierta a debate. Estaremos desde luego a tus servicios.»

Negrete, halagado, mira a Weston, pero él calla.

«¿No dices nada?»

«No.»

«Nada vendrá de nada.»

«No queda más que obedecer, ¿no es cierto?»

«Quizá, pero lo mínimo que espero de ti es tu apoyo. ¿O te opones?»

Weston piensa en hablar con la verdad, en vocalizar su oposición enumerando sus razones, pero, si la decisión está tomada y de ahí en adelante la autoridad recaerá en ellos, sus palabras serían una afrenta natural a Thompson y a Fógarty, desatando una lucha de la que no saldría bien librado.

«No me opongo, pero tampoco estoy de acuerdo.»

Negrete se lleva una mano a la frente y toma asiento. Guarda silencio por un rato, dándole oportunidad a Weston para corregir su curso, con la vista fija en el piso de cerámica. El mutismo se alarga demasiado y los cuatro hombres alrededor de Negrete quedan como estatuas a la espera de un dictamen. Cuando es evidente que Weston no cambiará su postura, Negrete habla sin quitarle la vista al suelo.

«Vete.»

Está pálido. La actitud de Weston es un golpe anímico que no se esperaba ni siente que merece. Su pupilo más cercano le da la espalda

en un momento crítico, viudo y con la vejez a cuestas. Resiente la traición en lo más hondo de su ser.

Álister Weston se va sin despedirse y regresa a la ciudad mientras Fógarty congela su cuenta de banco.

8

Tres días después la casa en la que vive Weston se vende. El único hijo de una familia humilde, de joven estudia derecho en la universidad pública. Antes de terminar la carrera se topa con la política, y con los bríos que da la juventud se lanza en una cruzada a cambiar el mundo, según decía a quien quisiera escucharlo. Las palabras grandilocuentes de los dirigentes nacionales lo cautivan; se arroja como flecha al interior del huracán, en donde lo esperan con brazos abiertos. Negrete es el mejor orador de su generación, una de las razones por las que llegó a la presidencia. Para Weston era un tipo honesto, acaso alguna vez lo fue.

En el camino de vuelta al valle, luego de voltearle la espalda a su mentor, considera que en algún punto del camino el enfoque se desvió. Fue un proceso gradual, imperceptible en el día a día pero claro en retrospectiva. Fue, sin querer, un peón más en el tablero.

La carretera pasa sobre uno de los tres lagos que marcan el límite triangular de la capital; más allá están las montañas estampadas por cúpulas doradas. A ambos lados del puente el reflejo del sol en el agua da la impresión de estar cruzando un espejo de oro sobre el que atraviesan cientos de embarcaciones.

Weston está consciente del lugar en el que se encuentra una vez rotos los lazos con Negrete. Sabe demasiado, y ese es un riesgo que Fógarty y Thompson considerarán peligroso. Por lo pronto, sin un

puesto fijo al que acudir como funcionario y fuera de la nómina de la organización debe resguardarse y esperar lo peor. Es la única forma de conservar la vida.

Compra una pequeña vivienda en un lejano descampado. Tiene pocos muebles, escasos artefactos y un estante que va llenando de libros. Su guardarropa se limita a dos viejas chaquetas, tres o cuatro camisas desgastadas, algún suéter y unos cuantos pantalones de pana. El resto de su ropa la da en caridad. Ni la usará ni cabe en el armario. No tiene teléfono. Se queda con el viejo auto heredado de su padre, un vejestorio que nadie sabe que tiene, guardado en la cochera bajo un toldo gris que no levantó nunca. Encuentra un radio de transistores en el mercado de Ciudad Valverde y se dedica a vagar entre libros, en espera de que pase el temporal.

Su intención es la misma de antaño, cuando dejó la escuela para seguir una brecha que ha llegado a su fin en el frente político. Después de años de trabajo con Negrete conoce los tejes y manejes de la diplomacia y, quizá la enseñanza más preciada, tiene la firme convicción de que ese no es el camino.

9

Wérner Trejo escaló los peldaños de la vida a rastras. Sin pisar la escuela, de niño se dedicó al campo, a la siembra y cosecha de mazorca que pagaba una bicoca con la que debía vivir una familia de seis: sus padres, dos hermanas y un hermano, y él, el primogénito. Sus hermanas estudiaron, y cuando su hermano tuvo edad para ayudar en el campo Trejo sintió que al fin estaba liberado. Mientras fue el único no tuvo corazón para dejar a su padre con el trabajo, así que huyó de casa al cumplir diecisiete años, demasiado tarde para unas cosas y muy temprano para otras. Eligió llegar temprano.

Llegó a la capital sin un centavo. De ratero callejero pasó a jefe de manzana, organizando a diez ladrones como él que no tenían en qué caerse muertos, nada que perder y todo por ganar. Si atrapaban a uno salían huyendo y tomaban otra zona, sin esperar a ser delatados. Tenía talento como delincuente, de eso no cabía duda, y vivía bajo una ética irrefutable: no usaba armas ni cometía atropellos físicos. En su flotilla de ladrones había carteristas y prestidigitadores, estafadores mágicos que individual o colectivamente le quitaban la mercancía a la víctima sin que se diera cuenta, ya fuera un reloj, un bolso de mano o una billetera. Solos, en pares o en equipos de hasta cinco se las ingeniaban para atracar sin violencia, y eso valía. A Trejo siempre le pareció un trabajo honrado, quitarle a quien tiene para darle a quien no tiene. Distribución de la riqueza a base de ingenio.

En uno de esos atracos lo sorprendió la persona equivocada o, raros vuelcos del destino, el tipo más atinado que pudo cruzarse con él: un gigante fornido de piel morena que vestía de gris y portaba una pistola calibre cuarenta y cinco que le puso en la sien mientras lo sujetó del brazo. Quería de vuelta su cartera, pero antes debía saber el truco.

«Eso, señor, es un secreto.»

Lo subió de una patada a la camioneta blindada y lo alejó de esa vida por el resto de sus días.

Era policía. Le dio a escoger entre pasar una temporada en prisión o trabajar para ellos dentro de la ley. Después de un periodo de capacitación lo pusieron de nuevo en la calle, ahora en el otro bando, como agente encubierto en zonas importantes o eventos especiales. Su trabajo consistía en observar a la concurrencia y reportar cualquier anomalía. Además se involucró cada vez más con la policía regional encontrando delincuentes y siguiéndolos. Fue una pieza discreta y eficaz que permaneció oculta tras la cortina de la burocracia. Su imagen y su nombre se mantuvieron fuera de los reflectores. Al llevarse a cabo un arresto, él daba un paso atrás y desaparecía. Nunca quiso figurar, y quienes dirigían los hilos de la dependencia preferían mantenerlo como arma secreta.

Conocía algunos enigmas nacionales de primera mano. Sin mancharse las manos o exhibir su posición se convirtió en una figura clave dentro de la policía, una figura que veía por sí misma. Bastaba una orden para ir en contra de un funcionario público, de algún empresario o de activistas capaces de poner en jaque la estabilidad. Trejo siempre daba con lo más sucio, el secreto mejor guardado de una víctima incapaz de saber quién estuvo detrás de su desgracia. Como perro de caza era implacable, y no le interesaban las razones: como buena mascota confiaba en los de arriba. Era un sabueso que agradecía el hueso que le tiraban.

Desde pequeño escondió su tendencia homosexual. A ojos de sus compañeros tenía hábitos de monje: rechazaba el licor y aborrecía cualquier método para alterar la consciencia, pero a la hora del deseo recurría a los barrios bajos que conoció al llegar a la ciudad para buscar mozalbetes dispuestos a chupársela a cambio de un billete, o viceversa. A veces se llevaba a dos o tres de ellos a un cuarto de hotel; les pagaba bien, los consentía y los regresaba a la esquina en la que

los encontró. Volvían a la oscuridad de su vida con muchos billetes de más y el culo roto, en una mezcla agridulce de bienestar material y una leve sensación de humillación que lograban hacer a un lado. No obligaba a nadie. Si le entraban era porque querían, y eso lo tenían claro al regresar a su madriguera. Aunque la oferta de jóvenes dispuestos era vasta, Trejo procuraba no recurrir a la prostitución muy a menudo. Reprimía sus instintos, cercado entre una sociedad llena de prejuicios y su propio sentimiento de culpa: hubiera preferido una vida heterosexual. Su decisión de permanecer tras bambalinas tenía mucho que ver con sus prácticas sexuales, que de ser exhibidas acabarían con él.

Pasó años de anonimato antes de que Negrete fuera nombrado secretario de finanzas de la magistratura local, un puesto menor, el primero de una serie que se coronaría con la presidencia. A partir de una plena confianza en sí mismo y en su futuro Negrete le pidió al jefe de la policía regional que le recomendara a alguien de su confianza para su seguridad personal, y así fue como Trejo, cansado de la poca paga, dejó las filas de la fuerza pública para entrar en la nómina privada de Negrete, quien desde un principio supo remunerar sus servicios.

10

Al escuchar el sonido intermitente del teléfono Sonia cuelga con una congoja que le muele el alma. No cuenta con su padre ni para tener una charla telefónica.

Hace tiempo que no acude a la facultad. Los bríos con los que entró a la universidad se han esfumado, y estudiar le parece el acto más estúpido del mundo. Quiere partir pero no sabe a dónde, ni cómo, pero sabe que se quiere ir sola, así que toma una maleta, la llena de ropa y va a la estación, en donde la espera un autobús con destino al sur. Aunque carga con un par de libros en la mochila, la lectura ya tampoco le interesa. Quiere vivir, y siente que la vida está en otra parte, lejos de casa y cerca del mundo, no en las páginas de un libro deshilachado que de nuevo le aburre.

Su madre regresa del trabajo y encuentra la nota en la que Sonia le avisa que se ha marchado, sin saber si volverá. Va a la cocina y hierve un poco de agua para disimular la congoja con una taza de té. Sentada frente a la mesa de madera observa las hojas del álamo que rozan la pared, y se pregunta cuándo volverá a ver a su hija.

Sonia llega a Metropol entre pasos a desnivel, túneles urbanos construidos con tecnología de punta y rascacielos cuyos picos son invisibles a la vista del peatón, y decide tomar otro autobús que la lleve aún más lejos. Sigue con la mirada y sin reparo el camino que va dejando atrás, sin la sombra de arrepentimiento que suele acecharla.

La amplia carretera de cuatro carriles se hace pequeña, la comodidad del piso de concreto da pie al rugoso e inconsistente asfalto mientras la autopista disminuye en amplitud.

En Lascaris, un pueblo anodino con dos calles pavimentadas y el resto de terracería, consigue un trabajo en la única zapatería: el anuncio pegado en la vitrina no pide experiencia previa. Lo poco que gana lo gasta en alojamiento, comida y quizás una prenda de ropa al mes, y es feliz porque al fin siente que vive. Durante los interminables años de estudio sabía que dormía, que sus días no eran reales, o al menos no más que las páginas de aquellos libros. La verdad estaba lejos pero existía. Ahora siente que ella también existe entre zapatos y caras tristes que van y vienen, entre automóviles destartalados y la siembra al horizonte.

Le envía la primera carta a su madre un año después, cuando ya no trabaja en la zapatería sino en la tienda de electrodomésticos recién abierta que paga el doble. Renta un cuarto en un edificio aledaño al templo, que la despierta a las seis de la mañana con las mismas campanadas. Al contestar, su madre le hace ver su crueldad, y Sonia sabe que tiene razón. Una disculpa basta para sanar la herida.

En cambio cuando Fógarty se entera de que su hija se ha ido le tiene sin cuidado. Si eso es lo que quería qué bueno que se fue, piensa con cinismo. No sólo no la extraña, sino que es un peso menos de encima, un acto que le arranca la culpa de no estar ahí, de relegar a su única hija a un mínimo lugar en su vida. Mientras su madre hace un esfuerzo por buscarla él ignora la situación.

La pobreza del campo abruma a la joven Fógarty, quien no para de preguntarse por qué la gente vive aletargada, con la cabeza gacha y una sumisión casi inverosímil; sin embargo ahí están, viviendo día a día sin sobresalto y en paupérrimas condiciones.

De vez en cuando va a Ciudad Valverde, la urbe más cercana, a ver una película, cenar en algún restaurante de comida internacional y tomar algo en la taberna de la plaza. Si le alcanza el dinero alquila una habitación de hotel para pasar la noche, con la esperanza de encontrar a un chico con quien compartirla. En ocasiones espera en vano, pero en otras —¡al fin!— alguien se acerca, le invita un trago y le hace plática, palabras básicas de poco interés, pero plática al fin y al cabo. Busca ese intercambio mínimo que justifique el primer beso que conduce a todo lo que viene después. Cuando eso sucede regresa a

Lascaris renovada y lista para otros meses de estática, de plena calma rural.

Por un par de años vive contenta. Ama su recién conquistada independencia.

11

La vida en la mansión da un vuelco con la muerte de Celeste. Con ella al mando fue un continuo ir y venir de gente cercana a la pareja, con la mesa siempre puesta para diez aunque cinco confirmaran su asistencia, una mesa que a diario se llenaba y que a menudo era rebasada por la concurrencia. Las puertas siempre estaban abiertas.

Sin ella Negrete no es el mismo. Él se aísla en una vejez repentina. Pierde el interés por los negocios, por el rumbo del país y por su familia. Duerme once horas diarias, consume televisión como nunca en su vida y tiene poco apetito. Pasa tardes enteras mirando los árboles gigantes que rodean su casa, anclado en el sentimiento de vacío que lo acecha. El lente tras el que ve la vida se distorsiona irremediablemente. La amó sin dimensionar la verdadera potencia del lazo que lo unía a ella.

La organización da giros que modifican su estructura. Además de llevar el hambre de dinero hasta sus últimas consecuencias, Fógarty se entromete cada vez más en política; impone candidatos, apoya iniciativas y forja alianzas que no están de acuerdo con la línea que Negrete había impuesto, y que a veces van en sentido contrario. Thompson logra victorias políticas alejadas de toda ética y lleva a cabo estrategias que Negrete jamás habría permitido.

En la mañana de un raro día de lucidez, Negrete toma el periódico y lee lo sucedido en su ausencia. No es necesario ser astuto

para darse cuenta de los cambios, de las nuevas intenciones tanto de políticos como de empresarios que en un tiempo que parece remoto se atenían a sus órdenes. El país avanza descarriado, y aunque Thompson y Fógarty no figuran en los encabezados o en el cuerpo de la nota su influencia es evidente. Revisa periódicos recientes que le permiten seguir la breve historia de la decadencia. Se retuerce de rabia.

Marca el número de Fógarty pero éste no contesta. Thompson, al teléfono, se muestra sorprendido y se escuda tras preguntas en cuanto a su salud. Ante la insistencia del viejo inventa una excusa y cuelga antes de que lo inunden los gritos al otro lado de la línea. La cólera de Negrete es infinita. Se viste apresurado, sube al auto a un lado de Trejo y se dirige a la oficina de Fógarty, alertado por Thompson.

Ni el cuerpo de seguridad en la planta baja ni la secretaria en el último piso se atreven a detener su camino. Fógarty lo recibe en su oficina con una sonrisa.

«Qué gusto me da tu visita, hombre.»

Negrete se sienta sin darle la mano. «No me vengas con esos cuentos, por favor. Ya vi lo que has hecho. Me volteo por un instante y te olvidas de mí.»

«No sé a qué te refieres. Aquí todo sigue igual.»

«Eso no es cierto y lo sabes. Quiero tu renuncia ahora mismo. No te quiero aquí. Ya platicaremos después, pero por lo pronto debes retirarte.»

Fógarty no se inmuta, apenas deja ver una mueca que fastidia aún más a Negrete. Calla. Negrete se levanta y se dirige a Trejo, de pie detrás de él. «Ayúdame a sacarlo, Wérner.» Mientras Trejo se acerca a Fógarty, dos hombres de seguridad entran a la oficina. Fógarty revira: «Para su comodidad serán escoltados. Hasta luego». Fógarty los ve salir sin levantarse. No hay más que decir. Negrete sabe que esa batalla está perdida, que tanto tiempo lejos de lo que antes fueron sus dominios lo ha dejado lisiado. Su visita confirma lo que leyó en los periódicos. En ese momento lo único que quiere es desaparecer. Trejo lo acompaña sabiendo que por el momento no hay otra opción, pero ambos confían en el contraataque.

Una vez en casa intenta localizar a Weston, y así descubre que se ha esfumado de la faz de la tierra. Dada su reacción supone que Thompson es parte del plan, y así se ve forzado a improvisar, en plena capacidad de sus facultades e impulsado por la visión de su obra

hecha pedazos.

Se comunica entonces con Rómulo Kreig, el consejero más cercano al presidente en turno y a quien recuerda como un aliado. Éste lo escucha con detenimiento, lo calma con palabras sedantes y le asegura que enviará a la fuerza pública a detener a Fógarty para seguir con la averiguación correspondiente. «No tiene nada de qué preocuparse, don Negrete», dice Kreig segundos antes de colgar. La hecatombe se detiene, puede respirar tranquilo. Es feliz al pensar que aún hay gente en la que puede confiar. A fin de cuentas, piensa, no todo está perdido.

Pide su platillo preferido para comer y toma el teléfono de nuevo para hablar con sus tres hijas, a quienes también ha descuidado. La conmoción lo regresa al mundo, listo para cabalgarlo una vez más, para regresar a la vida nacional con creces, pero mientras habla con una de ellas ve una escena escalofriante a través de la ventana: elementos de la policía arrestan a la gente que trabaja para él, incluido Trejo, quien intenta oponer resistencia al sacar una pistola. En seguida es derribado con un tiro en el brazo. Mudo, Negrete suelta el auricular y camina rápidamente hacia las escaleras. No puede creer lo que ve; el derrumbe sigue su curso.

Toma un sombrero y un par de lentes oscuros y sale de la casa a un patio lateral en el que una angosta puerta de madera da a una de las calles aledañas. La salida a una fatídica emboscada es una alternativa que nunca se usa. Revisa que no haya policías, cierra la puerta detrás de él y camina en sentido contrario al flujo vehicular. Se levanta el cuello y mantiene la vista fija en el piso, temeroso de alguna patrulla o de cualquier persona embutida en uniforme.

Camina por las calles como un hombre anónimo, sin rumbo fijo y con la desesperación a cuestas.

SEGUNDA PARTE
Gotas de mercurio

1

Las calles duermen en la madrugada estival. El viento empuja las ramas de la arboleda que rodea el parque en el que ronca Jeremías, olvidado del mundo, ignorante de los designios que irán a regir el futuro de su vida. Hojas secas desfilan frente a él mientras suspira entre sueños rotos, imágenes de ciudades desplomándose una tras otra. El límite de su comprensión es todavía precario.

Acude como cada mañana al callejón aledaño al templo a recibir una ración de sopa que le sabe a gloria. Guarda el pedazo de pan duro para después, cuando el vacío que siente en el estómago pide clemencia. Regresa a la banca que siente de su propiedad, pero un oficial de gobierno la ha tomado en préstamo para ingerir también su desayuno; se sigue de largo. El dispensario de bebidas está cerrado y el billar en donde a veces recibe unos centavos por barrer la acera no necesita su ayuda. La lluvia del día anterior lo hizo por él. No tiene ganas de caminar, sin embargo el rumbo perdido del que es presa lo obliga a ello como una consigna. Es la única muestra de su vitalidad.

Las piedras que forman el suelo del barrio de los peregrinos reflejan el rayo del sol que acecha sin cuartel. El agua de los manantiales serranos llega por los antiguos acueductos hechos de pilas de piedra blanca, cruza las plazas de Ciudad Valverde y eventualmente desemboca en el mar. Se ensancha en cuencos rumorosos de día y más rumorosos de noche, sobre todo cuando no

hay viento. La ciudad está rodeada por jardines, alamedas y escaleras construidas a imitación de las aguas que bajan en cascada. Mareado por el calor, Jeremías bebe del acueducto y le pide un tabaco al gendarme que regula el poco tránsito en un cruce vial. Se sienta en la banqueta a contemplar el flujo, abstraído del mundo con la vista perdida.

Presiente que un cambio está por venir. Es una sensación vaga, equívoca tal vez, pero real. Y en medio de esas cavilaciones recuerda a su madre. Hace años que no piensa en ella, en el cabello largo y ondulado, negro azabache, que colgaba a su alrededor cuando era niño. Sus ojos también oscuros le sonríen desde un pasado que está sólo en la memoria, congelado con irremediable esterilidad. ¿Por qué hoy?, se pregunta mientras intenta ahuyentar esos recuerdos que duelen, que le recriminan su decadencia, su triste realidad.

Se levanta y tropieza con un anuncio en la pared: «Se busca ayudante de mantenimiento. Interesados comunicarse a este teléfono». Tarda unos minutos en memorizar los ocho dígitos, repitiéndolos en voz alta una y otra vez para recordar, para recurrir a sus palabras en caso de olvido. Se alegra de pensar en trabajar un poco, aunque sea algunas horas, para ganar lo suficiente y no morir de sed en uno de esos días de calor extremo que diezman a la población. Se pone en marcha hacia la plaza, se sienta a la salida del templo y extiende la mano para recibir los centavos que le permitan llamar al número en el que alguien podría ayudarlo. Un par de horas después, al terminar la ceremonia de mediodía, se dirige al teléfono público y marca el número aprendido. El sonido al otro lado de la línea es un buen augurio: una voz dulce de mujer.

2

El viento se estanca en las repisas de la casa en la que vive Álister Weston, cansado en el vaivén de los días empantanados, esclavo de su propia libertad. Escucha su respiración, el eco de cada latido de un corazón aletargado. El encierro apenas comienza. Alentado por los resortes que empujan al hombre de acción, recorre el pueblo más cercano en busca de un trabajo. Si Fógarty y Thompson trataron de encontrarlo sabe que el tiempo cubrirá su búsqueda.

Las distracciones del ambiente rural son pocas y no muy atractivas. Fuera del alcohol, el pasatiempo más común de la comarca es el billar y, en algún dispendio de bebidas, los naipes, y para eso habría que establecer un contacto, alguien con quien jugar. Decide gastar lo que le resta de la venta de la casa en un comercio que lo mantenga ocupado. Hay un negocio de helados y paletas que necesita un nuevo dueño; un local de libros de texto en banca rota; un congal de mala muerte. Si bien los libros le interesan no está seguro de que pueda funcionar. El diario local busca un corrector de estilo, pero Weston se niega a trabajar bajo el yugo de un salario. Aún hay fondos para sobrevivir por más tiempo, pero se acaban.

Pasa una temporada sin salir de casa, cansado y decaído por un porvenir inexistente. Vive cada vez más ajustado. Arroz y pan es su dieta diaria. Los lujos de la buena mesa se alejan con la incertidumbre. Decide continuar la búsqueda en Ciudad Valverde, a dos horas de ahí.

La ciudad se construyó cientos de años atrás, poco después del último ataque de los pueblos bárbaros. Hombres y mujeres temerosos de ser presa fácil huyeron de la costa a resguardarse tras las cordillera, pero a la llegada de Weston los kilómetros que separan la plaza central del mar están totalmente poblados. Las colinas que protegen y elevan la zona céntrica sirven ahora para albergar decenas de edificios y casas particulares con una asombrosa vista al horizonte marítimo. Barcos de todos tipos y tamaños desfilan en paralelo a la costa. La vía rápida que une al malecón con el altiplano corre elevada a varios metros sobre el suelo, entre la tupida vegetación selvática que colorea de verde todo lo que no es cemento. Árboles, plantas y arbustos florecen entre el ajetreo de una ciudad que devino en puerto. La arquitectura que viste al centro con un ropaje imperial contrasta con la vanguardia de las nuevas tendencias de construcción a un lado del mar. Ciudad Valverde brilla.

Al tercer día de deambular por bulevares y avenidas Weston da con una imprenta en venta en el centro de la ciudad. El dueño no pide mucho, es casi un regalo que acaba con el dinero que le queda. Cierran el trato una semana más tarde, con el título de propiedad y la transacción notariada. La precaria cartera de clientes no sirve de mucho, sin embargo Weston llama a cada uno para ofrecerles sus servicios, una propaganda a cuenta gotas. En tres semanas no hay demanda. Aguarda tras el mostrador temeroso de haber cometido una imprudencia, víctima de un arrebato. En retrospectiva la idea de imprimir tinta sobre papel le parece romántica, alejada del lucro. Se entera de que llevaba dos años en venta.

Al inicio de la cuarta semana el hambre le carcome el estómago. Acude al desayuno que sirve la Orden del Crepúsculo a un lado del templo. Toma un lugar detrás de Jeremías. No tiene dinero para subsistir, y sería un disparate pensar en vender el nuevo negocio. Si en un par de años el único despistado que se apareció fue él, la probabilidad de recobrar al menos un fragmento de la inversión es bajísima. Vive los días más crueles de su vida, perdido en la miseria y el vacío, sin un amigo que le tienda una mano. Le cortan el agua y se queda sin luz. La barba crece, la ropa sucia se apila, no hay trastes que lavar. Duerme en la imprenta porque tampoco puede pagar la gasolina. Lo único que tiene es un techo.

Al tercer mes de la compra llega el primer cliente a imprimir dos

mil folletos. Weston pide un anticipo de la mitad para cubrir los gastos de producción. El cliente se lo da a regañadientes. El pedido está listo al día siguiente. La ganancia lo mantiene a flote dos semanas más. Paga la luz, el agua y el teléfono, compra lo básico y llena el tanque de gasolina, pues no hay colectivos que lleguen hasta su casa.

El mismo hombre regresa por otros mil folletos y deja sobre el mostrador la mitad del monto. Con esa ganancia, además de rellenar la alacena con pasta, atún y almendras, y conectar de nuevo el refrigerador para tener queso, jamón y leche para el café, imprime doscientos folletos con ofertas de impresión. Los pega por toda la ciudad, en locales comerciales y en las principales plazas públicas. La clientela, aunque poca, no se hace esperar. El flujo económico va en aumento a un ritmo mínimo pero certero. El dinero ya no es una catástrofe y se convierte en un problema menor que a veces se olvida y otras reaparece con saña, sin regresar al miserable cero redondo. Las ventas no crecen mucho pero tampoco disminuyen. La economía, como su vida, está inmóvil.

3

Sonia está cansada de la calma que antes necesitó. Con sus ahorros decide probar suerte en un lugar más vivo que el pueblo que la cobijó. No quiere regresar a la capital. Recuerda con agrado sus escapadas a Ciudad Valverde así que decide adoptarla. La periferia le sienta bien.

Encuentra un departamento de una sola recámara, pequeño pero confortable. Entra a trabajar a una tienda departamental como cajera. En su lugar de trabajo hace amistades que no frecuenta mucho, aunque el hecho de que existan le da tranquilidad.

Ludovica Mater, una de sus compañeras, intenta organizar una cooperativa obrera, primero en tertulias en casa de sus padres y más tarde en pláticas un poco más concurridas que se turnan de lugar. Sonia acude desde el principio, intrigada por la perspectiva de una unión entre trabajadores que pueda hacerle frente al gran aparato empresarial, pero para que funcione es necesario que más de la mitad de los empleados se unan. La labor de convencer a quienes se oponen es lenta. Sonia pasa a visitar a algunos y hace lo posible por hacerles cambiar de parecer, pero en muchos casos es inútil. Hay gente para la que todas las palabras del mundo caen en el vacío, sin un silogismo capaz de sacarlas del prejuicio, el miedo o la indiferencia.

Cuando están cerca de juntar más de la mitad de firmas Ludovica pierde su trabajo. La destituyen con la excusa de que no hace bien la

labor para la que fue contratada, escondiendo así el motivo real: incitación a la unión de trabajadores, una amenaza para la estabilidad de la institución mercantil que depende del control que ejerce sobre la nómina, mal tratada y mal pagada. Ludovica aparenta ser una mujer fuerte y decidida, una coraza construida psicológicamente para protegerla, cuando más bien es frágil e insegura. Sonia aprende a quererla con sus conflictos al apreciar que juntas trabajan mejor y que comparten intereses. Ven el mundo desde el mismo ángulo. Su amistad alcanza un nivel tan profundo que la llega a querer más por sus defectos que por sus virtudes, justo por las imperfecciones que antes representaron una carga. La plática entre ellas es como un juego interminable.

La ola de indignación entre sus compañeras por el despido injustificado no se hace esperar. Un tercio de quienes firmaron la petición para la cooperativa se declara en huelga, con Sonia como una de las organizadoras. La empresa decide primero ignorarlas y después despedirlas para contratar otras. No les alcanza para pagar los servicios de un abogado que pueda defenderlas, y así la tenue unión se diluye hasta desaparecer. Al décimo día de huelga sólo Sonia y Ludovica se manifiestan. Con la derrota a cuestas beben un café de varias horas. Deciden continuar la disputa aunque la sigan perdiendo. Ludovica regresa a vivir a casa de sus padres. Sonia puede aguantar algunos meses con el dinero que aún tiene ahorrado. Buscan a un abogado que pueda guiarlas en derecho laboral, pero nadie está dispuesto a no cobrar por su asistencia. Otra puerta se cierra. Sonia deja su departamento y se muda a la casa de los padres de Ludovica, con quien de ese día en adelante compartirá cuarto. Usan el dinero que queda para gastos relacionados a su plan, mientras se dan el lujo de vivir a costa del señor y la señora Mater. Las acogen conmovidos.

Trazan un objetivo: llegar a más gente y armar un grupo que se amplíe conforme avance. Piden ayuda a un sindicato que les da acceso a una biblioteca especializada en el tema, de cooperativas a organizaciones incluyentes que conviven en el mundo del libre mercado. Compilan textos sobre cómo estructurar un modelo de unión, desmenuzan las ideas principales y las condensan en pocos pliegos. La gente a su alrededor está con ellas, desde personas cercanas a la familia Mater hasta sus antiguas compañeras de trabajo, algunas todavía ahí, otras en ocupaciones distintas que buscaron a raíz

del despido.

Para la primera reunión quieren captar al mayor público posible, y para ello acuden a la imprenta de Weston, aburrido detrás de un mostrador que ha comprobado ser una nueva cárcel. Al menos paga los gastos, se consuela desamparado. Cuando Sonia se presenta con unas cuantas hojas de papel pidiendo auxilio para imprimir mil copias, Weston no puede más que ayudar. Revisa el contenido y sus ojos se iluminan. Recuerda sus años de juventud y se pregunta, una vez más, en qué momento su camino se desvió para terminar arrumbado como una máquina descompuesta que ya nadie quiere, olvidado en un estante del presente. Cobrará sólo el gasto real de las impresiones, un arreglo que a Sonia le parece formidable.

«¿Qué piensan hacer con esto?»

«Repartirlas antes de la primera reunión.»

«¿Apenas empiezan?»

«Apenas. Hemos estado investigando.»

Sonia le habla sobre la huelga y su despido. Su plan es formar una cooperativa totalmente independiente del sector empresarial y abierta a cualquier trabajador. La afiliación se mantendrá en secreto, con archivos cerrados al público para proteger los intereses de los trabajadores. Esa es la primera barrera de seguridad. Además, una vez establecida, el fondo común contratará los servicios de abogados laborales para defender a los afiliados, luego de que un consejo rotatorio juzgue que el caso lo amerite.

Para Weston es un proyecto viable. No tiene necesidad de adherirse por ser dueño de su negocio, pero hay una clara afinidad con el propósito. Le hubiera gustado poder regalar el servicio de impresión.

«No te apures, son pagos que tenemos previstos.»

«Estoy para lo que se ofrezca.»

Ahí queda su primer encuentro. Weston va a la primera reunión que a todas luces es un éxito: más de cien asistentes y un visible interés. Un tercio del auditorio firma esa misma noche; otros lo harán en los siguientes días. La afiliación se mantiene en secreto.

Un mes después, luego de varios pedidos más o menos redituables, Weston se une pese a no necesitarlo. Recibe la credencial número ochenta y uno.

4

Fógarty mezcla al sector privado con la administración pública, y toma decisiones que causan estragos en la población. La pobreza se acentúa, la corrupción se cuela entre las rendijas del aparato estatal, la vida nacional flaquea. Elecciones van y vienen. El grupo que detenta el poder es invencible. Thompson supervisa la expansión del imperio económico a un nivel estratosférico, más ligado que nunca al mando político. Sus intereses comerciales se amplían hasta que el dominio del capital privado es total, con aliados en puestos de elección popular que les cuidan las espaldas y crecen junto a ellos.

Fógarty, Kreig y Thompson se dan cita para cenar. Aunque no conviven como quisieran mantienen una relación telefónica cercana, sin embargo hay temas que deben tratarse en persona. El restaurante de la calle Norton atrae por su discreción. Reservan en uno de los apartados.

«No hemos podido dar con él», comienza Kreig. «La búsqueda sigue desde aquel día, pero de alguna forma Negrete ha logrado evadir al ejército, a la policía y a los investigadores. Seguimos tras la pista.»

«¿Cuál pista?», pregunta Fógarty, molesto.

«Ninguna. Es una expresión.»

«Son unos incompetentes, Rómulo. Es increíble que no tengan nada. Es un viejo desvalido, por dios.»

«No sé qué decir. Se ha hecho todo por encontrarlo.»

«Y matarlo.»

«Para eliminarlo, sí.»

El mesero se acerca a la mesa y deja la primera botella de vino. Ordenan los platos fuertes y se retira.

«Un brindis a la salud del país.» Thompson levanta su copa. Kreig y Fógarty hacen lo mismo. Chocan el cristal. Una tras otra las botellas fluyen hasta que ninguno se puede sostener. Se despiden después de varias horas de plática para tumbarse en los asientos traseros de sus vehículos. A Fógarty le cuesta trabajo caminar hacia el elevador que lo lleva a su departamento, Kreig se queda dormido antes de llegar a su casa y Thompson balbucea el nombre de su mujer cuando el chofer intenta levantarlo. El chofer toca a la puerta de la recámara principal y Catalina baja. Se sienta con su esposo para intentar revivirlo mientras Kitty prepara una taza de café bien cargado.

«Vamos, amor. Por favor levántate.»

Las palabras de Thompson se deslizan, apenas comprensibles. «No debimos de haberlo hecho, Caty. Fue un error.»

«¿Haber hecho qué, amor? Párate ya, en serio.»

«Fue una estupidez.» El tufo a alcohol es insoportable.

Catalina acomoda la cabeza sobre el muslo y espera a que llegue el café, mientras Thompson sigue con un monólogo compuesto de palabras encriptadas. Entre ambas levantan el torso y lo obligan a beber el café con azúcar. Al terminar es capaz de levantarse, y entre Catalina y el chofer lo suben a la habitación. La servidumbre la deja sola. Le quita los zapatos, lo cubre con las sábanas y se dispone a dormir cuando él se levanta. Lo sigue al baño para protegerlo de una caída. Apenas puede tenerse en pie.

Al día siguiente Thompson no soporta el dolor de cabeza. En todo el día no sale de su cuarto, y entre las recetas cura-crudas de Kitty y varios litros de agua endereza el cuerpo desahuciado. Catalina regresa tarde del club Continental, lejos del calamitoso aullido del doliente.

«¿Ya recuperado?»

«Un poco. ¿Qué pasó ayer?»

Catalina toma asiento a un lado de la cama y le acaricia la cara mientras hablan.

«Llegaste ahogado y no parabas de decir incoherencias. De algo estabas arrepentido.»

«De muchas cosas.»

«Ah, ¿sí? ¿Como qué?»

«Nada, Caty, nada.»

«Si no me vas a contar me voy.» Se levanta de la cama. Thompson la toma de la mano para que se siente de nuevo.

«No es nada, Caty, en serio. Cosas del trabajo que no te van a interesar. De veras.»

«Bueno, sigue curándote esa cruda, corazón.»

«Quédate, chula. No te vayas.»

«No me voy a quedar a ver televisión con las cortinas cerradas todo el día, estás loco. Tú te la pones tú te la curas, mi vida. O me hubieras invitado al pachangón.»

«Cuál pachangón. Fue otra cena tan aburrida que había que meterle alcohol.»

«¿Con?»

«Herbert y Rómulo.»

«Me encontré a Roxy en el club. ¿Sigue con Herbert?»

«Creo que no, pero no estoy seguro. Con él nunca se sabe, además no creo que pueda llevar una relación normal con una mujer. Es un témpano.»

«Justo por eso hacen buena pareja.»

«Puede ser.»

Catalina se levanta y se cambia de ropa frente al espejo. Desnuda, su cuerpo escultural sigue tan firme como si aún tuviese veinte años de edad. Se pone las bragas, el sostén y un par de medias oscuras que llegan a la entrepierna. Thompson se levanta de la cama, se acerca a Catalina desde atrás, la besa en el cuello, le baja las bragas hasta el piso y la embiste en ropa de cama, con el pantalón apenas debajo de la cintura. Ella apoya ambas manos en el espejo y levanta la pelvis, adolorida al principio y en éxtasis después.

Termina y regresa a la cama. Ella se dirige al baño. Sale minutos después para vestirse.

«Te voy a extrañar. Quédate.»

«Yo también te voy a extrañar. No me voy a tardar, vas a ver.»

No le quita los ojos de encima mientras Catalina le pone los últimos toques a su atuendo primaveral.

«Siempre me abandonas.»

«Ay tampoco, Luc. Tú eres el que nunca estás y el que se va de fiesta sin llevarme, y no me quejo.»

«Bueno, bueno, dame un beso.»

Catalina se acaba de peinar. Se acerca a la cama y lo besa en la mejilla. Sin un ápice de maquillaje luce hermosísima. Le toca la nariz con el dedo índice. «Pórtese bien mientras no estoy, ¿sí?»

«Aquí estaré bien portadito.»

Ambos sonríen, se besan y se toman de la mano. Ella coge el bolso y camina hacia la puerta. «Adiosito, amor.»

«Nos vemos después, cielo.» La puerta se cierra tras ella y Thompson enciende de nuevo el televisor.

Nunca la volverá a ver.

5

La marcha de Negrete al escapar de su captura es breve. A veinticinco cuadras de la mansión, Trejo consiguió una casa de una planta, de sesenta metros cuadrados. Negrete la conoció años antes, cuando la compró. Ese día ni siquiera se bajó del auto. Tiene la suerte de que a los setenta años aún conserva la memoria intacta, y aunque se ve forzado a dar varias vueltas para encontrar el lugar, después de dos horas de deambular por la colonia reconoce la fachada. Durante el camino, para esconderse de las patrullas se detiene detrás de arbustos, hincado en la tierra hasta que pasan de largo. Supone que no descansarán hasta encontrarlo.

Al llegar brinca la barda con dificultad. Las paredes están más gastadas que hace seis años, pues la estrategia de Trejo para que el inmueble mantuviera el anonimato fue dejar el exterior intacto. La pintura blanca enseña signos de erosión ocasionados por el tiempo y la humedad. No tiene llaves, y no sabe si Trejo instaló una alarma. Dentro de su estrategia de camuflaje, haber traído a técnicos para instalarla hubiera sido un despropósito, poniéndola en el mapa para los vecinos y la compañía de seguridad. Pero todo es un supuesto.

Preparado para correr en caso de que se dispare el sonido de una alarma quiebra la ventana con una roca después de cerciorarse de que la calle está vacía. Nada, sólo el ruido del cristal que se rompe contra el piso, un escándalo en sí mismo. Quita el vidrio de los lados y tarda

un poco en meter las piernas dentro de la casa, exhausto y con la adrenalina agotada. La furia contra sus antiguos subalternos es apenas soportable. Lágrimas de cólera resbalan por la piel.

La casa parece habitada. Hay latas en la alacena, platos sucios en el fregadero, colillas de cigarro en un par de ceniceros. Algunos muebles forman la sala: un sillón doble, uno individual, una mesa de cristal y una lámpara. En uno de los dos cuartos hay una cama destendida y ropa en el armario, una lámpara sobre el buró y un tapete rojo. Al lado de la lámpara hay tres libros y un cenicero sucio. Negrete supone que ocasionalmente Trejo usaba ese lugar para dormir, porque aunque el sitio cuenta con lo indispensable no parece usarse de manera cotidiana. El otro cuarto está vacío. En el baño hay papel higiénico, jabón y toalla. Dentro de la tempestad es afortunado.

Tapa el hueco que dejó el vidrio roto con una bolsa de basura negra y limpia la casa. Hace décadas que no toca una jerga o empuña una escoba como parte de la limpieza doméstica, una suerte de terapia para no pensar en la avalancha en la que está inmerso, consciente de que el hecho de estar vivo es un golpe de suerte. En un lapso de varios días lava trastes, barre y trapea el piso, limpia la mesa y el buró y vacía los ceniceros. No queda más que esperar. Latas de atún, de sopa, de frijol, de sardinas. Puré de papa en polvo, algunos condimentos. Procura comer lo indispensable para alargar las provisiones, que le duran casi un mes. Estira los billetes que trae en la cartera lo más posible, cuando eventualmente sale a comprar poco y barato ante un futuro lleno de incógnitas.

Además de los tres libros que hay sobre el buró encuentra una decena más en el cajón. El conjunto es sin duda heterogéneo: un manual de seguridad privada; un poemario de Reinkrijek Tailor; un recetario de comida templaria; un libro de fotografía; el libro sagrado de los kakto-trentos; *Los viajes de Màssimo Pilgate* , el explorador de los confines; una novela erótica, otra romántica, otra policíaca; un manual náutico para viajes en alta mar acompañado de un compendio de metáforas de navegación en rima; un estudio geográfico del país y una antología de cuentos fantásticos. Salvo el recetario, el compendio de metáforas y la antología de cuentos, que encuentra sobre el buró con separador entre sus páginas, a juzgar por el estado en el que están el resto se ha leído varias veces. Los intereses de Trejo en esos años fluctuaron de manera significativa. Para mitigar el lento transcurso de

los días, Negrete se ve forzado a sentarse a leer, sin otra distracción posible. Empieza con las historias de Pilgate, las novelas y los cuentos: lo más digerible. Relee tres veces la novela policíaca, deseando un anaquel entero de obras del género. A veces recurre al libro sagrado, y en ningún momento se le ocurre levantar el manual de navegación o el recetario, causantes de una añoranza innecesaria. Tailor y sus versos luchan contra él. Cansado de los libros ya leídos, se vuelca a los poemas por desesperación, incapaz de penetrar los misterios que encierran dichas páginas. Los deja y regresa a los viajes, al par de cuentos predilectos, a la novela erótica para volverse a masturbar. Su encierro es un martirio.

Parte de la rutina es buscar un escondite en donde Trejo pudiera haber guardado las cosas importantes. Tiene que existir, se dice entusiasmado, y así recorre las paredes, el piso y los armarios en busca de un indicio, de un hueco, de un espacio sin considerar. En semanas no encuentra nada hasta que mueve la cama y levanta el tapete que cubre la tabla floja que oculta una bolsa de plástico: al fin, el tesoro. Hay dinero y una pistola; suficiente. El panorama comienza a despejarse.

Después de siete meses de salidas breves cree que es tiempo de moverse. El cabello y la barba crecidas protegen su identidad. Con Trejo capturado piensa en Weston, la única persona en quien podría confiar.

6

El número que marca Jeremías es del primer local de la cooperativa, y la voz que escucha en el teléfono es de Sonia. En varios meses de trabajo hay más de doscientos cincuenta afiliados que contribuyen con el dos por ciento de su sueldo. No hay cuota fija, cada individuo pone, como mínimo, ese porcentaje mensual, aunque hay quienes dan el cinco o hasta el siete por ciento, aquellos que creen en el proyecto más allá de lo básico. El centro de operaciones se mueve de casa de los padres de Ludovica a una oficina en un callejón del centro, y las contribuciones de los socios alcanzan para pagar el sueldo de un ayudante de limpieza dos veces por semana. Jeremías se presenta a la entrevista de la mejor manera que puede, pero su apariencia no oculta su estilo de vida.

Las preguntas de Sonia y Ludovica lo llevan a relatar trozos de su vida. Le piden que no mienta, él contesta con la verdad. No asistió a la escuela. Era el séptimo de nueve hijos, su padre murió cuando él apenas comenzaba a hablar y a su madre le era imposible mantener a la familia. Sus dos hermanos mayores se habían ido del país, y al no tener noticias suyas los hacían muertos. Dos hermanas ayudaban con el gasto, pero apenas alcanzaba para sobrevivir. Su madre murió de pulmonía durante el invierno hemisférico que nueve años atrás redujo a la población mundial. Él era un adolescente y quizá por eso resistió, pero sus hermanos pequeños y su hermana mayor no tuvieron tal

fortuna. Por no querer ser una carga después de la tragedia tomó un camino propio lejos del hogar. Se despidió de dos hermanas y un hermano y se dirigió al pueblo vecino, en donde aprendió a arar la tierra hasta que una sequía arrasó con todo. Fue imposible mantenerlo empleado. Ciudad Valverde no estaba lejos. Las historias en torno a ese lugar que escuchó toda su vida lo convencieron, y con el poco dinero que sobraba buscó un oficio que le diera sustento. No encontró nada.

Se niegan a que duerma en el parque, así que lo contratan y consiguen un cuartucho barato cuyo monto pagan de antemano, cobrándoselo de su sueldo hasta que pueda administrarse solo. En el baño de la oficina hay una ducha que es bienvenido a usar fuera de horas de trabajo, de nueve de la noche a nueve de la mañana. Sus ojos negros brillan de agradecimiento. Ellas lo toman como parte del proyecto: ayudar al trabajador.

Sonia y Ludovica no tienen tiempo para el amor. Con la mente y el corazón involucrados en un claro objetivo que ellas sienten precioso, la idea de coquetear les parece fútil. Ludovica está sentada frente al gastado escritorio de madera prestado de la covacha de sus padres cuando Trevor Josephson se presenta en la cooperativa. Apenas lo mira al entregarle el formulario de inscripción. Su trato, como siempre, es amable y diferencial, ocupada en pensamiento. Los ojos verdes pasan desapercibidos. Pagada la cuota y llenado el formulario no queda sino despedirse. Josephson desearía con toda su alma contar con el poder de la palabra. Dos frases elocuentes harían la diferencia, piensa, pero no es cierto. Nada detiene el movimiento de Ludovica por el mundo, mientras que la única intención de Josephson al formar parte de la institución es conocer a esa mujer esquiva.

La primera vez que la vio fue algunos años antes, y tampoco supo qué decir. Averiguó su nombre, su domicilio y su trabajo, como un acosador obsesionado por su presa aunque incapaz de acercarse a motivar una plática. El día en que se animó a hablarle en un restaurante en el que la vio por coincidencia ella apenas lo volteó a ver al responder. Inofensivo, al enterarse del proyecto semiclandestino que empezaba a levantar supo de inmediato que su futuro estaría ahí. Así que no se decepciona cuando lo trata de la misma forma. La costumbre puede ser un buen aliado.

Sonia, en cambio, no ignora a sus pretendientes. Más agraciada

que su socia y amiga, desde sus años universitarios en la capital hasta sus escapadas de fin de semana mientras vivía en Lascaris fue dueña de una sexualidad abierta y liberal. Si da con un buen hombre se acuesta con él al menos una vez, como si el simple hecho de fijarse en ella lo hiciera acreedor a una recompensa, pero, también, rara vez pasa de los tres o cuatro duelos sexuales. Disfruta la diversidad, y tal vez debido a su triste relación con su padre el verdadero amor la elude. Sin necesidad de ir en busca de nadie, quien toca a su puerta es bien recibido para después ser expulsado, sin falta ni excepción.

La noche que pasa con Weston es memorable. La edad que los separa hace del suyo un choque carnal interesante, ambos con sobrada experiencia y poca inhibición. Se abrazan como dos felinos en celo, se elevan sobre sí mismos y aterrizan empapados. Repiten la odisea dos veces más esa noche, y se ven al día siguiente en una explosión igualmente estimulante. Weston tiene deseos de perseguirla, ella lo detiene en seco y él comprende que es mejor obedecer antes de abdicar el espíritu. Se conforma con observar a distancia la evolución de la cooperativa, a la que le tiene especial cariño.

Pasan días dichosos previos a que Nautik-Tek, el principal astillero del puerto, anuncie un recorte de personal y una reducción de sueldo para quienes elijan quedarse en la empresa. Esa semana el número de miembros de la cooperativa se duplica, y es cuando el aún frágil movimiento abandona el anonimato y saca las garras que se han ido afilando en meses de preparación. Todo está listo para un suceso de ese calibre. Antes, cuando un afiliado tenía un problema laboral, la cooperativa pagaba los gastos legales sin dar la cara. El abogado iba en nombre del trabajador y los empleadores creían que había sido él quien contrataba sus servicios. La cooperativa ganaba gran parte de los casos. Si la acción legal fallaba y el trabajador era despedido o devaluado, la cooperativa absorbía la pérdida: conseguía otro trabajo y, mientras tanto, pagaba el sueldo anterior. Si el caso era una rebaja de sueldo, la cooperativa pagaba el monto restante hasta encontrar un puesto mejor en otra empresa, todo tras bambalinas, sin mostrar el engranaje en gestación.

El caso Nautik-Tek es perfecto para expandir sus actividades. Dos bufetes legales se dividen la tarea de defensa del proletariado al tiempo que los obreros hacen una huelga general bajo la protección de la cooperativa. Con varios miles de miembros hay ahorros suficientes

para pagar los sueldos normales de los huelguistas durante meses, además del resto de los afiliados que aún conservan su trabajo en otras empresas y que siguen aportando el porcentaje mensual pactado. Se envían cartas que explican a detalle la situación y la gran mayoría aumenta su contribución de manera inmediata. El suceso recibe atención nacional. Los socios capitalistas que comparten la propiedad de Nautik-Tek están anonadados; las pérdidas son determinantes. Después de nueve meses de huelga el director ejecutivo la declara en bancarrota. Enormes bodegones de construcción a espaldas del mar quedan desiertos.

La quiebra no es una sorpresa. Ante la huelga, con el soporte y la unión de la cooperativa hay dos desenlaces: recontratar y restaurar sueldos, o la ruina. El plan de contingencia se pone en marcha. La cooperativa recibe un préstamo bancario y compra el astillero a precio de remate. Los miembros se convierten en los nuevos dueños de un proyecto que implica un único riesgo: de nuevo la quiebra. Para poder pagar el préstamo el programa tiene que funcionar, de lo contrario desaparecería la cooperativa y con ella los fondos de los trabajadores. Sin embargo la decisión está tomada: todos quieren ver si algo así funcionaría.

Josephson es buen administrador. Asume el control operativo y de un día para otro los trabajadores regresan a sus puestos con un salario reducido, a sabiendas que ahora son ellos los propietarios. El escenario es distinto: de haber utilidades irían a su bolsa. Sin saber qué les depara el futuro, el éxito de los obreros sobre la gran empresa es un hecho capital anunciado por todos los medios del país. La cooperativa crece sin cesar, convirtiéndose en un proyecto nacional con sucursales locales que se multiplican a un ritmo rápido y constante. El apoyo llega de todos los rincones y gracias a ello Nauti-Coop se mantiene a flote y paga el préstamo. Cada vez más gente compra embarcaciones de esa marca antes que de cualquier otra. La clientela abunda en un país con miles de kilómetros de costa, docenas de lagos amplios y hondos y un sinfín de ríos navegables. Para la clase empresarial el acontecimiento es una calamidad, no solamente para los viejos dueños de la desaparecida Nautik-Tek sino para todo aquel que tiene un mínimo control económico en una compañía. El gobierno está aterrado pero no puede hacer nada para detenerlos. Cada paso se hace conforme a la ley. Nadie esperaba un resultado semejante.

Fógarty ve la fotografía de su hija en todos los periódicos, con su apellido suplantado por el de su ex mujer.

7

Ese viaje de Catalina Richardson de Thompson al centro comercial resulta ser el último. Al volante del auto de lujo el chofer no sabe que lo observan de cerca. Entra al estacionamiento y la deja frente a la escalera colgante, en donde tiene planeado esperarla. Dos hombres salen de otro vehículo y caminan varios metros detrás de ella, ocupada en observar los escaparates que anuncian las baratas en ropa y accesorios. Suben al primer piso, rodean una columna y siguen andando por el lado derecho del pasillo, dividido por el espacio vacío que le da profundidad visual al edificio. Catalina entra a Fabritzio, la tienda de uno de sus diseñadores predilectos. Los hombres que la siguen se detienen poco antes de la puerta y disimulan una mirada que pretende calcular el tiempo que permanecerá ahí. Uno de ellos hace una llamada desde un teléfono móvil mientras aguardan lejos de la entrada al local.

Catalina ve una blusa de seda de diseño arriesgado y decide probársela. Va al pasillo en la parte trasera, cierra una cortina y se cambia rápidamente, con la vista fija en el espejo para no perder ni un detalle en su apariencia. Pocas veces se equivoca al ir de compras. Aunque está contenta con el corte el estampado es demasiado llamativo, factor que hará que lo use quizás una sola vez. Se cambia de nuevo y sale a la tienda. El dependiente se acerca con curiosidad. «¿Qué le pareció, señora?»

Sonríe antes de contestar. «Es preciosa, pero no es para mí.»

Él también sonríe.

«Hasta luego.»

«Que le vaya bien.» El dependiente levanta el brazo en señal de despedida. En cuanto ella sale cuelga la blusa en su lugar.

Catalina pasea tranquilamente por los pasillos. Observa los aparadores sin percatarse de que dos hombres la siguen. Llega al final del corredor y sube la escalera eléctrica que lleva al segundo piso. Ellos hacen lo mismo. A cincuenta metros está la boutique de lencería. Entra hipnotizada por un juego de ropa íntima que la cautiva, pensando en ella pero también en Thompson, encantado por sorpresas de ese estilo. Mientras está dentro los hombres se dispersan. Pasan veinte minutos, media hora. Finalmente sale con una bolsa: su primer compra del día. Tiene pensado recorrer el lugar sin prisa, dedicándole el tiempo necesario a cualquier prenda que llame su atención. Pero el destino le tiene reservada una ruta distinta.

El local de blusas, suéteres y abrigos es ideal para sus perseguidores. Curiosa por una camisa a rayas, entra a probársela a uno de los cubículos que están detrás del mostrador. Uno de los hombres espera afuera; el otro se mete a la tienda, toma un abrigo y pasa a la parte de atrás. Espera. Cuando ella sale del probador él la ataja de un brazo y la amenaza con el cañón de una pistola en el estómago.

«Callada.» Catalina asiente con la cabeza. «Sal de aquí sin hacer ruido.»

Ella acepta con un leve movimiento de cabeza, bajo una calma artificial que no sabe si podrá sostener por mucho tiempo. Lo último que quiere es molestar al agresor.

Abandona el área trasera de la tienda, deja la camisa sobre la mesa y sale. El hombre la sigue de cerca. Al cruzar la puerta hacia el pasillo del centro comercial piensa en correr, pero otra mano la sujeta de un brazo y la devuelve al estado de incertidumbre. Caminan al estacionamiento techado, tres pisos arriba del lugar en el que está el chofer, del otro lado del edificio. El vehículo que antes la seguía se detiene frente a la salida acordada. La ubican en el asiento trasero; uno de ellos sube con ella, el otro se acomoda en el lugar del copiloto y el auto arranca. Quien viene a su lado recarga la boca de un revólver sobre sus costillas. Al pasar la caseta de cobro los tres hombres se

relajan.

«No te va a pasar nada, ¿entiendes? Si todo sale bien no tardarás en regresar a tu casa. Procura no dar problemas y nosotros no te daremos problemas a ti. ¿Está claro?»

«Sí.»

Andan en silencio por un rato hasta que ella habla de nuevo. «¿Qué quieren?»

«Contigo nada. Tú no te preocupes.»

«¿Es con mi marido?» No recibe respuesta.

Dejan atrás uno de los lagos que marcan el límite de la ciudad. El tipo que viene a su lado le amarra las manos en la espalda y le cubre los ojos con una pañoleta. La oscuridad cae sobre ella en el trayecto hacia su cárcel.

La dejan en un cuartucho con un catre, una lámpara y una mesa con un vaso de agua. No hay una ventana. Al cerrarse la puerta una lágrima inicia el caudal de llanto que no puede contener. La desesperación la invade.

8

Huelgas que provocan una constante preocupación para el gobierno estallan por doquier. Fógarty no sabe cómo detenerlas. Una acción violenta podría terminar con su poder o incluso atentar contra su vida. Antes de tomar medidas extremas decide hacerle una visita a Sonia.

Una vez ubicada la oficina de la cooperativa, Fógarty acude solo a Ciudad Valverde. Pasa la tarde frente a la puerta hasta que la ve salir. Baja del auto y se detiene frente a ella. Sonríe ante la sorpresa. «Hola, pa. ¿Cómo me encontraste?» Sonia ignora a qué se dedica su padre. Para ella su vida siempre ha sido un misterio.

«Estás en todos los periódicos, hija.» Se dan un abrazo y caminan a una cafetería. Sonia ordena un pedazo de pastel de chocolate, Fógarty toma un café negro.

«Ha sido un éxito, pa. Estoy tan contenta... De todas partes nos piden cosas: instructivos, nuestra fórmula para recaudar, alianzas. Nunca se nos ocurrió que esto iba a pasar. Nosotros sólo queríamos hacernos más fuertes, pero no creímos que pudiera llegar a esto. Y quién sabe hasta dónde pueda avanzar.»

Fógarty guarda silencio antes de dar su opinión. Observa a Sonia como si fuera la primera vez que la ve. Le parece increíble que su única hija se haya convertido en su adversario sin siquiera saberlo. La situación es totalmente insólita.

«¿No crees que todo esto pueda ser peligroso, Sonia?»

«No, papá. No estamos haciendo nada malo. Estamos dentro del marco legal. No nos pueden tocar.»

«Vine porque me preocupa que te expongas de esa manera. Eres como un niño jugando con explosivos, y lo peor del caso es que no te das cuenta.»

«No seas tan dramático, papá. Además, si fuera cierto que mi posición fuera peligrosa, lo que estamos haciendo bien valdría la pena el riesgo. De eso no me cabe duda.»

«Tu madre está preocupada por ti, y la verdad es que no sé cómo calmarla.»

«Dile que no se preocupe. Ella sabe que estoy bien. Hablamos por teléfono cada semana. Se me hace raro que no me haya dicho nada y a ti sí.»

Fógarty no halla la forma de convencerla. Es evidente que no dará su brazo a torcer. «Cuando dices "nosotros", ¿a quién te refieres?»

«A Ludovica, la chica con la que empecé.»

«Entonces no estás sola...»

«Para nada, además cada vez somos más.»

«Eso es lo que me temo», dice para sus adentros.

«¿Qué?»

«Nada, hija. Nada.»

Se despiden con un abrazo y un beso en la nariz, como solían hacerlo cuando ella era niña, cuando se negaba a bajarse del auto frente al jardín de niños sin ese gesto íntimo que le daba seguridad. Al menos conservan la costumbre.

El viaje de regreso a la capital lo envuelve en reflexiones inútiles. La sangre fría que lo caracteriza se congela ante la perspectiva de que sea su hija quien atente contra su estabilidad, sin poder hablar con ella abiertamente. Piensa que si Sonia supiera lo que sus actos significan para él..., pero se interrumpe al advertir que lo más probable es que aún sabiendo seguiría el mismo curso. Sonia tiene una vehemente fe en la cooperativa, y él es consciente de la gravedad de sus faltas como padre. Está arrinconado y su agresora no lo sabe.

Kilómetros de campo se suceden frente a él. Lo único que puede hacer es esperar.

9

La fotografía reproducida mil veces en la prensa nacional contiene una pista. Aunque Sonia ocupa el setenta por ciento del cuadro hay otro pedazo lleno de gente. Caras que apenas se distinguen, un tumulto que rodea a la líder de un movimiento popular. Pero en la esquina inferior derecha hay un par de ojos que ven directamente a la cámara. El límite del cuadro corta la nariz a la mitad, pero esa mirada, para el buen observador, es inconfundible. Negrete, sentado a la mesa frente a un plato de cereal, lee la nota en el diario y contempla la fotografía. Aún quedan hojuelas de maíz cuando se da cuenta de que Álister Weston lo ve desde otro mundo. El blanco y negro anula la claridad de sus ojos, pero está seguro de que es él. En ese instante sabe que su aislamiento ha concluido.

10

La doble identidad de Bernard Freiras es un secreto que nadie conoce. Miembro activo de la Academia de Ciencias, investigador retirado y maestro en el área de física de la universidad pública, su faceta bélica es inimaginable para quien no lo conoce bien. Después de años de reclutar, adiestrar y aleccionar a una célula revolucionaria dan su primer golpe: el secuestro de Catalina Richardson, la mujer de una de las piezas clave de la oligarquía, porque aunque algunos se mantienen fuera del ojo público, la verdadera red de poder está ahí, entre líneas. La decisión de atacar a Thompson es una jugada táctica para dañar la unión entre la política y el sector empresarial. Pretenden pasar primero como mercenarios en busca de dinero para entablar un diálogo privado con la cúpula. Mientras la prensa cree que persiguen una recompensa material, el verdadero motivo se mantiene oculto.

El grupo de Freiras está compuesto por siete elementos escogidos entre estudiantes y activistas. Lo que inicia como tertulias filosóficas continúa con textos en periódicos y revistas, una compilación de escritos subversivos editada en un formato barato, accesible a las masas, y ponencias en escuelas y universidades. El interés de los lectores y asistentes a las charlas crece. Que sus esfuerzos lleguen cada vez a más gente los impulsa a no quedarse ahí. Sus inquietudes pasan de la teoría a la práctica al creer que pueden hacer más que transmitir ideas. Dos años antes del secuestro desaparecen de la plaza pública y

dejan sólo una revista bimestral en la que paulatinamente cambian los nombres de quienes la dirigen. Cada uno acuña uno o varios seudónimos para esconder su verdadera identidad. Ninguno de ellos se vuelve a parar frente a un auditorio.

La propuesta de Freiras de llevar a cabo un secuestro para abrir una vía de comunicación con los dirigentes nacionales se topa con cierta resistencia. Tras acaloradas discusiones cuatro están de acuerdo y tres ven la idea con recelo. Un secuestro es sin lugar a dudas una acción violenta, y hay quienes no saben si quieren dar ese paso. Unos aseguran su compromiso con la causa mientras otros hablan de resistencia civil pacífica o lucha de clases. Semanas de pláticas finalizan con algunas conclusiones: el secuestro se llevará a cabo sin violencia de ningún tipo. Si llegara a derramarse sangre tendría que ser la suya. Ni el secuestrado ni la fuerza pública y mucho menos la población civil correrán riesgos. Si algo sale mal deponen las armas y se entregan. Para tal efecto las pistolas que llevan son de utilería. Además plantean pasar al diálogo en la primera oportunidad. Discretos actos de violencia serán el primer empuje para ser escuchados y tomados en serio, nada más.

Al final todos están de acuerdo con esas medidas. Creen que el riesgo vale la pena; el declive del país es doloroso, el desempleo es insostenible, la educación popular es deficiente al extremo y la desigualdad social ha llegado al límite. Mientras los desfavorecidos mueren de hambre, de sed o de frío, unos cuantos se reparten el botín. Para Freiras y su grupo el abuso borda con lo absurdo. Ha llegado el tiempo de actuar.

Secuestrar a uno de los actores principales del gobierno sería un error. Planean tocar el centro desde la periferia, por eso van primero por el lado empresarial con ataduras al gobierno, y van por su mujer, una manera efectiva de causar pánico y una maniobra más sencilla que llevarse a Thompson. Al observar a la pareja en las semanas previas al secuestro Freiras concluye que su unión es endeble, razón por la que decide poner en marcha el plan. Pero su juicio está equivocado: es un lazo sentimental que rebasa su entendimiento.

Tardan en ponerse en contacto para desarmarlo psicológicamente antes de que comience la negociación. La tristeza se apodera de él. A ratos la cólera le sube por las venas como si fuera una burbuja efervescente. Haría lo que fuera por recuperarla.

Freiras y los suyos saben que será un proceso largo que tomará meses. Después de tres semanas de visitas a oficinas privadas y de gobierno, un sinfín de llamadas telefónicas y reuniones inútiles, Thompson recibe la primera correspondencia que anuncia que su mujer está bien. No piden nada. Él se impacienta. Un equipo de inteligencia policial hace base en su casa; montan un sistema de rastreo telefónico y hacen guardia las veinticuatro horas. Cada día es un suplicio. Para Thompson la idea de la vida sin ella es intolerable. No es capaz de imaginar siquiera la muerte de la mujer que ama.

El cuarto en el que Catalina vive el cautiverio mejora con los días. En aprecio a su buen comportamiento procuran cumplir sus deseos en la medida de lo posible. Llevan un sillón individual, un radio primero y un televisor después, algunos libros que Catalina no lee, revistas, periódicos, instrumentos para tejer. Consiguen ropa de segunda mano que usa a regañadientes, pues aunque pide marcas no muy caras es algo que no pueden cumplir. La comida también es un problema que ambos tienen que soportar; unos las quejas, ella la falta de sazón.

Su caso aún no se menciona en la prensa. Busca en los canales de televisión y en las páginas del diario, pero su nombre no aparece en ningún lado. La comunicación con sus secuestradores es prácticamente nula: la escuchan pero rara vez contestan. Es un monólogo mientras ella busca un diálogo. No hay escapatoria.

El secuestro de la mujer de su mejor amigo, la inestabilidad del país y el hecho de que su única hija esté involucrada mantienen a Fógarty en vilo. En ninguna etapa de su vida ha pasado tanto tiempo trabajando. El desarrollo de la Secretaría de Inteligencia que tenía planeado impulsar paulatinamente se acelera. Los funcionarios gubernamentales están paralizados. El caos toma forma: de no detenerse los devorará.

Rómulo Kreig, asesor presidencial, es quien pasa más horas junto a Thompson. Desconsolado, la espera a un lado del teléfono es tortuosa. Casi no come, casi no duerme. Se enferma de fiebre y eso lo distrae del peso de pensarla muerta o sufriendo una suerte espeluznante. La falta de comunicación con los secuestradores lo aterra y lo obliga a imaginar el peor escenario posible. Para recuperarla está dispuesto a todo. Daría cualquier cosa. El dinero del que puede disponer está listo, pero nadie lo pide. El odio que le tiene

a los culpables se mezcla con su amor por ella. Añora su vida pasada, la de hace apenas unos días, cuando vivían juntos y en paz, pero ese tiempo se ha ido. Lo abruma el presentimiento de que ya nada volverá a ser como antes. La tempestad se instala en la sala de su casa.

11

La cooperativa abarca tres locales en Ciudad Valverde, Sonia y Ludovica viajan con frecuencia al interior del país y Josephson está listo para dejar Nauti-Coop en manos del director de producción. Cuando no están Sonia o Ludovica es Jeremías quien atiende la oficina. Su apariencia ha cambiado radicalmente. Sus conocimientos han pasado de un nivel rudimentario a un estado operativo normal. Tras la observación y la práctica aprende lo necesario para ayudar en las tareas diarias de la cooperativa, que crece a una velocidad vertiginosa. Sonia y Ludovica se vuelven consejeras de otras instituciones afines; creen en un esfuerzo nacional y buscan expandir la red entre quienes luchan por los mismos objetivos.

Se sienten decididamente observadas. Hay una vigilancia constante no sólo de las autoridades locales sino también de parte del gobierno confederativo. Por medio de abogados tratan de impedir que el espionaje en su contra continúe, pero cada burócrata con quien hablan niega esas acusaciones. Los reciben con una sonrisa y total amabilidad, y en ocasiones simulan ofenderse ante las supuestas calumnias. Sin pruebas no hay nada que hacer salvo llevar una vida apegada a la ley.

En la asamblea tampoco saben cómo detener la proliferación de grupos que merman la operación de grandes compañías mercantiles en toda la república. El sector empresarial está molesto con el gobierno y

asustado ante la sociedad civil organizada. Se ven forzados a elevar salarios; cada vez es más difícil despedir a un empleado; la fuerza de los sindicatos aumenta, unidos entre ellos y ligados a las cooperativas. Empresas quiebran, tocan números rojos o, en el mejor de los casos, hay una gran disminución de las ganancias en beneficio del trabajador. La labor de la cooperativa se incrementa. Cada quiebra representa un reto: es su obligación pagar el sueldo caído a los miembros y encontrarles trabajo. Así proliferan nuevos proyectos bajo un esquema de propiedad colectiva en el que las utilidades son apenas suficientes para que la empresa sobreviva, el trabajador viva bien y tenga un buen salario. Se entiende que los nuevos negocios no son una manera de acumular capital sino un vehículo para vivir. No hay lujos pero tampoco hay abuso y descontento laboral. Son los obreros quienes toman las decisiones.

La creatividad financiera de Josephson es notable. La posibilidad de poner en práctica conceptos que antes creyó inviables lo estimula al grado de sentir una extraordinaria responsabilidad que se traduce en una forma de trabajo cercana a la obsesión. La pugna con el sector mercantil hace que las instituciones bancarias les nieguen un préstamo, así que su siguiente propósito es levantar una empresa constructora con dinero de la cooperativa, con tantos afiliados que puede prescindir del banco. Josephson comienza con un proyecto de poca monta: un edificio de cinco pisos y quince pequeños departamentos. Se nutre del desempleo, de gente trabajadora ansiosa por ser útil, y poco a poco le quita el peso del subsidio a la cooperativa. Además de la necesidad de edificar vivienda y sitios de trabajo, la constructora es una manera perfecta de dar empleo. Coop-Construye tiene un inicio discreto, con un crecimiento exponencial a futuro.

La paranoia carcome a Jeremías. Está seguro que hay espías alrededor y cree que los teléfonos están intervenidos, que detrás de cada línea alguien escucha. Si bien sus temores no son infundados, exagera. De las diez personas diarias de las que sospecha, que deambulan cerca de la oficina y que podrían observar sus actividades, una de ellas es en realidad un informante de la recién creada Secretaría de Inteligencia, cuyos reportes llegan todas las noches a la capital. Por lo pronto hay un solo encargado de investigar a la cooperativa y a sus directivos. Semanas más tarde intervienen las

líneas telefónicas, y así el gobierno conoce a detalle su desarrollo.

Sonia y Ludovica rara vez están en la sucursal de Ciudad Valverde. La filial de la capital cada vez tiene más obligaciones. Rentan un departamento en un edificio de la calle 18 de octubre en el corazón de la ciudad, a diez cuadras del lugar en que Cristopher Valdés terminó con la vida del regente y con la suya, a cien metros de la oficina. No pueden perder tiempo en trasladarse en una ciudad tan grande para llegar a lo que en realidad es su centro de operaciones, con más demanda y en el núcleo del país. Ciudad Valverde queda en manos de Jeremías, quien lucha contra su ignorancia y hace su mejor esfuerzo.

El camino parece despejado.

12

Wérner Trejo se pudre en la cárcel. Las repetidas cesiones de tortura han acabado con su espíritu; su cuerpo ya no puede más. Lleva meses de golpes y ultrajes corporales, aislamiento, falta de luz, hambre y sed. Su vida se reduce a lágrimas vertidas en silencio.

Negrete está seguro de que Trejo no lo traicionará. Sus torturadores preguntan por el paradero de su jefe, pero Trejo es una tumba. Sabe que es probable que esté escondido en la casa de seguridad, sin embargo se mantiene en su decisión de no hablar. Además es previsible que si dan con él a partir de su confesión, ambos morirán. La única manera de seguir viviendo es no decir nada, aunque a ratos preferiría la muerte. La idea de su ejecución no le asusta demasiado, pero se niega a ser culpable de la muerte de Negrete. Su lealtad y el coraje para sobrellevar el dolor son sorprendentes para los encargados de que hable.

La campaña mediática comienza desde el día en que la policía entra a la residencia del hombre que alguna vez fue el más poderoso del país. Su autoría intelectual en el asesinato del Primer Regente de su partido se hace pública, confirmando las sospechas de los más reputados periodistas. Aunque no hay pruebas duras, el rumor que viene de los altos filtros tiene un eco de veracidad. No se necesitan pruebas para propagar lo que por años fue un secreto a voces que nadie confrontó por miedo a la represión. Si el gobierno dirige la

campaña de desprestigio es evidente que la situación ha dado un vuelco inesperado. Desde ese día Negrete se convierte en el blanco de la policía y la opinión pública.

Su nueva apariencia funciona como máscara. El cabello gris llega a las orejas, la barba plateada es de un par de centímetros y el bigote le cubre la boca. Toma prestado un sombrero negro que encuentra en el ropero de Trejo, hace una pequeña maleta con lo mínimo indispensable y se dirige a Ciudad Valverde, el lugar en donde fue tomada la fotografía reproducida en el diario. Su temeroso camino por la ciudad pasa desapercibido. Cada patrulla lo hace temblar, y es incapaz de mirar a los ojos a un policía. Ignora que la decadencia del aparato gubernamental, entre la unión de los trabajadores y el secuestro de Catalina Richardson, ha sepultado su nombre. Su búsqueda ya no es una prioridad. Pasear bajo el viejo semblante sería un acto estúpido y temerario, pero fuera de eso está a salvo.

Compra un boleto de autobús y horas después llega a la estación Valverde. Un hotel de medio pelo lo recibe indiferente, deja sus cosas y sale a caminar al parque en el que alguna vez durmió Jeremías. Las ramas de los sauces que rodean el patio central casi llegan al piso, de un color entre verde y castaño que contrasta con el rosa y blanco de las flores de los almendros. Hay un cierto esplendor otoñal en ese paisaje. Sus pasos lo llevan detrás del templo, en donde cada mañana hay algo de comer para quienes no tienen nada. De haber estado ahí en otro momento, la sorpresa de encontrar a Weston entre los indigentes habría sido abrumadora.

Al día siguiente observa el mismo periódico gastado mientras desayuna en una fonda. La chica de la fotografía sonríe reservada, nerviosa ante tanta gente pero también contenta. El pie de foto menciona a la cooperativa, y con esa información la mesera lo dirige a las nuevas oficinas.

«Se ha convertido en toda una celebridad», le dice a Negrete al recoger los platos de la mesa. «Pero es difícil que la encuentre. Es una persona muy ocupada.»

«¿Cómo sabe?»

«Porque conozco el lugar. Hace meses que soy socia. Suerte.» Sonríe y se aleja sosteniendo una charola con platos sucios. Negrete deja un par de billetes sobre la mesa, dobla el periódico y sale del restaurante hacia la dirección indicada.

Una secretaria lo recibe con amabilidad. Negrete va al grano: «Busco a esta persona», pone el diario sobre la mesa y el dedo debajo de los ojos de Weston.

«La señorita Sonia no se encuentra, pero si gusta…», Negrete la interrumpe: «No a ella, sino a él, que casi no se ve en la foto.» La secretaria toma los lentes que cuelgan del cuello y los coloca sobre la nariz. Mira con atención. Se los quita. «No sé quien pueda ser, señor. Lo siento.»

«Se llama Álister Weston, no sé si forma parte de lo que ustedes hacen aquí o estaba ahí como espectador. Me urge encontrarlo.»

Se apiada de él. «Deme un segundo.» Va a una oficina interior, tarda un poco y sale acompañada de Jeremías. «Qué tal, mucho gusto. ¿A quién busca, perdón?»

«A Álister Weston. Este que está aquí.» Le muestra la fotografía. «Estoy seguro de que de alguna manera colabora con ustedes. Tengo que hablar con él.»

Jeremías observa la foto rápidamente. «Lo siento mucho, señor...»

«Blackwell.»

«Lo siento mucho, señor Blackwell, pero tenemos una política de anonimato. No puedo darle información.»

«Entonces sí es miembro.»

«Eso tampoco se lo puedo decir.»

«Le prometo que él también me querrá ver. Se lo aseguro.»

«Puede ser, pero es una cuestión en la que no nos podemos meter.»

«No sabe lo que esto significa. Vine sólo a buscarlo.»

Jeremías suspira. Calla por un momento.

«Lo único que puedo hacer es que me deje sus datos. Si alguien de la oficina sabe quién es puede ser que lo contacten, y él decidirá si se acerca a usted. ¿Le parece bien?»

«Sí.»

Jeremías le da una pluma y un papel. Apunta: Witoldo Blackwell, hotel Trébol Martín, cuarto diecisiete. «Agradezco mucho su ayuda.»

«No hay de qué, señor. Que tenga un buen día.»

Negrete deambula por la ciudad y recorre las bifurcaciones del acueducto. Al regresar al hotel tiene un recado: *Paso a las cinco de la tarde.* Weston comprende la premura, intuitivo como siempre. En punto de la hora pasa por él en el viejo automóvil. El abrazo que se

dan es inmenso. Tres lágrimas salen de los ojos del viejo, arrepentido. Las palabras son innecesarias. Weston conoce el corazón de su mentor, y Negrete sabe que está perdonado. Los errores del pasado quedan atrás.

Sube al auto y Weston arranca. El viento corre por la ventana abierta. Negrete al fin es capaz de respirar libre, sin miedo. Una sonrisa se dibuja en su cara.

13

El colapso de la economía nacional es inminente. El número de empresas quebradas o que apenas sobreviven es enorme y sigue creciendo. El vigor de los sindicatos apoyados por cooperativas y bufetes de abogados son un foco de infección que se expande sin cesar. Es un incendio en un seco pastizal que no parece tener fin. Los trabajadores de pueblos y ciudades se unen en organizaciones grandes y pequeñas, improvisadas y expertas como la cooperativa de Sonia y Ludovica, que se mantiene como el símbolo de la resistencia ante la opresión. Pese a que hay entidades obreras más grandes y de mayor alcance que la cooperativa, su posición precursora es la más respetada. Las contadas veces que se han reunido para tratar temas comunes, se toma por sentado que quien representa a esa cooperativa preside el orden del día. Son laureadas por el pueblo y atacadas por la prensa reaccionaria. La fuerza simbólica de su imagen es más relevante que el pragmatismo que conllevan sus actos. Una nueva fotografía se reproduce en todos los medios: Sonia y Ludovica están tomadas de las manos, con los brazos en alto y una gran sonrisa. Están en medio de la plaza central de la capital y rodeadas por cientos de miles de personas. Pareciera que no cabe nadie más en la inmensidad de ese lugar.

La presión sobre el gobierno aumenta. Juristas empleados por la corte son incapaces de encontrar un hueco en las consideraciones legales que hacen posible un movimiento de esa magnitud. La

sociedad civil ha logrado organizarse y pelear sin romper ninguna ley. Es una situación inusitada para la que nadie está preparado. La Secretaría de Inteligencia que supervisa Fógarty no encuentra una sola prueba que incrimine a los principales actores de lo que se da por llamar un «movimiento de renovación», mientras se habla de representantes que compitan en las siguientes elecciones. La cúpula pierde peso al tiempo que la base se desprende de ella.

Por su parte, el grupo de Bernard Freiras inicia las negociaciones. Lo primero que pide es dinero. Exige una suma moderada como muestra de cooperación, no como rescate. Desconcertado, Thompson pide explicaciones y no recibe respuesta. Entrega lo que piden y una semana más tarde se da la primera conversación. Han pasado casi dos meses. Thompson está desesperado. Cuando al fin oye la voz del captor intenta mantener la calma, pero en cuestión de minutos la voz se eleva hasta gritar insultos. Freiras cuelga y tarda días en comunicarse de nuevo. Thompson no puede más.

El gobierno, por indicación de Fógarty y en secreto, decide tomar medidas violentas, la primera de las cuales es el asesinato de Ludovica Mater durante la celebración anual de la cooperativa. Frente a una plaza con diez mil personas en Ciudad Valverde, un hombre escondido entre la multitud dispara contra ella a mitad de su discurso, en el que enumera lo conseguido ese año. Cuando habla del crecimiento sostenido de Coop-Construye el estruendo del disparo ahoga sus palabras y hunde la celebración entre alaridos. Quienes comparten el templete se acercan agachados para sostener a la herida mientras el público asistente, la mayoría miembros de la cooperativa, corren en medio de un pánico colectivo que le permite al asesino escabullirse. No hay ningún tipo de seguridad. El deseo de capturar al responsable es impotente sin una pistola. Minutos después, frente a la policía, nadie puede describir al asesino.

Los dos impactos de bala recibidos por la víctima son letales, uno en el pecho y otro en la frente. Es claro que el tirador es un experto que no se conformaría con menos que la muerte. Al llegar la ambulancia el cuerpo inerte de Ludovica está rodeado de sangre, con la mirada perdida. Sonia está desconsolada, desahogándose en el hombro de Jeremías. Josephson está hincado con el torso del cadáver sobre las piernas. Sostiene la cabeza con ambas manos y no puede reprimir algunas lágrimas. La hendidura en el corazón de la

cooperativa es lapidaria. Sonia piensa: nada vale la pena ante esto.

Si Negrete no hubiera regresado a la vida de Weston es probable que hubiera estado en las primeras filas. Cuando Negrete cuenta que lo vio en una fotografía, su primer reflejo es el miedo. Vio los diarios, y aunque advirtió su vaga presencia jamás pensó que alguien lo notaría. Por fortuna pasó desapercibido para todos menos para quien en verdad necesitaba verlo. Días después de instalarse en casa de Weston hablan sobre la posibilidad de una revancha, con pocas propuestas que pudieran funcionar. Weston le platica sobre el éxito de la cooperativa y el movimiento que crece en el país, creyendo más en una vía pacífica que en la violencia. A Negrete, en cambio, le gustaría atacar con fuego: su ilusión de viejo.

Asisten a la celebración anual revueltos entre la gente. Se quedan lejos del templete, de pie entre la muchedumbre a la orilla de la plaza. Llegan temprano pero no se acercan hasta ya empezado el evento. Negrete está gratamente sorprendido de lo que pasa a su alrededor, aunque no sabe si concuerda con esos ideales. El suceso en sí lo llena de júbilo... hasta que dos disparos lo regresan a su estado de fugitivo. Por un momento jura que vienen por él, a pesar de la distancia que los separa del templete. Weston lo toma del brazo para ser de los primeros en irse. No se pueden dar el lujo de exhibirse ante la policía.

Al día siguiente Weston confirma que Sonia no fue herida. Sabe que la voz interrumpida fue la de Ludovica, pero no está seguro si el segundo disparo, u otros posteriores, irían dirigidos a Sonia. La primera plana del periódico corrobora su esperanza.

La cooperativa se hunde en la depresión, se congela ante el horror de la muerte. El repliegue es general, con instituciones similares titubeantes ante la violencia. Hay quienes creen que la única manera de honrar su memoria es continuar, pero el miedo cala hasta los huesos. Pocos están dispuestos a arriesgar la vida, y es probable que Ludovica jamás contemplara ese escenario. Tal vez la cárcel, no la muerte.

Sonia no puede pensar. El dolor llena todo su ser y la deja sin armas para tomar decisiones. Se recluye por semanas en su departamento y sólo sale a acompañar a la familia Mater en su sufrimiento: el velorio a puerta cerrada; el entierro en un discreto cementerio a las afueras de Ciudad Valverde, en las montañas, bajo el acueducto; el triste regreso a casa a lamentarse y recordar a la difunta

como la persona excepcional que fue. Josephson también está desconsolado, pues su amor por Ludovica había crecido. Su relación avanzó lenta y en secreto. Nadie, ni siquiera Sonia, sabía que muchas noches las pasaban juntos. Se convirtieron en una pareja unida al reverso de su círculo social, bajo la protección patológica de su privacidad. Si bien no había planes concretos para el porvenir, pensaban que el futuro les pertenecía juntos. Un futuro inexistente.

Negrete y Weston también se estremecen, uno porque reconoce su estrategia: el asesinato como último recurso, y otro por sentirse impotente. Después del incidente Negrete se rehúsa a salir de casa. El temor a una agresión lo petrifica, la edad causa estragos. La memoria y su mente se le escapan. Weston, al contrario, se niega a quedarse de brazos cruzados. Un mes después arregla una cita con Sonia, a un lado del templo durante el desayuno para indigentes. La cautela es primordial. Ese día sabe que alguien la sigue, pero elude la marca y llega al encuentro. Haciéndose pasar por necesitados, toman un plato y se sientan a comer.

«Me siguen.»

«Me lo suponía.»

Ella no puede reprimir un aspaviento de furia.

«Quiero pedirte que sigas con el trabajo que hacías, pero en la clandestinidad. Yo te voy a ayudar.»

Sonia sonríe, sarcástica. «¿Y tú qué vas a saber de eso, Álister?»

«Mucho. No voy a entrar en detalles, sólo te diré que no siempre tuve una imprenta, y que no siempre viví cerca de aquí. Imagínate lo que quieras. Es mejor que no sepas nada. Confía en mí, es lo único que te pido.»

Sonia come en silencio. Después de un rato se levanta. «Lo voy a pensar. Te aviso.» Deja a Weston entre harapos. Hay quienes aún lo reconocen como uno de los suyos.

Las nubes tapan el sol. La lluvia irrumpe en la plácida mañana.

14

El atentado logra el objetivo. Empieza un periodo de calma en que las organizaciones populares callan, se esconden o se disuelven. El pueblo busca condiciones de trabajo dignas pero la violencia lo toma por sorpresa. El miedo tiene vida propia.

Fógarty se pone al mando de la negociación con Freiras aunque es Kreig quien habla. Mientras tanto rastrean las llamadas. Al fin Freiras tiene la atención que buscaba. Pide entonces una serie de cambios constitucionales diseñados para eliminar los privilegios a los funcionarios públicos y a la oligarquía, y para propiciar una mejor distribución de la riqueza. Impuestos más altos para quien tiene más y casi nulos para quien tiene menos. Educación de calidad y gratuita para todos. Leyes populares en vez de prebendas. De lo contrario, amenaza, habrá más problemas.

A Fógarty le parece risible. Que un puñado de secuestradores quiera meterse con el rumbo del país es inaudito, una chiquillada. Prometen cumplir las exigencias, pero antes quieren a Catalina de regreso. «Al revés. Primero los cambios», es la respuesta. Thompson naufraga en la impotencia.

El rastreo de las llamadas arroja extraños resultados. Cada una está separada por varios kilómetros, y no parece haber un patrón de movimiento que las una. Tiempo después, cuando hay una decena de puntos en el mapa, se dibuja algo cercano a un óvalo casi circular: la

primera pista. El ejército inspecciona la zona de varios kilómetros cuadrados dentro de la circunferencia, con mayor atención hacia el centro. No hay indicios de criminalidad. Fógarty le encarga a William Rátner, uno de los hombres clave de la Secretaría de Inteligencia, que investigue por su cuenta, sin uniforme ni distintivo gubernamental. Leal, templado y disciplinado es perfecto para esa labor, con más de dos décadas de experiencia en distintos órganos militares y policiacos a sus cuarenta años de edad. Su dedicación al servicio armado es tal que está dispuesto a dar la vida por él.

Pasa varias semanas en esa zona, un espacio residencial de clase media fuera de la ciudad que colinda con un parque industrial en el que no podría haber una casa de seguridad. Desayuna, come y cena en puntos específicos dentro de ese radio. Ronda los alrededores en auto y camina por calles y pasadizos angostos entre una casa y otra. Hace pocas preguntas y únicamente observa para no ser descubierto. Sus esfuerzos rinden frutos. Después de tres semanas y media descubre una casa de paredes blancas sin decoración y bastante descuidada a la que acude un hombre en sus veintes. Hay otro individuo que resguarda la puerta desde adentro, que abre al llegar su compañero pero nunca enseña la cara. Rátner toma un par de fotografías del sospechoso, quien no puede ser identificado por no tener un historial criminal. Está seguro de que ha dado con el lugar.

Un equipo de vigilancia de cinco personas toma posiciones a su alrededor. Hay varios métodos: un automóvil estacionado en la esquina de la calle, a doscientos metros de distancia, para ver quien entra y quien sale; una casa en renta detrás de esa en diagonal, separada por otra, que alquilan para usarla como centro de operaciones (la entrada está en otra cuadra); equipo de grabación de audio que dirigen desde la azotea a la supuesta casa de seguridad; fotografías de los tres que entran y salen. Uno la frecuenta más, mientras los otros van ocasionalmente. Hay sonidos de cocina, de agua corriente, radio y televisión, pero nunca voces. Rátner pide poner la operación en marcha y Fógarty la aprueba sin consultarlo con el presidente en turno. Pretende ganar la partida adelantándose.

El día señalado amanece despejado, con un sol implacable que provoca sudor sólo con caminar. El escuadrón de rescate es de veinte elementos. Rátner prefiere un trabajo discreto que no involucre a otras autoridades. El reclutamiento de la Secretaría de Inteligencia es más

estricto y la paga más alta, por lo tanto el personal es superior al de la policía local, regional o al del ejército. La instrucción es tirar a matar si es necesario, todo con tal de aprehender a los responsables vivos o muertos y liberar a la rehén, en ese orden. Thompson tampoco se entera de la operación. Fógarty está cegado por una sed de venganza en contra de quienes han puesto en riesgo su poder. Nada podría detenerlo.

Cuando el escuadrón entra por puertas y ventanas a la casa de seguridad hay tres personas dentro: el cuidador que nunca salió, uno de los tres fotografiados y la secuestrada. Un tiro mortal en la sien termina con la vida de uno de los delincuentes. El cuidador está en el cuarto de Catalina recogiendo una charola con platos sucios. Ella se da cuenta de lo que sucede antes que él, y grita a todo pulmón. Él la sujeta del cuerpo y le tapa la boca con una mano, pero es demasiado tarde. Sin armas para defenderse, lo único que tiene para negociar es ella.

«Sal con las manos en alto.»

Con ánimo de salvar el pellejo dicta su sentencia de muerte: «Si no me dejan ir la mato.»

«Está bien. Cálmate. Vamos a salir.»

Gotas de sudor resbalan por la cara pegada a la de Catalina, que siente su respiración sobre la oreja. Ella voltea de un lado a otro con los ojos desorbitados.

Por indicación de Rátner el escuadrón hace ruido de pasos que simulan salir de la casa, mientras que en realidad la mayoría se mueve hacia los lados hasta quedar inmóviles. Uno de ellos sale y cierra la puerta desde afuera. Tras sus pasos el silencio acapara la habitación.

«¿Salieron todos?»

No hay respuesta. Los fusiles de asalto apuntan a la puerta que esconde a una mujer desesperada. El secuestrador se acerca a la perilla con ella como escudo, la abre y parece que no hay nadie, pero cuando empuja a Catalina para salir ve que está rodeado. La acción de levantar las manos confunde a los agentes que al pensar que trae un arma abren fuego. Muere de siete impactos de bala en la cara y en el cuerpo. El único proyectil que recibe Catalina entra por el ojo derecho y la mata en un instante: un error necesario para cumplir la misión sin sufrir ninguna baja. Cuando registran la casa y no dan siquiera con un cuchillo afilado no encuentran palabras para explicar lo sucedido. Y al

resultar ser estudiantes la congoja crece. La operación es una desgracia.

La furia de Thompson ante la muerte de su esposa está por encima de cualquier consideración. Después de recibir la noticia en boca de Kreig el llanto da pie a una rabia lacerante. Toma el auto y se dirige a toda velocidad a la oficina de Fógarty, quien ya lo espera. Uno abre los brazos y ofrece sus condolencias; el otro, sin detenerse, cierra el puño y golpea el pómulo derecho con todas sus fuerzas. Fógarty cae y Thompson se le abalanza para seguir golpeándolo a puño cerrado, uno tras otro. Los nudillos acumulan sangre hasta que tres hombres de seguridad lo detienen. Incluso con la ventaja numérica les cuesta trabajo contenerlo. Thompson es una fiera de ojos rojos, saliva escurriéndose por los labios y aullidos que son la voz de un corazón roto. Su amor se convierte en odio.

Fógarty sobrevive la golpiza en el Hospital General, gravemente herido. Ambos juran nunca perdonarse y jamás volverse a ver. La escisión es una herida grave al nodo oligárquico que hasta hace poco dictaba, sin obstáculos, el curso del país. Después del altercado la iniciativa privada, temerosa por sus seres queridos, está del lado de Thompson y en contra de acciones violentas como el operativo de rescate dirigido por Rátner, a quien piden llevar a juicio como responsable. Fógarty queda fuera del ojo público, porque aunque Thompson siempre lo tendrá como culpable no pretende publicitar su rivalidad. El presidente de la República no sabe qué hacer. Freiras continúa encubierto, sin nada que lo relacione al secuestro.

De una extraña manera, en el opuesto de la intención inicial de la célula revolucionaria, el camino hacia la pulverización de los poderes fácticos que controlan el país se despeja con el secuestro y la muerte de Catalina Richardson.

15

Sonia acepta entrar en la clandestinidad. La memoria de Ludovica y esa manera de acabar con su vida la convencen. Piensa que si tuviera descendencia la decisión sería difícil, pero no es el caso. Si continuar con sus ideales iniciales puede causar la muerte, la ve entonces como el sentido de una vida digna. Le ha llegado el tiempo de tomar control del miedo y enfrentar el porvenir.

Desde que era adolescente tiene la firme sospecha de que su padre se mueve en aguas turbias y por ello lo esconde, sin embargo es incapaz de imaginar que él está detrás todo… y que la observa hasta en sus mínimos detalles.

Weston deja Ciudad Valverde mientras Negrete espera en casa, miedoso y taciturno. Por más explicaciones no comprende el plan de Weston. Para él la clandestinidad es como un país extranjero que no quiere conocer.

Weston manda cerrar la cooperativa, cancelar la renta de todos sus locales a lo largo del territorio y hacer pública la resolución. Sonia se presenta ante los medios por última vez para anunciar el desmantelamiento inmediato de su institución en defensa de víctimas inocentes. Dice analizar propuestas de venta de las empresas adquiridas o desarrolladas por la cooperativa. Se despide con lágrimas en los ojos al recordar una vez más a Ludovica Mater.

Él toma las medidas necesarias para permanecer oculto como lo

ha hecho hasta entonces. Se muda a la capital bajo el cobijo que brinda el anonimato de una gran ciudad, entre miles de calles y avenidas y millones de personas. Con fondos que vienen de la cooperativa, cuyo cierre es sólo aparente, alquila un departamento en la colonia Orsai con dos cuartos y un área principal con espacio suficiente para acomodar lugares de trabajo. Él ocupa una habitación. Por medio de Jeremías, experto en perder a quienes lo siguen, recupera los discos duros de las once sucursales. Las bases de datos que ahí guardan son el eje principal del nuevo proyecto. Jeremías usa el otro cuarto hasta que llega Sonia, escondida también del ojo espía.

Paulatinamente se amplía el grupo que opera en secreto. Se reúnen en el departamento de la Orsai con toda discreción, sin ser vistos y sin llamar la atención, conscientes del peligro que rodea sus vidas. Crean un sistema de comunicación cifrado para que el contacto con los miembros de la cooperativa sea incomprensible para personas externas. Los canales se abren bajo máscaras que encubren la verdadera faz de una lucha silente. Como antes, el primer objetivo es mantener la protección de los trabajadores ante los conglomerados comerciales que los contratan. El segundo es ganar adeptos para ampliar su poder de acción. Las instituciones que cerraron a raíz del atentado comparten la información de sus partidarios para que la cooperativa crezca de una manera centralizada en vez de las muchas células que antes trabajaban en el mismo plano. Un núcleo único ofrece una capacidad de respuesta más eficaz ante cualquier embate del gobierno. Sonia continúa con las labores que hacía antes; Weston se encarga de la estructura de seguridad que los protegerá.

Desde la Secretaría de Inteligencia, Rátner sospecha que algo anda mal cuando no pueden localizar a Sonia.

16

Durante el cautiverio de Catalina Richardson la célula de Freiras aumenta en número y se radicaliza. El fiasco del rescate que resulta en tres asesinatos hace temblar a cada uno de los integrantes. Quienes tienen miedo renuncian al grupo, pero son muchos los que se quedan, consternados y con un furor irreprimible, mas nada se compara con la cólera de Freiras, que encuentra en ese acto la excusa para llevar el conflicto al siguiente nivel.

Hay tres ingenieros químicos que ante el ánimo general ponen sus conocimientos al servicio de la causa. Escogen un día especial a partir de la agenda pública de la presidencia, que enumera los lugares por donde pasará el jefe del poder ejecutivo. El antiguo camino al deshuesadero es ideal para una emboscada, con la ruta franqueada por altas paredes de roca volcánica. Bloquean el paso y esconden los explosivos a ambos lados de la carretera en una entrada a la ciudad que no tiene vías alternas, la única forma de regresar del suroeste. Un día templado a mitad de otoño se ilumina con la explosión del automóvil en el que viaja el presidente de la República, acabando con su vida y la de tres colaboradores cercanos. Hay varios heridos. La nación tiembla. La osadía del blanco que aniquilan no tiene parangón.

Fógarty, convaleciente en su departamento del edificio Linares, se entera de lo sucedido en la televisión, antes de las llamadas de decenas de funcionarios públicos, empresarios y allegados. No

contesta un solo telefonazo.

17

La plaza central de Ciudad Valverde está vacía. Un poste de luz guarda un recuerdo de otra época: la cooperativa anuncia su primera reunión en un papel impreso por Weston. Dice: «Si quieres acabar con el abuso y la opresión, acude sin falta». Las letras son casi ilegibles. El tiempo las ha deslavado. Una esquina del papel está suelta, se desprende y vuela con el viento hasta desaparecer. El folio se desgarra a la mitad. Ya no queda rastro del pasado.

TERCERA PARTE
Caos

1

La capital duerme. Tanques del ejército recorren las arterias de la ciudad. La furia del Estado se cuela entre las rendijas de las casas y los poros de la población, atemorizada por el fuego cruzado entre el gigantesco aparato burocrático y fuerzas que aún no se distinguen. Nadie conoce la identidad de quienes terminaron con la vida del presidente. Los rumores en las calles y las notas de los diarios no ofrecen ni una pista. El pueblo entero es sospechoso.

El primer día del año coincide con el primer eclipse solar en más de setenta años. A medio día la luna cubre perfectamente la circunferencia del sol. Por minutos el día se transforma en noche.

Han pasado tres meses desde el magnicidio. Los culpables enmudecen. Freiras sabe que enfrentarse abiertamente con el gobierno sería un suicidio, por eso espera en la sombra. Entretanto recluta elementos para la tormenta que viene. Es un hombre solitario, sin familia ni amistades. Su madre muere cuando él nace y su padre, el filósofo, exhala su último aliento cuando Freiras es apenas un adolescente. Crece en orfanatos y casas de parientes lejanos sin echar nunca raíz. El contacto íntimo lo incomoda. La limitada biblioteca y algunos escritos que dejó el filósofo lo acompañan en las interminables mudanzas. Son su refugio durante dos décadas hasta que se decide a actuar. El primer ideólogo de la revolución es su padre.

Convencido de que la historia conocerá su nombre y lo recordará con veneración, el compromiso de Freiras con la lucha es absoluto. Nada más le importa en esta vida. Ama al país y cree saber quiénes son los responsables de la decadencia. No descansará hasta aniquilarlos.

Rómulo Kreig asume la presidencia ante la ausencia de poder, sin intención de convocar elecciones ni establecer ningún tipo de diálogo. El gobierno de facto es impulsado por Fógarty, que lo acompaña sin ser visto, y el gran aparato político lo respalda. El beligerante William Rátner se pone al frente de la Secretaría de Inteligencia y de manera sistemática ordena arrestos e interrogatorios, sobre todo en la capital pero también en las ciudades importantes, con hincapié en Ciudad Valverde. Persigue con ahínco un vínculo entre el asesinato del presidente y las cooperativas, una teoría que carece de pruebas.

El gobierno se refiere a todos ellos como terroristas. Hay cientos de detenidos sin ninguna información.

Durante los minutos que dura el eclipse hay tres explosiones en la capital: una en el Palacio de Gobierno de la que Kreig se salva de milagro mientras observa el suceso astronómico desde la azotea; otra en las oficinas corporativas de Energía General, la empresa privada más importante, controlada por Fógarty; y la tercera en la torre de control del aeropuerto internacional. Las tres bombas dejan un saldo mínimo de cinco muertos y una veintena de heridos. Llevar a cabo las detonaciones durante el eclipse implica una fuerte carga simbólica y reduce el número de víctimas. La ciudadanía en su conjunto, ocupada en observar el cielo, sale de su lugar habitual de trabajo. Freiras manda un mensaje sin afectar demasiado a la población. El enfrentamiento escala a niveles de emergencia.

La astucia de Freiras tiene al gobierno en ascuas. La presión de Fógarty sobre Rátner lo obliga a tomar medidas intensas que comienzan con el arresto de Trevor Josephson, quien sigue al frente de lo que antes era Coop-Construye y que se ha transformado en Bufete Industrial. La expansión ha sido significativa: de empezar con trabajos simples como construir vivienda, ha evolucionado a la elaboración de fábricas y parques industriales. Su estándar de calidad es el más alto de la región, que incluye varios países. Aunque simuló volverse privada luego de la muerte de Ludovica, en realidad aún forma parte del tejido popular. Los dueños son quienes la trabajan a

partes iguales sin importar rango o clase social. El préstamo a la cooperativa se pagó con intereses, y al momento del magnicidio funciona a la perfección.

La policía militar entra a la oficina de Josephson y lo arresta violentamente frente a sus colaboradores y los elementos de seguridad que no pueden hacer nada ante al poder del Estado. Lo tiran al suelo para esposarlo y humillarlo. Lo sacan del inmueble como a un criminal, con las gafas rotas y un hilo de sangre que sale de la nariz. Suben a un automóvil fabricado para terrenos campestres, y en esa incomodidad lo transportan de Ciudad Valverde a la capital, en una travesía de cinco horas. Es el inicio de los abusos que sufrirá durante los siguientes meses.

Al llegar a su celda Rátner lo recibe a golpes. Lo amarran a una silla y le hacen todo tipo de preguntas. Josephson confiesa lo que sabe respecto a la cooperativa y a la empresa que maneja: anuncia la clandestinidad de Sonia aunque ignora sus coordenadas, pone en evidencia los lazos económicos entre Bufete Industrial y la red de trabajadores de todo el país y hace palpable el alcance y la amenaza que eso representa para el gobierno. Es una afrenta que continúa y tiene el potencial de causarle un daño irreparable al régimen. Sin embargo no sabe nada del asesinato del presidente, de las bombas o del secuestro de Catalina. Rátner no sabe si creerle, aunque la franqueza de sus declaraciones le hace pensar que dice la verdad. Los lloriqueos y el inmediato desplome de Josephson ante las primeras muestras de agresión lo convierten en un cobarde ante los ojos de sus captores. Incluso habiendo dicho lo que sabe lo mantienen en cautiverio, pues la Secretaría de Inteligencia no acostumbra soltar a sus cautivos. No pueden darse el lujo de que un inocente salga libre y sea escuchado. Son tiempos de emergencia.

El declive de Bufete Industrial no tarda. No hay nadie capacitado para dirigir operaciones tan complejas en una estructura tan grande.

Freiras y su grupo continúan escondidos en distintas casas de seguridad esparcidas por los alrededores de la capital, unas en grandes ciudades, otras en pueblos o caseríos. Pese a que los gastos son pocos, los fondos disminuyen. Para sostenerse hay células encargadas de robar bancos, confiscar propiedades y tomar lo necesario de supermercados o tiendas de autoservicio. Las autoridades están siempre un paso atrás, mas se acercan.

2

La tranquilidad en la colonia Orsai es engañosa. Los amplios camellones que dividen las calles, el grueso pasto que los cubre y las palmeras erguidas como esbeltos gigantes le dan un aire casi festivo. Los canales de agua son angostos en ese cuadrante de la capital. Los edificios viejos conservan la arquitectura en boga un siglo antes, con adornos en los marcos de las ventanas, arcos en las puertas principales y picos en las esquinas superiores, como pequeños castillos en medio de la gran ciudad. La mezcla de oficinas y casas-habitación la hacen difícil de catalogar, aunque no hay una sola dependencia gubernamental. Por eso Weston la eligió como refugio.

Dentro del número 51 de la calle Reisgaärd, interior K, siete personas forman el núcleo de una nueva institución donde confluyen todas las cooperativas que antes operaban de manera independiente. Sonia y Weston crean el COOP: Centro de Organizaciones Obreras Proletarias. Jeremías y cuatro asistentes llevan a cabo las tareas de enlace y seguridad. Siempre al pendiente de no ser observados, nadie fuera del núcleo sabe en donde están.

En un vuelco al inicio defienden al trabajador sin dar la cara. Una huelga en Metropol restituye a los manifestantes en sus puestos; una flotilla de abogados contra una empresa en Kranwik, una de las ciudades gemelas que conforman el centro económico del noreste, obliga a los directivos a aceptar las demandas de cientos de

empleados; el teleférico más concurrido en la capital se pone en manos de sus trabajadores y, en forma vedada, de COOP, aunque muchos de ellos no saben que esa institución existe. La defensa del proletariado es un frente que mantiene unidos a quienes de otra forma estarían desprotegidos. Diversos periódicos independientes comentan lo que sucede en las cinco regiones en las que está dividido el país, haciendo partícipe a la ciudadanía. Una vez más el número de afiliados aumenta vertiginosamente.

Las fuerzas del Estado pueden oler sus pasos. Los arrestos sin sustento legal se vuelven norma. Infunden miedo en la población al punto de que muchos prefieren perder su trabajo que luchar frente al ojo público. Pocos son los casos en que los arrestados regresan a casa. El número de desaparecidos crece; sus familias están desconsoladas. Las dependencias gubernamentales niegan cualquier acusación, y la Secretaría de Inteligencia está cerrada al público. Un temor profundo evita que vayan ahí.

El arresto de Josephson es un golpe fuerte. La duda entre seguir o claudicar los asalta de nuevo. Sonia y Weston dudan. Entregarse sería un despropósito, y salir del anonimato tampoco solucionaría nada. La única decisión posible es continuar ocultos y no abandonar su cometido. Sólo pueden enfrentar al gobierno como lo han hecho hasta ese momento, con acciones que tienen consecuencias. No queda más que seguir.

Después de una noche de copas Weston despierta en la cama de Sonia. Sus cuerpos se acoplan de tal forma que la relación íntima de hace tiempo se reanuda con el brío que una crisis es capaz de provocar. De ese día en adelante pasan las noches juntos. Weston se muda a su cuarto y formalizan su noviazgo. En medio de la vorágine se reconfortan en abrazos que duran toda la madrugada. A pesar de la diferencia de edad Sonia no puede evitar enamorarse de él, mientras que Weston siempre ha estado enamorado de ella. Se mimetizan, hablan hasta el amanecer, se escudan en los brazos del otro. Mezclan el trabajo con la vida íntima en un mismo aliento que les da más fuerza.

Él nunca sabrá que es hija de su viejo camarada convertido en enemigo.

3

La administración de Kreig es incapaz de detener la crisis financiera. En un esquema en que la mano de obra barata, movible y desechable proporcionaba enormes ganancias y gran estabilidad, la reivindicación de los derechos de los trabajadores representa un embate capaz de derribar la estructura económica para forjar otra acorde con el nuevo orden. Los empresarios y el gobierno se niegan a que eso suceda, por consiguiente la huelga frente al corporativo de Petróleos del Norte es sofocada con la más extrema violencia: tanques del ejército arrasan con la multitud, las balas derriban a los manifestantes más aguerridos, decenas de muertos quedan tirados frente al inmueble donde antes trabajaban. Por orden del gobierno nadie recoge los cadáveres en tres días. Es un mensaje para quienes pretendan seguir con tales prácticas. No hay más tregua.

La reacción de Freiras no se hace esperar. Pese a no estar vinculado a los huelguistas siente rabia ante la barbarie del gobierno. La célula subversiva incendia siete pozos petroleros al mismo tiempo en las cinco regiones del país. La empresa privada que controla el costo de la gasolina paga un precio alto por las tropelías de Kreig, aconsejado por Fógarty. Los incendios son una demostración de fuerza imposible de ignorar. El grupo aumenta en número y avanza en logística y organización. Es un rival ineludible.

Mientras los bomberos de las localidades cercanas apagan los

incendios con ayuda del ejército —operación que tarda días y en dos casos, semanas— el presidente decreta el estado de alerta en todo el territorio. Colocan retenes en las principales carreteras y en las ciudades más grandes la policía detiene a transeúntes escogidos al azar. Alambres de púas forjan caminos laberínticos en la capital para que la policía pueda controlar a la ciudadanía, que debe cargar con identificación oficial en todo momento para circular. Quien no la tiene es consignado. Como medida preventiva se prohíben reuniones de más de diez personas en lugares públicos o privados. Por decreto se cancela el derecho de huelga que otorga la carta magna.

Sonia y Weston están inmovilizados en la colonia Orsai. Mientras el país se desmorona su relación florece. Es peligroso que Sonia salga a la calle. Su cara conocida atraería miradas que probablemente llevarían a una detención. Los espacios públicos se vacían y la economía, de por sí en crisis, decae aún más. Despidos, horas extras sin paga y reducciones de sueldo se dan en miles de empresas que necesitan recuperarse para no quebrar; los recursos de COOP se quedan cortos. Sin posibilidad de manifestarse queda la vía legal, lenta y costosa. Los agraviados piden ayuda, pero en la mayoría de los casos no existen los medios para apoyarlos. Las despensas para los desempleados se acaban. La gente desespera.

Empleados de una maquiladora en Priezner, al oeste, despedidos sin la indemnización que dicta la ley, enojados y empobrecidos, acuden a su lugar de trabajo y le prenden fuego: lanzan docenas de bombas molotov a las paredes. La maquiladora arde durante toda la noche. Nada se salva. El Estado responsabiliza a los terroristas, pero el grupo de Freiras se deslinda del hecho por medio de una manta que aparece una mañana en el corazón de la capital. La firman «Los de abajo y a la izquierda».

Las cárceles y los centros de interrogación de la Secretaría de Inteligencia están completamente llenos.

Kreig y Fógarty están recluidos en el Palacio de Gobierno, cuyo perímetro está sellado por tanques y barreras de acero cubiertas por alambres de púas. Hay francotiradores en los techos del palacio y edificios aledaños. La entrada está resguardada por decenas de elementos de seguridad y detectores de metal en una secuencia de tres puntos antes de llegar a la oficina presidencial, en una de las esquinas del segundo piso. Kreig tiene miedo, Fógarty está enfurecido.

«La van a pagar muy caro, Rómulo. Eso tenlo por seguro.»

«No me importa si la pagarán caro, lo que me preocupa es si llegaré a ver que eso suceda. Contra ti no se van, pero mi posición es cada vez más delicada.»

«Eso puede ser. Pero aquí estás seguro.»

«Aquí, pero salir aunque sea dos cuadras queda descartado. Llevo días sin dormir, mi familia está aterrada. No quiero pasar ni una noche con ellos para no ponerlos en riesgo. La verdad es que ya no puedo más, Herbert.»

Fógarty guarda silencio y mira por la ventana. Militares marchan de un lado a otro de la calle, pendientes de cualquier movimiento: tiemblan de miedo. Fógarty se toca la barbilla con los dedos. Al fin responde: «Cálmate. Esta situación va a pasar. Ahora debemos ser fuertes para superarlo. Nadie dijo que ser presidente sería fácil.»

Kreig se sienta en la silla frente a su escritorio y suspira. Fógarty saca un cigarrillo y le ofrece otro a su amigo.

«No fumo», contesta.

«Ya sé», dice Fógarty. Kreig toma uno y Fógarty los enciende. Deja la cajetilla sobre el escritorio y se sienta frente a él.

«Hay tres opciones. Puedes renunciar al cargo», dice al levantar el dedo gordo, «ceder ante la presión y convocar a una reforma constitucional, o combatir el crimen como sería tu deber», después de levantar el índice y el medio cierra el puño. «Conmigo puedes contar sea cual sea tu decisión. Piénsalo bien.»

Kreig se acaba el cigarro, lo apaga y toma otro. Fógarty lo enciende.

«Calma, Rómulo. La situación es complicada, pero tiene solución. Las cosas van a mejorar.»

«¿Y qué dice tu Secretaría de Inteligencia? ¿Quiénes son estos terroristas?»

«En eso estamos. Todavía no lo sabemos, pero William cree que estamos cerca.»

«Que se apure.»

«Bien, yo le digo.»

Fógarty se levanta y le da una palmada en la espalda. «Ánimo, hombre. El poder conlleva responsabilidad.»

Kreig asiente. Fógarty sale de la oficina y el presidente se queda solo, exhalando el humo del cigarro que le ayuda a calmar los nervios.

Es un hombre de gustos sencillos y poca ambición empujado por fuerzas que sigue sin comprender aún sentado en la silla presidencial. En esos momentos daría todo por estar con su esposa y con sus hijos. El distanciamiento al que los ha obligado su puesto es lo que más le duele. Observa la fotografía familiar que tiene sobre el escritorio cuando suena el teléfono. «¿Sí?» Espera unos segundos. Abre los párpados. El cigarro casi extinto cae al piso. «Voy para allá.» Cuelga el teléfono antes de recibir respuesta.

Una palomilla negra entra por la ventana y se postra en su silla cuando él sale.

Camina los largos pasillos del palacio hasta llegar al espacio central de seguridad. Se congela en la puerta al contemplar la escena: un guardia está tirado en el suelo, la cara ensangrentada, el cuerpo inerte. Tres agentes lo levantan y lo sacan de ahí ante la mirada estupefacta de Kreig. Fógarty le entrega un papel manchado de sangre en el que se lee: «Damos un plazo de veinticuatro horas para que el presidente de la República renuncie al cargo, uno interino tome su lugar e inmediatamente convoque a elecciones. Están avisados.»

Kreig levanta los ojos en busca de ayuda. «No dice qué van a hacer si no lo hago.»

Fógarty mueve la cabeza de lado a lado.

Kreig mira a los agentes. «¿En dónde pasó esto?»

«Frente a su residencia, señor presidente. Dos soldados lo encontraron antes de que su familia lo viera. Ya estaba muerto.»

Kreig arruga el papel, da media vuelta y se va. Fógarty lo sigue y lo ataja en el camino. Kreig se suelta bruscamente. «Por favor, déjame solo.»

«Está bien. Después hablamos.»

Kreig recorre el camino a su oficina. Entra y la palomilla sale volando. Él apenas la alcanza a ver.

Se encierra por el resto del día.

4

La existencia de Thompson se reduce a escombros. Sombras lo rodean a cada paso que da. La vida sin ella es una ruina. La vieja casona es un reflejo de su dueño, como antes lo fue de Catalina, eternamente viva y llena de luz. La servidumbre ya no está: prefiere estar solo. Las cortinas permanecen cerradas y el televisor encendido. Sólo sale por algo de comida, lo mínimo indispensable, y por botellas de licor que a veces no duran ni un día. Despierta tarde y se duerme poco antes del alba. Olvidado por los pocos amigos que tenía, deambula del cuarto a la cocina un par de veces diarias para rellenar la hielera o abrir otra lata de conservas.

Le da gusto que el país se esté despedazando, que todos sufran por la muerte de su esposa. Su recuerdo bien vale que arda una ciudad. Si pudiera ayudar a la rebelión lo haría, pero no tiene ganas ni fuerza para hacerlo. Le encantaría asesinar a su viejo amigo, al cómplice de antaño que ordenó el operativo. Sueña con empuñar la daga que termine con su vida, pero imagina que lo que le espera puede ser peor. Es una lástima que no lo saquen en televisión, piensa. Que se mueva tan bien detrás del escenario. Cómo le gustaría verlo llorar. Aunque el punto crítico todavía no llega, no debe tardar. A la vuelta de la esquina está el destino de un pueblo. Se complace en esperar a que suceda. La revolución, al fin y al cabo, será televisada. No hay manera de ocultar el desastre.

El televisor muestra una imagen nueva: manifestaciones multitudinarias en las calles son reprimidas por la fuerza pública. Mangueras de agua a propulsión detienen a los inconformes que caen al suelo. Disparos los obligan a correr. Varios pierden la vida. Momentos antes de que la cámara se apague a causa de una descarga de agua ve una cara conocida aproximarse al lente y desaparecer. Álister Weston en medio de la confusión. Escurre sangre.

Tanto ha pasado desde la última vez que lo vio que se había olvidado de él. Hizo bien al romper con ellos, piensa. Y recuerda que entonces Catalina aún vivía.

5

Fógarty ve la misma transmisión desde su departamento en el edificio Linares, la guarida del león. Ver a Weston entre los manifestantes le produce dolor de estómago. El rencor no se ha extinguido. La búsqueda que se inició el día que se fue no resultó en una sola pista. Conoce sus habilidades, así que no se sorprende ante el truco de ocultismo.

Verlo en la televisión es una broma cruel: ha dado con él pero se ha vuelto a escapar. Quizá la herida lo mate, pero a menos que aparezca el cadáver no puede estar seguro. Su participación en la marcha significa que es parte de los órganos rebeldes.

Llega a la Secretaría de Inteligencia media hora más tarde. Rátner lo recibe cordialmente.

«¿A qué se debe el honor?»

«Vamos con Trejo.»

«Claro, señor.»

Los dos hombres caminan con determinación entre pasillos iluminados por amplias luces blancas que cuelgan del techo. El subsuelo de la secretaría es lúgubre. Ecos metálicos rebotan en las paredes entre una indiferencia escalofriante. Las mazmorras del sistema son lo más cercano al infierno en el planeta. Fógarty camina con la frente en alto, satisfecho por su creación.

La entrada en la celda causa en Trejo un sobresalto. Su estado es

denigrante: cabello largo y sucio, ropas roídas por el uso, descalzo, con los dientes amarillos y negros, y mugre en todo el cuerpo. El cúmulo de heridas ha cicatrizado, sin embargo el recuerdo de sus peores días no lo dejará nunca.

Fógarty se hinca y lo jala del cabello. «¿Qué sabes de Weston? Si me ayudas a encontrarlo te dejo en libertad.»

Trejo apenas se atreve a hablar. Tiene la voz cortada, casi inaudible. «No tengo ni idea, Herbert. Mátame.»

«Algo debes saber, lo que sea.»

Trejo, sin aliento, les da la dirección de la casa de seguridad. Es lo único que sabe y no ha dicho, además ya sólo quiere morir. Después de tanto tiempo es difícil que Negrete todavía esté ahí. A fin de cuentas su lealtad tiene límites.

Su confesión tardía empeora los bríos de Fógarty. «Tuviste ese dato guardado todo este tiempo... Acabas de firmar tu sentencia.»

«¿Qué me vas a hacer?»

«¿Yo? Nada.»

La fuerza armada explora la casa de seguridad en busca de una pista. Fógarty la estudia como un sabueso y sólo da con libros que no le dicen nada. Ni siquiera puede saber si Negrete estuvo ahí.

6

Cuando Weston regresa a la capital para iniciar las operaciones clandestinas deja a Negrete instalado en su casa con dinero para sobrevivir. Una vez a la semana un repartidor del supermercado lleva víveres. Hasta ahí llega el contacto humano.

Los primeros indicios de su progresiva alienación del mundo se dan a puerta cerrada. Deambula por los cuartos desnudo o en bata y hablando consigo mismo, y a veces canta una melodía épica del periodo clásico del imperio Mendiábal que él juraría que no conoce. Fragmentos de su vida enterrados en el subconsciente salen a la luz de formas extravagantes y hasta ridículas. De súbito cobra consciencia y se ve a sí mismo en la cocina, con masa entre los dedos en un intento por hacer galletas, como su abuela le enseñó cuando tenía diez años. Limpia y se sienta en una silla con lágrimas en los ojos, con la certidumbre de estar perdiendo la razón. No hay manera de comunicarse con Weston. Está completamente solo al borde de un abismo de proporción desconocida.

Trata de seguir una rutina estricta para evitar brotes mentales fuera de su control. Se levanta a las siete de la mañana, hace ejercicio, desayuna y se da un baño. Lee un poco y sale a caminar antes de comer. Duerme una siesta y al despertar enciende el radio, que puede escuchar durante horas. No hay televisión. Mejor así, piensa, las noticias llegan bien por ondas radiofónicas. Una cena ligera y a dormir

temprano. No obstante su orden cotidiano, hay días en que ni llega a desayunar como tiene planeado: se descubre sentado en la alfombra con libros, revistas y tijeras, recortando figuritas para pegar en la pared: aviones, barcos, casas, formas humanas. O se ve forzado a interrumpir la caminata diaria al no poder controlar el esfínter. Lo nota cuando sus pasos dejan rastro.

No soporta la humillación. Aunque nadie lo ve no puede evitar el bochorno. Cada vez le cuesta más trabajo mirarse al espejo sin sentir lástima.

Su demencia escala al igual que la violencia en el país. Las palabras que escucha por el radio de transistores le afectan al grado de acelerar el proceso de decadencia mental. Las cápsulas de tiempo en que se desprende de la realidad pasan de algunos minutos a horas hasta llegar a días enteros de ser un cuerpo sin reflexión. A medio rasurar se ve inmerso en un partido de pelota como cuando era adolescente. Escucha el silbato del árbitro, se hinca y corre por el pasillo hasta estrellarse con la pared. Se levanta y sale de la casa en calzoncillos, con la mitad de la barba llena de espuma. Aunque el predio está en un descampado casi desértico sin ninguna construcción al horizonte, gente de los alrededores tiene ubicado al viejo. Lo regresan a la casa para proteger a los niños más que por ayudarlo. Es víctima de gritos y abusos, gente humilde que lo regaña como a un crío. Nadie se apiada de él. Es una carga para la poca gente con la que se topa y para sí mismo. Está cansado de vivir.

De vez en cuando saca la pistola que encontró en la casa de seguridad y la observa. Revisa los cartuchos llenos, la acaricia, pero no se atreve a hacerlo.

Casi todas las noches el llanto moja la almohada antes de dormir.

7

Al convocar una manifestación multitudinaria que pase por las principales avenidas de la capital Weston da un paso hacia lo desconocido. No tiene experiencia al frente de grandes masas de gente, y enfrentarse pacífica pero frontalmente con la fuerza del Estado es una apuesta peligrosa. Sonia invita mediante sus extensas bases de datos de la manera más discreta posible. Hay un alto apoyo popular sin una figura conocida capaz de ponerse a la cabeza. Sonia sería la única, pero pondría su vida en riesgo. Lo tiene que hacer él.

El millón de personas que acuden a la marcha asustan aún más al gobierno. Sumada a las amenazas y a los atentados, la demostración de presencia por parte de la sociedad civil vuelve a arrinconar a las cabezas del Estado y causa cierta lucidez dentro del conjunto de manifestantes. El pueblo se vuelve consciente de sí mismo y de su poder. Sin templete ni orador, en las pancartas hay todo tipo de consignas, desde la pugna por la reforma laboral hasta problemas con la deficiente educación pública, la asistencia médica y el desempleo. Aunque Weston encabeza el primer contingente, con Jeremías a su derecha y representantes de varias instituciones afines a COOP, en realidad su participación es simbólica. Por miedo a un brote violento, ignorante de las intenciones de los participantes, el ejército detiene el avance con agua a alta presión y algunos disparos. No es insensato pensar que la turba pretende derrocar al gobierno. Un millón de

personas pueden hacer cualquier cosa. Noventa minutos de contener a la multitud deja un saldo de algunos muertos y decenas de heridos.

El camarógrafo que registra la participación de Weston pierde la vida cuando el chorro de agua lo empuja y la cabeza pega contra la base de un poste de luz. La televisora recupera la cámara y transmite las últimas imágenes tomadas por el reportero como un acto de valentía. Se repiten durante días.

Weston regresa al departamento de la colonia Orsai con heridas en la cabeza, la nariz y la boca. Jeremías viene tras él. Sonia está asustada.

«¿Te duele?»

«Un poco. No me toques mucho.»

«Áli, ¿qué vamos a hacer?»

«Seguir, claro. Están presionados y nosotros cada vez más organizados.»

«Pero las bombas y el ejército, tantos muertos. Está mal.»

«Pues sí, pero no es nuestra responsabilidad.»

«Claro que sí. No tenemos armas, pero estamos provocando a quien las tiene, y nosotros estamos en medio.»

Weston recapacita. Sonia limpia la herida con agua oxigenada y algodón.

Al fin Weston contesta: «Quizá tengas razón, pero las cosas se están dando de la manera que se tienen que dar. No podemos esperar a que todo suceda como queremos. Hay que aprovechar el momento para que al menos esas muertes no sean en vano, ¿no crees?».

«No sé. Sólo quiero que esto termine. Es una locura.»

«Son tiempos difíciles, Sonia.»

Acaba de limpiar la herida y corre a su cama a soltar el llanto que tiene atorado. La situación la supera: jamás imaginó que llegaría a eso. No puede manejar el torbellino a su alrededor. No tiene hijos pero algún día quiere tenerlos, y piensa que tal vez por eso los hombres sean inferiores a las mujeres cuando de valorar la vida se trata. Le parece irresponsable tanto dolor; todos los involucrados tienen la culpa. Una cosa es apoyar a los trabajadores y protegerlos del capital que los explota y otra muy distinta es participar en una revuelta que acabará con un sinnúmero de vidas. Sonia se niega a involucrarse más, pero no puede salir a la calle. Está atrapada en un departamento con un hombre a quien ya no reconoce. Para ella Weston era todo menos

un revolucionario, sin embargo nunca lo ha visto tan apasionado. La chispa de una posible guerra civil encendió en él un fuego que ella no conocía, un fuego del que no quiere ser partícipe, un fuego del que también tiene celos. La envuelve un sentimiento de fatalidad. Todas las lágrimas del mundo no pueden calmar el alma, retorcida por la desdicha y la perspectiva de un futuro oscuro.

Al día siguiente Kreig decreta toque de queda nacional. Está prohibido salir a la calle del anochecer al amanecer, de las ocho de la noche a las seis de la mañana. Diez horas de supervisión por parte de la policía y el ejército, un esfuerzo titánico. La vigilancia es más estrecha en la capital y otras cuatro ciudades importantes.

En respuesta, jóvenes en pie de guerra se visten de negro y salen a las calles a medianoche. Decenas de comercios sufren las consecuencias, entre vidrios rotos y robos de todo tipo. La policía y el ejército arrestan a algunos y matan o hieren a otros, pero la gran mayoría se salva de las garras de la ley, que no se da abasto. Hacia el amanecer son cientos de miles quienes han salido a las calles para dejar en claro la negativa popular ante el decreto. Para la ciudadanía esas medidas son una provocación. Los incendios proliferan en el territorio pero sobre todo en la capital. El brillo de las llamas contrasta con las primeras luces del alba. El viento helado de las montañas esparce la lumbre. La anarquía reina entre la población, inconforme y cada vez más organizada dentro de su desconcierto.

Kreig no puede creer lo que pasa. Cada intento por controlar y detener al pueblo ha sido contraproducente. La nación se desmorona, y mientras cae la capital la economía se desploma.

Esa noche marca el fin de una era. Se acaban los jugosos dividendos, el dinero fácil y las grandes transacciones; los hombres de negocios esconden sus cabezas y sus socios extranjeros se esfuman y dejan todo atrás. Se congela el turismo y se suspende el tráfico aéreo. Algunos hoteles han sido incendiados, otros están cerrados o vacíos, pero hay otros en los que se han instalado cuarteles. La capital se ocupa de sí misma: no necesita de extraños, no necesita del mundo, y entre los despojos el gobierno se paraliza. Ni los mandos del ejército, la Secretaría de Inteligencia o la policía saben qué hacer. Los victimarios se han convertido en víctimas. En una situación sin precedentes la sociedad civil tiene acorralado al Estado.

El grupo encabezado por Freiras es responsable de buena parte

del vandalismo de esa fatídica noche, pero lejos está de ser el único. El descontento social propicia imitaciones de la violencia paramilitar que inició Freiras. Nadie sabe quién es, pero conocen su estrategia de terror ante el mal gobierno. Su célula revolucionaria es la que mejor funciona, y en forma gradual se liga a otros grupos para concertar un plan conjunto. La capital es el frente de batalla más importante, sin embargo hay brotes de agresión en todas partes, desde grandes ciudades hasta poblados perdidos en el campo o en la sierra. Quienes trabajan en una dependencia estatal por primera vez corren peligro.

Por su parte, la Secretaría de Inteligencia planea una infiltración a los grupos violentos que han acampado en los hoteles abandonados. Fógarty y Rátner mandan a diez agentes encubiertos a meterse entre la gente y recopilar información, pues saben que podrían perder la batalla frente a una guerrilla urbana. Cada uno tiene asignado un cuadrante distinto.

Svetlana Opitz, oficial de segunda división de veinticinco años de edad, es quien llega más lejos. Su encanto cautiva a los hombres con una mirada. Usa sus dotes de seducción para propósitos prácticos, lo cual la hace perfecta para una acción de esas características. En su caso la pasión marcial resalta la belleza física, y por lo general su intuición es más efectiva que la razón. Sus palabras engañan primero a un joven entusiasta que la conduce a un campamento improvisado en un edificio cerca del centro, a unas cuadras de la 18 de octubre. Pasa tres días con ellos. Los acompaña a conseguir comida, a lanzar bombas molotov a tanques del ejército y patrullas policíacas y finalmente a reuniones con otros grupos. El cuarto día ya no regresa a ese campamento, sino que se queda en el centro de operaciones de una banda mucho más grande. Entre más se adentra en la incipiente guerrilla el número de gente aumenta, hasta que llegan rumores de una junta con el líder de la célula madre.

El encuentro entre Freiras y Svetlana marca el destino de la revolución. Con las armas femeninas más afiladas que toda la artillería de la nación Freiras cae de rodillas ante su embrujo, creyéndola seguidora de la causa libertaria. Escondido bajo un nombre falso para proteger su identidad, al principio es seco en su interacción con extraños. Da mensajes breves o traza un plan de acción en cuestión de minutos, y se retira.

Durante meses los enfrentamientos entre los rebeldes y la fuerza

del Estado son esporádicos y equilibrados. En ocasiones el ejército logra repeler los ataques y dispersar a la multitud, pero en otros momentos son obligados a replegarse ante un brío popular que con pocas armas logra ponerlos en jaque. Mientras llegan refuerzos a la capital para engrosar las filas de empleados estatales los ciudadanos se unen a los rebeldes. Hay quienes participan en la contienda, pero lo que más ayuda al movimiento es la red que los protege, los alimenta y los esconde. Miles de amas de casa y familias enteras de clase media y baja crean el soporte para quienes pelean contra tanques, francotiradores y armas de alto calibre. Por el contrario, pistolas, palos, piedras y un gran número de bombas molotov hacen temblar al gobierno. La guerrilla urbana es un monstruo de mil cabezas imposible de capturar por una fuerza homogénea de liderazgo vertical. La imaginación y la furia están en el lado opuesto.

Fógarty se mueve de la Secretaría de Inteligencia al Palacio de Gobierno intermitentemente, aunque cada vez es más difícil hacer el viaje sin arriesgarse a caer en una emboscada. Nadie sabe quién es, pero el hecho de usar un vehículo oficial lo pone en la mira, y en un auto particular no tiene protección. Con el tiempo la segunda opción se vuelve la más segura.

Cuando parece que será imposible detener la insurrección, Svetlana encuentra la manera de volver a la Secretaría de Inteligencia a dar un reporte detallado de sus actividades. Llega escondida tras una peluca y lentes oscuros.

Expone lo que sabe frente a Rátner y los altos mandos de la secretaría. Lleva dos meses de relación íntima con Freiras. Sabe su verdadero nombre y el origen de su lucha. Comprueba su responsabilidad en el secuestro, el magnicidio, las bombas y los incendios de pozos petroleros. Traza en un mapa la posición exacta del cuartel general, en el octavo piso del hotel Raleigh, a siete cuadras del Palacio de Gobierno. Su tenacidad le parece fuera de serie. Debido a él miles se suman a la causa, que crece sin cesar.

También conoce los puntos de reunión de seis grupos afines a Freiras, y algunos más que aunque pelean desde la periferia tienen cierto peso. Los datos de inteligencia militar recopilados por Svetlana unidos a los resultados de los otros nueve agentes de campo podrían sellar la suerte de la revuelta. Los dados están en el aire.

Svetlana se niega a regresar al lado de Freiras como se le ordena.

Preferiría renunciar a prolongar la infiltración. Le cuesta admitir que ella también se siente atraída a él, y que lo traicionó, pero no comparte esos pensamientos con nadie. El tiempo que pasó a su lado dejó huella. Se mueven a partir de esquemas distintos e ideologías opuestas, mas hay puntos en común que los unen. Su frecuencia bélica es similar. La forma de abordar los problemas se asemeja, y su liderazgo la deslumbra. Nunca conoció a nadie como él. Está segura de que en otras circunstancias hubieran podido pasar la vida juntos. Se recrimina en silencio. El nudo en la garganta no la deja dormir.

8

Sonia sólo piensa en regresar a casa. No soporta el clima de agresión que se respira en la capital. Un día sale escondida bajo varias prendas de ropa en busca de su madre, para descubrir que fue víctima de la violencia. Se entera por su vecina que el cuerpo terminó en una fosa común. Regresa de luto a la colonia Orsai.

Weston y Jeremías, entusiasmados con la revuelta popular, salen durante las noches para unirse a un contingente y tomar una comisaría, voltear un camión del ejército o aventar piedras desde un techo para derrotar a los uniformados en una batalla más. La ayuda de Nauti-Coop ha sido contundente. Weston es el responsable de organizar el flujo de la red de canales que conectan a la ciudad. Consigue buques de vapor, transbordadores y barcazas para moverse por agua.

Los medios de comunicación sólo hablan del conflicto. Como ave enjaulada Sonia ya no aguanta más. Su amor por Weston decae hasta evaporarse: no tolera que la toque. Las noches a su lado se han vuelto heladas.

Frustrado por lo implacable que puede ser el desamor, entiende que la guerra civil acabó con ellos. La tristeza de Sonia es contagiosa. Así, Weston elabora un plan que aunque no está exento de peligro es probable que funcione. Salir o entrar a la capital no es cosa fácil, sin embargo el desconcierto abre huecos. El ejército bloquea las carreteras

hasta que un grupo beligerante los ahuyenta. Si necesitan víveres, vehículos o embarcaciones que deben entrar por el sur, la revuelta recupera un camino y lo controla hasta que puede.

Para que Sonia salga de la ciudad Weston averigua qué caminos podrían serles útiles. El cielo se nubla durante la tarde y caen las primeras gotas de agua, tan finas que son casi imperceptibles. Sonia, Weston y Jeremías se preparan para salir. Ella empaca lo esencial en una mochila: un cambio de ropa, dos pares de calcetines, cepillo dental y una selección de poemas de la extinta tribu de los asra, su libro de cabecera. Salen al caer la noche. El viento del este revuelve las hojas regadas por el suelo, la basura acumulada tras semanas de anarquía y olores fétidos de carne en putrefacción: cuerpos que nadie recoge, que nadie pretende enterrar. Se avecina una tormenta.

Sonia anda bajo la capucha del abrigo negro que la esconde. Weston marca el camino y Jeremías va detrás. Doblan a la izquierda y toman el callejón que desemboca en el primer canal, en donde los espera una canoa en la que apenas caben. El sonido de una explosión rompe el silencio, luego otra, y otra hasta sumar siete. Al momento del séptimo estruendo se desata el cielo, como si la guerra y la tierra estuvieran sincronizadas. Granizo, viento y relámpagos: el presagio de una noche aciaga.

Los tres remos se coordinan para avanzar lo más rápido posible entre las inclemencias del clima. Gotas escurren por las caras hasta desprenderse de la piel. La canoa almacena agua y la tormenta cubre el cielo que aúlla como fiera y llora como un niño. Es una atmósfera indicada para huir.

El laberinto que tejen los canales los protege. Cada coyuntura es un acertijo que Weston conoce. Navegan por debajo del fuego y de la artillería. Nadie toma la vía acuática en medio del diluvio. Al llegar a la última muralla antes de las tuberías suben a la superficie. Cruzan el parque Krengsten entre geranios y arces gigantes. A lo lejos, apenas audibles, las balas se mezclan con el sonido del trueno. El miedo de Sonia se convierte en la adrenalina que la impulsa a seguir, a no quedar paralizada.

La tormenta baja de intensidad cuando entran a un edificio semidestruido a recobrar energía. Suben al primer piso en el que sólo quedan las paredes interiores y ni un mueble. La marca negra del humo cubre casi todo el bloque. Algunos grafitos acompañan el rastro

que dejó el fuego: «Libertad para el pueblo»; «Fuera el yugo que esclaviza»; «Viva la revolución». La ciudad se ilumina a partir de los incendios: enormes hogueras se yerguen queriendo tocar el cielo. Si no significara destrucción sería grandioso. Sonia, Weston y Jeremías observan el panorama en silencio, testigos de un escenario diabólico. Una lágrima resbala por la mejilla de una mujer desamparada que daría su vida si con ello terminara la guerra. Todo es en vano.

Se sientan a comer pan, jamón, almendras y chocolate.

«Estamos cerca del límite urbano. Si es cierto que un cargamento de explosivos entra hoy la salida será fácil», dice Weston mientras parte un pedazo de pan con las manos.

«¿Y si no?», pregunta Sonia con voz débil, temerosa de escuchar la respuesta.

«No sé, Sonia. Veremos qué nos encontramos.»

«Como último recurso podríamos regresar a Orsai», Jeremías intenta calmarla.

Callan de nuevo. El frío los hace temblar. Weston acaricia los brazos de Sonia con afán de calentarla. Ella recarga la cara sobre su hombro. Él la abraza fuerte. Se balancean y cierran los ojos, reconfortados juntos por última vez.

9

La noche en que Svetlana no regresa Freiras no logra conciliar el sueño. La espera despierto hasta el amanecer: la incertidumbre lo carcome. Se corre la voz entre las células, pero nadie tiene noticias de ella. El combate continúa pero Freiras permanece al margen, preocupado por su desaparición. Piensa en la muerte pero también en la captura. Se retuerce al pensar que podría estar en un calabozo o en una sala de interrogación, demacrada y torturada. Los rumores sobre las mazmorras de la Secretaría de Inteligencia son terroríficos. Es preferible morir antes que caer ahí.

Carga una mochila al hombro y sale a la ciudad en su búsqueda. No tiene siquiera una fotografía para preguntar por ella, pero no soporta la pasividad ante su ausencia. Visita enfermerías improvisadas y hospitales. Inclusive llega al Hospital General, protegido por un rostro que pocos conocen. Listas de pacientes y visitas a habitaciones de moribundos acrecientan el temor de una captura. Cientos de camillas en salones escolares le dan esperanza hasta que termina de revisarlas todas.

Es el único paréntesis desde que todo comenzó. No sabe hasta qué grado la mujer de quien se enamoró lo alejará de la batalla.

La Secretaría de Inteligencia planea el ataque a los rebeldes durante la tempestad. Entre Rátner y Fógarty deciden actuar cuando la tormenta tropical que azota al país pasa por la capital. Svetlana

dirige la operación desde las oficinas al lado de Rátner. Es más valiosa ahí que afuera. Mientras ella logra hacer a un lado los sentimientos que tiene por Freiras él sale una vez más a las calles, incansable en un rastreo sin fin. Minutos después de que deja el edificio los primeros elementos militares disfrazados de civiles toman sus lugares en las calles aledañas. Al caer la noche el primer equipo está en su sitio. La ubicación exacta del cuartel general y los demás puntos clave de la resistencia significan una victoria segura.

El octavo piso de lo que fue el hotel Raleigh está bien custodiado. Treinta soldados vestidos de civil arremeten contra la decena de hombres que hacen guardia. La balacera es larga y termina con un saldo favorable para el ejército, sin embargo hay una puerta de metal que bloquea el paso, un detalle previsto por Svetlana. Al mismo tiempo hay seis grupos militares en otras plazas, unas mejor resguardadas que otras. Por órdenes de Fógarty cada grupo detona una bomba: el principio del fin del movimiento. Centenares de elementos policíacos entran a los diversos puntos de reunión de los rebeldes con órdenes de no tomar prisioneros. La consigna es aniquilarlos. El cielo se cae a pedazos.

Al escuchar el estallido de las bombas Freiras entra en pánico. Perdido en una callejuela alejada del cuartel corre bajo el granizo y teme lo peor. Llega demasiado tarde: todos están muertos. Se hinca junto a los cuerpos de su gente más cercana sin que las lágrimas lleguen. El dolor es tan grande que olvida dónde está, y no se da cuenta de que ha caído en una trampa. Está rodeado. Levanta las manos y corre a la ventana. Brinca un instante antes de los disparos. Las balas lo rozan cuando empieza a caer. Tres segundos después su cuerpo toca el suelo.

10

Sonia, Weston y Jeremías continúan su marcha por calles angostas y pasadizos. Rodean parte de la ciudad usando los puentes que unen entre sí a los templos abandonados, cuyas cúpulas doradas marcan el límite. La confusión y los destrozos tienen un mismo cauce: derrocar al régimen. Bandas de jóvenes saquean tiendas y supermercados para sobrevivir, pero los tres caminantes sienten más miedo del ejército que de la población armada.

Sonia se detiene frente a una escena alucinante. Un pordiosero sucio, de cabello largo y canoso y una barba tupida, hurga entre los desperdicios de un bote de basura. El olor es intolerable. Ella se acerca y saca un pan de la mochila.

«Tome.»

El mendigo da la media vuelta y Sonia ve la verdad: ambas cavidades orbitarias están vacías. Aún hay rastros de sangre sobre su ropa, una camisa de vestir que alguna vez fue blanca y un traje oscuro que alguna vez fue fino. Sonia se lleva una mano a la boca y reprime un grito de horror. A ese hombre le sacaron los ojos.

Alarga una mano y toma el pan. «Gracias.»

Jeremías está apartado, atento como vigía en medio de la vorágine. Weston, en cambio, se acerca al escuchar su voz y reconoce al hombre de confianza de su mentor: Wérner Trejo hecho un harapo. El verdugo de la Secretaría de Inteligencia decidió que viviera. Los

abusos lo han dejado irreconocible.

Weston le da los restos de comida que le sobran. No se atreve a hablar con él.

«No sabe cómo se lo agradezco.»

Toma a Sonia de la mano, la aleja de ahí y le susurra palabras al oído. Ella asiente.

Weston se acerca a Jeremías. Sonia camina hacia Trejo y lo toma de la mano. «Venga con nosotros. Se lo suplico.»

Trejo asiente sorprendido y no opone resistencia.

Toman una barca para cruzar el lago del sur, en donde termina la ciudad y empiezan las montañas. A lo largo del lago se ven nueve embarcaciones que van y vienen. Ninguna se acerca a otra. Todos sospechan de todos.

Andan en silencio hacia el retén por el que deben entrar los explosivos. El camino está completamente despejado. Tanto los rebeldes como el ejército se replegaron hacia el centro para acudir al enfrentamiento. Con extraordinaria puntualidad ven pasar once vehículos civiles con explosivos, municiones y refuerzos.

Weston se despide de Sonia lejos de Trejo. La besa en la mejilla con delicadeza. Jeremías ofrece acompañarla pero ella lo detiene. «De aquí en adelante puedo sola, no se preocupen por mí. Regresen y hagan lo que tienen que hacer. Gracias por traerme hasta acá. Y cuídense.»

Weston la abraza primero, Jeremías después.

Sonia toma a Trejo de la mano, camina algunos pasos y luego lo suelta para que se guíe por el sonido. «Sígueme.»

Weston la ve alejarse hasta que un brazo a la distancia sella la despedida. Sonia desaparece tras el horizonte y ellos regresan a la ciudad. Weston no puede ignorar el destino de un pueblo. Jeremías siente que su vida al fin tiene sentido. Sonia no comprende su fervor.

Dos kilómetros después suben a un autobús con destino a Metropol. De ahí no será difícil llegar a Ciudad Valverde.

11

El contraataque es inmediato. El embate contra los siete grupos revolucionarios desata la ira del pueblo. Lo que antes fueron demostraciones pacíficas por parte de un segmento de la población se convierten en una afrenta directa contra la autoridad. La masa informe toma las calles y se dirige automáticamente al Palacio de Gobierno. El ejército dispara pero es incapaz de detener a la turba que acaba con los soldados en cuestión de minutos. Cientos de ciudadanos mueren, pero la inmensa mayoría sobrevive y avanza. El sitio que antes parecía infranqueable cae ante la multitud.

Weston y Jeremías llegan al centro de la ciudad aún de noche. Desde un tercer piso a un lado del palacio ven pasar la historia. El cañoneo es tan intenso que muchas de las ventanas de los edificios aledaños se rompen por la vibración. El zumbar de las balas se oye por doquier. Los proyectiles de la artillería cruzan por todos los rumbos y envían incontables fragmentos a incrustarse en los muros. Hay miles de víctimas en ambas partes.

Embriagada de poder la masa cobra noción de sí misma. Al darse cuenta del alcance de sus garras se acelera el proceso de destrucción. Con tapetes sobre las púas saltan la barda y llenan cada salón del palacio deglutiendo las balas que intentan detenerlos. Caen más, pero el vigor de los que vienen aumenta. Policías y soldados son desmembrados por decenas de manos, pisoteados por cientos de pies.

O se está con el pueblo o en contra. No hay medias tintas ni momentos de reflexión. La muchedumbre es un monstruo vivo. Rómulo Kreig, atrincherado en su despacho, sucumbe de igual forma cuando la gruesa puerta de madera es derribada. Su cabeza rueda bajo su escritorio.

Amanece en tono carmesí. El sol ilumina los restos humanos. Madres, esposas e hijas acuden en busca de muertos y heridos. Weston y Jeremías improvisan enfermerías para salvar a los sobrevivientes. Edificios y casas cercanas al palacio se convierten en espacios de ayuda humanitaria que ofrecen asistencia médica y comida cuando la hay. También son centros de acopio que reciben y entregan ropa y cobijas para cubrirse del frío. El invierno se cuela entre los huesos. Los soldados y los policías que todavía viven son tratados con recelo pero atendidos de igual forma. Pocos libran la muerte.

Fógarty tiene la suerte de haber salido de la secretaría una vez concluido el operativo a los siete puntos. Ante una posible reacción se encierra en su departamento en vez de acudir al Palacio de Gobierno a presentar su informe. Con copa en mano se entera del golpe atestado contra el gobierno y el linchamiento del presidente. Debería apagar el televisor para salir huyendo, sin embargo espera. Confía en el anonimato que escogió siempre cuidar. La gente no conoce su nombre ni su cara, y los que saben están muertos o tendrían mucho que perder al delatarlo. El clima de emergencia es el menos propicio para la huida.

Suena el timbre. Fógarty se levanta de un salto. Saca una pistola del cajón de su buró, carga cartucho y se dirige a la entrada. El timbre suena de nuevo. Se asoma por la mirilla de la puerta y reconoce la figura que aguarda. Abre. Thompson, demacrado y temblando de frío, va a la cocina sin siquiera una mirada. En bata, camiseta y pantalón de mezclilla, con la barba crecida y los cabellos aún más largos, destila un olor a podredumbre que impregna todo el cuarto.

Fógarty cierra la puerta y Thompson abre el gabinete en donde sabe que el amigo de antaño guarda las botellas. Llena un vaso del primer licor que encuentra y se sienta en el sillón. Las imágenes televisadas son escalofriantes.

«Está mucho peor que eso, la verdad», dice Thompson ante la mirada fría de Fógarty, quien no se atreve a sentarse. «Cuesta trabajo caminar entre tanto muerto.»

Thompson toma como si fuera agua, con la vista clavada al frente. No voltea a ver a su amigo ni una sola vez.

«Qué bonito circo armamos, ¿no crees?»

Fógarty permanece callado, observándolo como a un animal salvaje que se acaba de instalar en su sala. Contempla seriamente la posibilidad de dispararle. Thompson sigue impávido. «Ni el entramado social de este país aguantó, y mira que era fuerte. De la estructura política mejor ni hablamos. Con esa sí acabaste por completo.»

Toma un trago y sonríe. «He seguido tus pasos, cómo no. Aunque nunca sales en la tele siempre estás ahí. Tu firma es inconfundible.» Su borrachera crónica es demencial. Fógarty jamás lo ha visto así. «Sólo de pensar que empecé esto contigo me quiero matar. Lo que hicimos no tiene nombre, pero lo que siguió es una calamidad de la que sin duda eres el principal culpable. Ya no queda nada.»

Al fin Fógarty se sienta en el lado opuesto del otro sillón, lo más alejado posible de su indeseable invitado. Ve la pantalla en silencio. Sus miradas se pierden entre las imágenes. Suelta la pistola sobre el sillón, desahuciado ante el espectáculo: lo que alguna vez sintió como su imperio yace derrumbado frente a él. Thompson tiene razón. De los sobrevivientes del cataclismo sólo ellos conocen la verdad.

Cuando el otro se queda dormido Fógarty toma una maleta y empaca lo necesario para emprender un viaje sin retorno. Aunque podría quedarse en la ciudad prefiere desaparecer. Demasiados recuerdos y un sinfín de culpas. Se lleva también la pistola, varios fajos de billetes y otros documentos que saca de una caja fuerte. Después verá cómo sacar el dinero que tiene ahorrado en bancos extranjeros. De su país, hecho trizas, no quiere saber más.

La carretera hacia el noreste es testigo de un éxodo nunca antes visto. Durante décadas la migración a la capital representó un grave problema de superpoblación; ahora miles van en sentido contrario. Hordas de gente en automóviles, camiones, motocicletas o a pie se alejan del hambre y la anarquía en busca de una nueva vida. El puente que cruza el lago congelado está abarrotado. La densidad del tráfico vehicular detiene la fuga por unas horas.

Pasa entre las ciudades gemelas al atardecer, sin ánimos de detenerse a descansar. Los inmensos edificios de cristal se alzan hasta el cielo, con las nubes reflejadas a un costado. Fuera de la capital descubre que el país funciona. Dentro de la crisis general la parálisis

del centro no tiene parangón.

A la mañana siguiente cruza el extenso túnel fronterizo con papeles diplomáticos. La reja electrificada que bloquea el paso se abre. Fógarty acelera hacia la oscuridad del subterráneo para dejar atrás y para siempre la tierra que lo vio nacer.

12

El tropel que acabó con el Palacio de Gobierno recobra fuerzas en pocas horas, y cuando alguien propone hacer lo propio con la Secretaría de Inteligencia el grito de aceptación es unánime. Al llegar se topan con un obstáculo: el edificio es totalmente hermético. No hay manera de entrar. Los respiraderos son demasiado pequeños, algunos imposibles de detectar, y las ventanas llevan meses selladas desde adentro. Levantan un campamento que rodea el edificio con barricadas frente a los tres accesos. Todas las armas disponibles llegan ahí.

El equipo de William Rátner, entre quienes está Svetlana, tiembla. Después de ver por televisión las imágenes de lo que pasó en el palacio no piensan salir. La gente hace guardia día y noche con miras a matarlos de hambre.

Al ponerse el sol finos copos de nieve caen del cielo. Conforme avanza la tarde la nevada aumenta. Hace justo un siglo que no nieva en la capital. Las calles y los techos se visten de blanco junto con las montañas que rodean el valle.

Los rebeldes pasan semanas de plantón frente a la secretaría. Soldan puertas y ventanas con un soplete. Ya no importa si los de adentro cambian de opinión.

Los mandos militares que sobreviven esperan. Se deslindan públicamente del gobierno derrocado y de las actividades de la

Secretaría de Inteligencia y piden restablecer el orden para que un equipo de transición convoque elecciones. El país está en quiebra. El freno en la producción provoca hambrunas.

Semanas después de la rebelión las calles están vacías. Los comercios han sido saqueados y la ciudad sucumbe ante la penuria y la escasez. Montañas de basura se mezclan con la nieve que detiene la putrefacción de cadáveres. La desolación es abrumadora. La búsqueda de provisiones es un horror, entre el muladar y la ausencia de autoridad.

Tres meses después los tanques salen de nuevo y toman la ciudad. En medio de una trágica crisis nacional el ejército recobra el control.

13

Después de dormir un par de noches en la estación de autobuses de Metropol, en donde Sonia compra unos lentes oscuros para ocultar el aspecto de su acompañante, se dirigen a Ciudad Valverde en un colectivo que se detiene cada quince minutos. El más mínimo poblado merece una parada. El trayecto que normalmente tarda de tres a cuatro horas toma diez. Finalmente Sonia y Trejo descienden a las afueras de Ciudad Valverde; el colectivo sigue su marcha hacia el sur. Caminan juntos a casa de Weston, según sus instrucciones.

Entre polvo y calles sucias Sonia distingue los lugares por los que alguna vez paseó feliz. La añoranza por la vida que se fue la llena por completo.

Algunos comercios han cerrado sus puertas mientras otros apenas subsisten. Hay descuido en la apariencia general de la ciudad y el transporte púbico es prácticamente inexistente. La ciudadanía se ve forzada a organizarse sola.

Después de mucho caminar llegan a casa. Es un desastre. Tapetes amontonados, cojines en el suelo, platos de comida en todas partes, la cocina hecha un asco, manchas en las paredes. Es un cuadro inverosímil.

«¿Qué pasa?», pregunta Trejo al sentir que algo anda mal.

«Nada. Espérame aquí. No te muevas.»

Sonia busca al viejo que Weston le encargó. «¡Señor!», grita sin

saber su nombre. Abre hasta las puertas del armario, pues con ese desorden no sería descabellado encontrarlo ahí. Incluso abre la gaveta más pequeña del baño. No hay un alma en ese lugar.

Limpia superficialmente la sala y guía a Trejo hacia un sillón. Le da un paquete de galletas que encuentra en la cocina.

«No me tardo.»

Camina a la casa más cercana y toca el timbre. Un minuto después sale una mujer que parece de su edad.

«Buenas tardes. ¿De casualidad no sabe qué pasó con el viejo de la casa de allá?»

Sin contestar, con una mueca de fastidio, la mujer cierra la puerta. Sonia se da la vuelta para seguir con la búsqueda cuando la puerta de la casa se vuelve a abrir. Negrete sale con la vista perdida. La mujer cierra la puerta sin decir palabra. Sonia se acerca y lo toma de la mano.

«Hola. Soy Sonia, amiga de Álister. ¿Usted cómo se llama?»

No hay respuesta. La demencia lo ha expulsado del mundo. Negrete está totalmente incomunicado: el silencio es su último refugio. Además, su aspecto se ha deteriorado. Entre los cabellos largos, la barba sucia y poblada y la ropa raída hay una figura absurda.

Al llegar a casa Sonia sienta a Negrete en otro sillón. Sus ojos parecen estar en blanco, como si no pudiera ver nada. Su mirada, como su mente, se ha ido, extraviada en los senderos opacos de la consciencia.

«Es un amigo de la casa. Hay que cuidarlo porque ya está viejo.»

«¿Más viejo que yo?»

«Más.»

«Hola... ¿Cómo se llama el amigo?»

«No lo sé. Le pregunté pero no responde. A ver si tú lo puedes hacer hablar.»

Trejo se acerca y le toca la mano. «Está bien, camarada. Todo va a estar bien.»

Quien fuera alguna vez el gran hombre de la patria y su más fiel seguidor están juntos de nuevo, no lo saben, y nunca lo sabrán.

Durante la tarde y parte de la noche Sonia limpia la casa mientras oye las noticias en la radio. Preferiría apagar el aparato, pero tiene que saber. A ratos se sienta a escuchar atentamente. No para de

suspirar.

Aún hay comida enlatada en la alacena. Es necesario ayudar a ambos a comer. Sonia cede las dos camas y duerme en el sillón de la sala. Al día siguiente sale a comprar lo básico y prepara el desayuno. Deja satisfechos al par de hombres que de un día para otro dependen de ella.

«Voy a salir por unas horas. Te encargo mucho al viejo.»

«Despreocúpate. Estaremos bien.»

Camina varios kilómetros al cementerio. Cruza el acueducto y se sienta frente a la tumba de Ludovica, al lado de una hilera de cipreses que por la tarde cubren con su sombra la loza de piedra. Es un día despejado. Una ráfaga de viento levanta algunas hojas.

Al fin una lágrima se escapa, y ésta da pie a un torrente irreparable. Echa de menos a su mejor amiga. Echa de menos al tiempo que se fue.

14

Weston y Jeremías se involucran en el proceso de reorganización. Las labores se multiplican: de curar enfermos y alimentar a quienes lo necesitan pasan a restablecer el orden y restituir comercios. Es una tarea que los rebasa a ellos y a los cientos de personas que colaboran en la restauración. La confusión invita al crimen, algo que no se resuelve con buena voluntad.

La nieve deja de caer. Lo que antes era un paisaje blanco se convierte en lodo, un deshielo de proporción bíblica. El paso de los días acaba con las provisiones.

A los dos meses Jeremías decide regresar a Ciudad Valverde. No soporta más. El escenario a su alrededor es tétrico. La hambruna y el frío dan pie a enfermedades y muerte, una realidad que ya no puede presenciar. Toma el mismo camino y llega un día después de haber salido.

Sonia abre la puerta. Su sorpresa al verlo la colma de júbilo. «¡Jeremías!» Lo abraza con fervor.

«Tuve que regresar. No está fácil.»

«Qué bueno que estás aquí.»

Al menos se tienen el uno al otro.

Él se instala en casa de Weston para que Sonia pueda vivir en su departamento, buscar trabajo y hacer una nueva vida.

Weston pasa las noches en la colonia Orsai y los días en todas

partes. Junto con otros ciudadanos arma un centro de ayuda civil con estrechos márgenes de maniobra. Mientras no haya apoyo económico y otras aportaciones sólo pueden canalizar y catalogar la infinidad de problemas y necesidades. Ponen en orden las cosas por hacer.

Cuando el ejército toma las calles la situación es crítica. No hay otra salida. Dos días después abren la Secretaría de Inteligencia: el olor a muerte cubre todo. No hay un solo sobreviviente en los pasillos y los pisos subterráneos, con cadáveres en un estado de putrefacción avanzado. Entre los prisioneros que murieron primero está Josephson. Rátner y Svetlana fueron de los últimos en perecer, rodeados de restos humanos.

El ejército abre un diálogo con un grupo de representantes de la sociedad civil para proponer un gobierno interino que convoque a elecciones. Weston está entre los doce elegidos. La única condición que ponen las fuerzas armadas es que haya un candidato militar.

15

Negrete pasa sus últimos días sepultado en los desfiladeros de la memoria. No recuerda nada de su vida pasada, testigo del presente inmediato sin ninguna referencia anterior. La cara de Trejo le es indiferente. Los sucesos que acabaron por derrocar al gobierno pasaron desapercibidos para él, hundido en la demencia senil más inmisericorde.

Poco después de ser rescatado de la casa vecina Negrete exhala su último aliento. En una gélida mañana de invierno ya no despierta. Weston no puede salir de la capital. Las circunstancias hacen que se olvide de su maestro. No atina a dar su nombre, y a Sonia y a Jeremías les tiene sin cuidado.

Su cuerpo es incinerado. Sonia, en una ceremonia anónima que por ello se vuelve personal, hace una excursión a las montañas que colindan con el mar, a medio kilómetro de la ciudad abandonada de Klingar, en la que enormes torsos de piedra son devorados por la maleza. Muros y columnas erguidas en la cúspide de la cordillera, en el punto más alto del territorio nacional, son los restos de una civilización tan antigua que no se tienen noticias de ella. Sólo la roca ha resistido al tiempo. Nadie la visita. Pocos la recuerdan.

Desde el límite del desfiladero, a cientos de metros de altura, Sonia esparce las cenizas en las aguas del océano. Es un día frío, soleado. Sin un alma al horizonte pareciera que es la única habitante

del planeta. Con el cielo, el viento y las montañas como testigos, rastros de ceniza se pierden entre las crestas de las olas y el radiante azul del mar. La inmensidad del agua consume los restos de quien alguna vez fue grande.

Acerca del autor

J UAN P ATRICIO R IVEROLL (ciudad de México, 1979) estudió la carrera de Comunicación en la Universidad Iberoamericana y Dirección en el American Film Institute, en Los Ángeles. Produjo, escribió y dirigió *Ópera* (2007), su primer largometraje, ganador del premio Naguib Mahfouz a la mejor primera película de un director, el FIPRESCI y el galardón a la mejor actriz en el festival del Cairo. Ha publicado textos sobre cine y literatura en medios como *Replicante* , *Pijama Surf* , *Casa del tiempo* , *Luvina* y en el Blog de cine de *Letras libres* , y fue editor del área de cine de la revista *Marvin* . Ha impartido diversas materias en la Universidad Iberoamericana, en la escuela de cine Arte 7 y en Casa del Lago Juan José Arreola. Fue becario de los programas Jóvenes Creadores e Intercambio de Residencias Artísticas México-Argentina del FONCA en el rubro de guion cinematográfico. *Panorama* (2013), su segunda película, se presentó en el FICUNAM , en el festival de la Riviera Maya y en el de Mar del Plata. Su primera novela *Punto de fuga* se editó en Nueva York.

© 2015, Juan Patricio Riveroll

Fotografía de portada: S – F / Shutterstock ©
Fotografía del autor: Elena Ayala ©
Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para:
© 2015, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.tusquetseditores.com

1.ª edición en Andanzas: enero de 2015
ISBN: 978-607-421-652-3

Primera edición en formato epub: enero de 2015
ISBN: 978-607-421-661-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright* .

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a epub por:
Tilde Tipográfica

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Mar de historias

Pacheco, Cristina
9786073920698
620 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mar de historias es una antología de algunos de los mejores relatos que Cristina Pacheco publicó durante más de treinta años en La Jornada

Dramática, conmovedora y no exenta de sentido del humor. La vida es un alud de anécdotas y lo cotidiano, el escenario de lo insólito. Una abuela secuestrada por su nieta, una esposa que lleva un diario para hablar con el marido ausente, un jardinero inválido que no sabe cómo entrará al paraíso sin una pierna, un hombre acusado de infidelidad por culpa de un terremoto, un niño que ve espuma de olas en el salitre o unas viejitas que contratan a un bailarín exótico.

Son muchas las historias que componen el mar de gente con el que nos cruzamos a diario y ninguna merece naufragar en el olvido. Íntima, nostálgica, sobrecogedora, envuelta en una prosa ágil que también disecciona la psique de sus protagonistas, en *Mar de historias* —antología de algunos de los mejores relatos que Cristina Pacheco publicó durante más de treinta años en La Jornada— la crónica dialoga con el cuento a través de una entrañable galería de personajes del México auténtico, aquel que nos sorprende y nos indigna todos los días.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

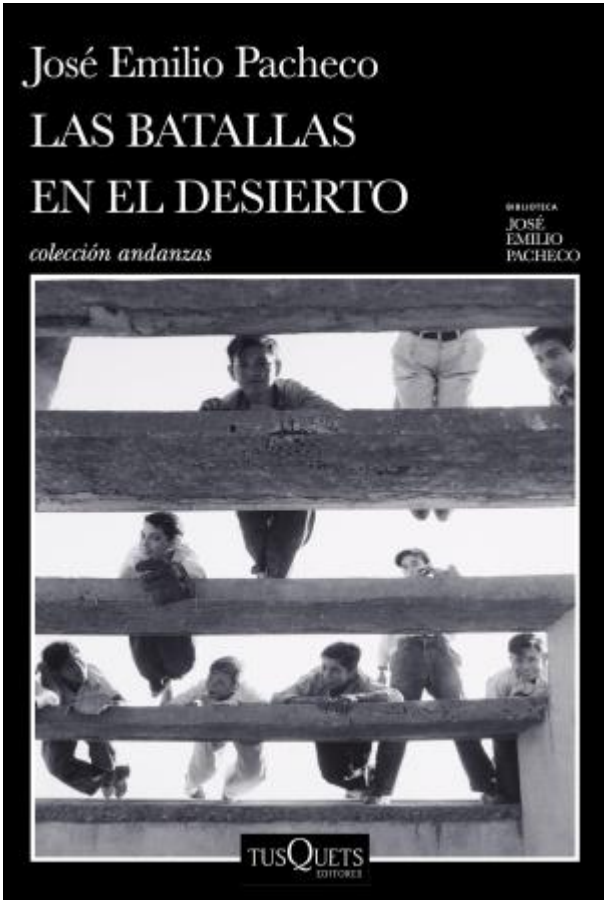
El agua grande

Hiriart, Hugo
9786074217391
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Aunque parece concentrado en narrar hechos fascinantes donde la magia juega un papel principal, todo indica que el legendario sabio Magistrodontos prepara a su extraviado discípulo para recibir una revelación importante sobre el arte de contar. Así, mientras explica cómo fue que Cosme el Enamorado se enfrentó al gángster más temido y malvado de la isla de Belotina a fin de recuperar el amor de la bella Theodora Karpeta, Magistrodontos desarma y recrea, ante nuestros ojos, algunos de los secretos sobre los que fluye la literatura mayor, la que perdura y trasciende países e idiomas. *El agua grande* es una de las novelas más logradas de uno de los artistas mayores de la literatura mexicana. Una lección sobre la materia de la que están hechos los grandes relatos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las batallas en el desierto

Pacheco, José Emilio
9786073912686
80 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

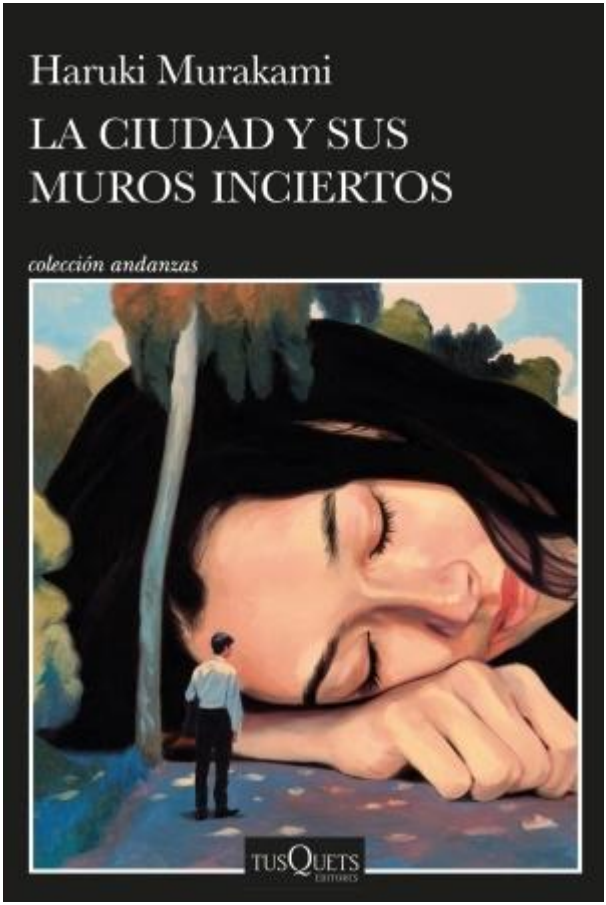
Un legado invaluable que nos invita a seguir leyendo, escribiendo y soñando

México crecía vertiginosamente, el mundo atravesaba un momento angustioso, la Ciudad de México se convertía en una metrópoli moderna, todo parecía al alcance de la mano, el aire tenía un aroma a novedad. La vida era una aventura, los niños jugaban a la guerra en Oriente Próximo: batallas en el desieron que se decidían en patios terregosos. Fue la época en que Carlos soñaba y recorría las calles de la colonia Roma con impaciencia propia de su edad. Aunque el mundo giraba presuroso, nada fue tan determinante para él cono el día en que conoció a la madre de su mejor amigo y en ella descubrió los resquemores que acompañan al

primer amor y ponen fin a la infancia.

Obra atemporal de la literatura mexicana y universal, José Emilio Pacheco recrea una época -la de un país que perdía su inocencia- y rescata ese momento en que nos despedimos de la niñez para arrojarnos al lacerante desafío que es crecer.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La ciudad y sus muros inciertos (Edición mexicana)

Murakami, Haruki
9786073911467
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

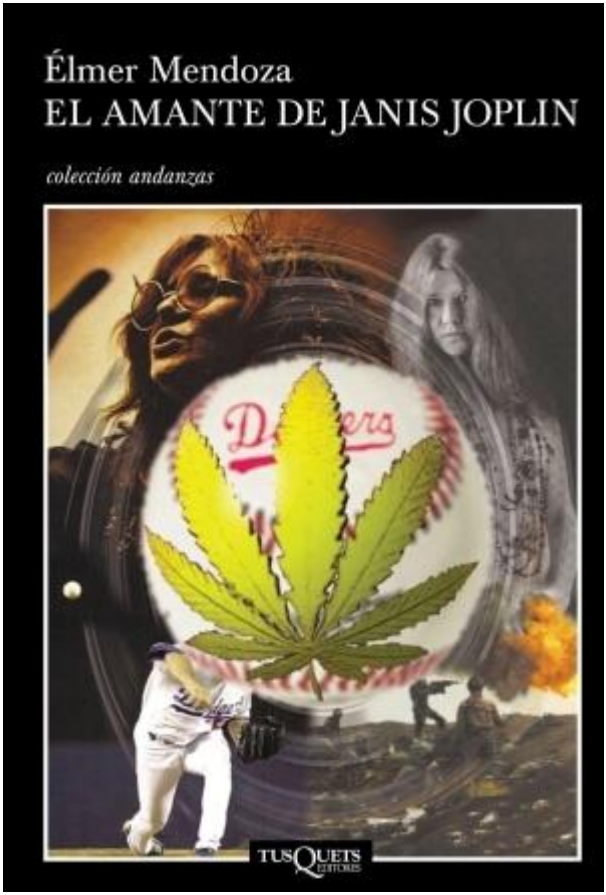
Cuando nos rodean los muros, la aventura de toda una vida quizá consista en franquearlos. El regreso de Murakami a la novela después de La muerte del comendador.

«Atención: Murakami —igual que los Beatles— provoca adicción.» **Rodrigo Fresán, *El País***
«Murakami merece el Nobel.» **Rafael Narbona, *El Cultural (El Mundo)***
«Murakami es el mejor escritor vivo.» **Pablo d'Ors, *Abc Cultural***

«Leer a Murakami es una experiencia transformadora, es adentrarse en un bosque, bajar a un pozo, pasear por un sueño.» **Antonio Lozano, *La Vanguardia***
«Murakami es un grande.» **Carlos Zanón, *El País***

Poco se imagina el joven protagonista de esta novela que la chica de la que se ha enamorado está a punto de desaparecer de su vida. Se han conocido durante un concurso entre estudiantes de diferentes institutos, y no pueden verse muy a menudo. En sus encuentros, sentados bajo la glicinia de un parque o paseando a orillas de un río, la joven empieza a hablarle de una extraña ciudad amurallada, situada, al parecer, en otro mundo; poco a poco, ella acaba confesándole su inquietante sensación de que su verdadero *yo* se halla en esa misteriosa ciudad. De pronto, entrado el otoño, el protagonista recibe una carta de ella que quizá suponga una despedida, y eso lo sume en una profunda tristeza. Tendrán que pasar años antes de que pueda atisbar alguna posibilidad de reencontrarla.
Y sin embargo, esa ciudad, tal y como ella la describió, existe. Porque todo es posible en este asombroso universo donde la realidad, la identidad, los sueños y las sombras fluctúan y escapan a los rígidos límites de la lógica.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El amante de Janis Joplin

Mendoza, Élmer
9786074215076
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Desde que David Valenzuela, un joven ingenuo y poco lumbrera, mató en defensa propia a uno de los hermanos Castro, conocidos narcotraficantes del Triángulo Dorado en la región de Sinaloa, su vida se convierte en una huida llena de oportunos golpes de suerte y en la que se cruzará con los más variopintos personajes que, sin él pretenderlo, le involucrarán en situaciones tanto trágicas como cómicas. Así, en Culiacán, primera estación de su peregrinaje, entrará en contacto con la guerrilla a través de su primo el Chato; será testigo del oscuro proceder de la policía judicial; viajará con el equipo de béisbol que entrena su tío a Los Ángeles, donde a punto están de ficharlo los Dodgers y donde se enamora de Janis Joplin tras un inaudito encuentro; y afianzará su amistad con el Cholo, un humilde pero ambicioso

narquillo… A partir de entonces ya no será dueño de su vida, y, obsesionado por volver a ver a «la Janis», tendrá que sortear todo tipo de obstáculos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)